

Beatriz Berrocal

IN
CRESCENDO



IN CRESCENDO

BEATRIZ BERROCAL PÉREZ

Primera edición en digital: abril 2017

Título Original: In Crescendo

©Beatriz Berrocal

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Opolja

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-41-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Índice

1

El ruido que ha hecho el tapón de la botella de cava al ser descorchada por Luis, me ha sacado repentinamente de mis pensamientos, no es el momento para estar cavilando, y menos aún para darle vueltas a algo que ya no se puede cambiar.

—Propongo que brindemos por el mejor de los yernos.

Y, mientras mi suegro derrama el espumoso líquido en las copas que todos le acercan, yo permanezco catatónico con los codos apoyados en la mesa.

—¡Nacho, por Dios! Que estamos brindando por ti...

Al mismo tiempo que mi mujer trata de llamarme la atención, me pongo en pie e intento parecer lo más natural posible.

—Por el nuevo director del Banco Pelayo.

Y el tintineo de las copas chocando entre sí, me parece como el tronar de una bomba dentro de mi cabeza.

Paloma me abraza e intenta darme un beso en la boca mientras el resto de la familia aplaude.

—¡Qué pena que Marta no haya podido estar! Dichosos exámenes...

Mi suegra se seca los ojos emocionada, porque mi hija Marta siempre ha sido su nieta predilecta, y aunque esté rodeada de sus hijos y sus otros nietos, echa de menos a la primogénita.

El recuerdo de Marta hace temblar mis piernas, yo también acuso su ausencia, sobre todo porque sé cuál es el verdadero motivo de que hoy no esté aquí. Trato como puedo de que mis ojos no me delaten, y sacando de dentro la poca fuerza que me queda, hago lo posible para recibir las felicitaciones de todos aparentando la alegría que en estos momentos se espera de mí.

—Enhorabuena, papá. Oye, ahora que vas a cobrar un pastón, podrás subirme la paga, ¿no?

—¡Pero Chimo, por favor! Es increíble, tú vas a lo tuyo... —le reprende mi mujer.

Mi cuñada hace entrada en el salón con una enorme tarta que con letras de chocolate me da una vez más la enhorabuena. Uno de los niños ha puesto en peligro la estabilidad del dulce y un estallido de voces se lanza contra el chiquillo que, abrumado, se pone a llorar tan fuerte como puede.

¿Cuándo acabará todo esto? Solo tengo ganas de encerrarme en mi cuarto, de estar en silencio, completamente solo, rodeado únicamente de mis recuerdos, de tantas vivencias como he reunido en tan poco tiempo.

Está todo concentrado en mi mente, escondido en los recovecos de mi cerebro, allá donde se destierran los momentos más intensos para que nadie tenga opción a penetrar en ellos, para que, siendo solo míos, pueda deleitarme al evocarlos, recrearme aunque me duelan.

Han sido tan solo unos meses de mi vida, solo una parte de estos cuarenta y cinco años que estoy a punto de cumplir, y sin embargo, me han transformado por completo.

Necesito tiempo, tiempo para pensar, para reposar todo, para ordenar mi pobre cabeza porque de no ser así, estoy seguro de que tarde o temprano explotará, como el tapón de esta otra botella de cava que se está descorchando.

—¡Que no se diga! Uno no tiene un yerno como director de banco todos los días. Venga, otro brindis, ahora por la mujer del director. ¡Por mi hija!

Mientras mi mujer se siente el centro del mundo en estos momentos, en un arranque de

humanidad, susurra en mi oído:

—Sigo pensando que deberías de haber tratado de localizar a Román para invitarlo a venir, al fin y al cabo, tú no ocuparías su cargo si él no se hubiera marchado, ¿no?

Sus últimas palabras retumban en mi mente como un eco ensordecedor que me rebota en los huesos del cráneo como si estuviera completamente hueco.

“Si él no se hubiera marchado, si él no se hubiera marchado...”.

Malditos recuerdos, benditos sean.

2

—Román Salgado, mucho gusto.

El recién llegado director del Banco Pelayo estrechó mi mano a la vez que con un gesto afable trataba de romper el hielo ante la expectación creada con su llegada.

—Coronado será un gran apoyo para usted, se lo aseguro —le dijo el consejero delegado, refiriéndose a mí con la confianza que avalaban los veinte años que llevábamos trabajando juntos.

Román Salgado me miró sonriente. Parecía un tipo cordial, pero la experiencia me ha enseñado a no hacer juicios antes de tiempo, era el tercer director de banco que conocía, y desde mi eterno puesto de segundo de a bordo los había visto ganarse al personal con palabras amables al principio, para después mirar únicamente por sus intereses. El tal Salgado, no tenía por qué ser diferente por más campechano que pareciera aquel primer día.

—Pues me va a hacer falta tener ayuda aquí, se lo aseguro —me dijo—, los comienzos siempre son difíciles para el que llega.

Acto seguido, el consejero continuó con la ronda de presentaciones de los que ocupábamos la primera fila en el salón de actos, para después subir a la tarima en la que estaba dispuesta una mesa rodeada de varios centros de flores y sobre la cual reposaban cuatro portafolios y otras tantas botellas de agua.

El discurso de bienvenida estaba cargado de elogios hacia Román Salgado,apestaba a peloteo rancio y desnaturalizado por completo. Frases empalagosamente pensadas, almibaradas hasta la saciedad con aquellas palabras que dejaban entrever horas de preparación escudriñando en los más completos diccionarios de la adulación.

—... Respaldo de un prestigio que ha demostrado a lo largo de su trabajo en diferentes entidades bancarias de rango internacional, les aseguro que su brillante formación y su innegable experiencia, enriquecerán el nivel de nuestra empresa y especialmente de esta sede en la que haremos cuanto esté en nuestra mano...

Desde las filas que ocupaban los empleados rasos, me llegó un leve murmullo cuando el orador dijo aquello de “nuestra empresa”, evidentemente, no se sentían identificados con la expresión, tal vez porque ni el preparador del discurso ni la persona que lo estaba leyendo habían pensado en ningún momento en que la empresa fuese de los anónimos ocupantes de las filas traseras, que en aquellos momentos servían de relleno mientras peleaban a muerte para que el sueño no se hiciese notar demasiado ante la aburridísima perorata con la que nos estaban torturando a todos.

Como ocurre con los regidores en los programas de televisión, ante la señal de uno de los organizadores del evento, todos los asistentes comenzamos a aplaudir mientras se producía el relevo del orador ante el micrófono, dando paso ahora al recién estrenado director, que a diferencia de su anfitrión, no llevaba discurso escrito, y se colocó con la mayor naturalidad delante del atril en el que apoyó sus manos vacías, y comenzó a hablar haciendo gala de una indudable experiencia frente al público.

Se abstuvo de nombrar su currículum ni su, ya mencionada y completísima, formación; por el contrario, centró su charla en las referencias que tenía de la sede española del Banco Pelayo y en su intención de aprender de todos los que hasta entonces habíamos llevado el timón de aquella

nave hasta el puerto en el que él iba embarcar para formar parte de la tripulación.

Mientras hablaba miraba a los asistentes, ni un solo momento bajó la cabeza ni dejó entrever el menor titubeo. No cabía duda de que dominaba la situación, de que se sentía a gusto y seguro en el lugar que ocupaba, y sobre todo, en el que iba a ocupar.

En un par de ocasiones mi mirada se cruzó con la suya, cosa bastante normal porque trataba en todo momento de afianzar lo que decía con gestos contundentes y miradas firmes hacia el público, regla número uno de la oratoria.

Impecablemente vestido aparentaba tener algún año menos que yo, aunque tal vez fuese solo una apariencia. Piel morena y cabeza completamente afeitada, dejando visibles las arrugas que se le formaban cuando arqueaba las cejas y de nuevo centraba su mirada en alguno de los asistentes.

¿Metro noventa, noventa y algo? Sí, porque cuando había ido a su lado camino del salón de actos me dio la impresión de que éramos bastante similares en estatura, él de complexión más delgada aunque ancho de hombros y de aspecto musculoso, probablemente era de los que se machacaban en el gimnasio.

De nuevo mi mirada se encontró en el aire con la de Román Salgado.

—... Con la intención de aprender de cuantos me rodean, espero de su colaboración y quisiera que supieran que estoy dispuesto a recibir sugerencias y que la puerta de mi despacho estará siempre abierta para cuando alguno de ustedes...

Y cuando dijo “ustedes”, parecía que yo fuese el único destinatario de su frase, por lo que me sentí un tanto violento e instintivamente miré hacia otro lado.

Extraño y un tanto enigmático Román Salgado.

3

—¿Y qué tal con tu nuevo jefe, papá?

—Bueno, no sabría qué decirte, solo hemos tenido un par de reuniones, parece agradable, no es de los que vienen pasándote el cargo por las narices.

—No empieces, Nacho —dijo Paloma— que tú siempre te fías de la gente, te crees que todos van a la buena de Dios, y no te das cuenta de que por ser así estás donde estás...

—No empecemos con lo mismo de siempre... —le dije para tratar de cortar aquella conversación cuyo principio y final conocía de sobra por lo reiterativa que se venía haciendo a lo largo de los años.

—Sí, sí empiezo. Empiezo porque tengo que empezar, porque sabes que tengo razón, que hace años que tú tenías que ser el director del banco, y en vez de eso dejas que pasen todos por delante de ti, que te pisoteen y que se rían en tu cara...

Paloma iba subiendo el tono de voz proporcionalmente a la subida del tono de sus acusaciones, y yo quería evitar que continuase la progresión de lo que, para mí, eran ofensas, frases infundadas que lanzaba contra mí como dardos, sabiendo de antemano que a fuerza de insistir terminaría alcanzando el centro de la diana.

—Ya basta, no empecemos... —le dije.

—¿No empecemos? ¿Y por qué no vamos a empezar? Porque sabes que tengo razón, que ya hace cinco años, cuando entró Suárez de director, todo el mundo estaba convencido de que el cargo iba a ser tuyo, y tú te callaste, y cuando antes de Suárez, entró Germán Ulloa, también debería de haber sido para ti la dirección, pero tú siempre te has quedado callado como un muerto, tragando con lo que te echen, como si no fueses consciente de que no vas solo por la vida, que tienes una familia, una responsabilidad, unas obligaciones...

No podía más, sentía que la cabeza me iba a estallar, y ella continuaba remontándose al pasado, a los comienzos de mi carrera, cuando yo era un joven inexperto, pero que, según su criterio, debería de haber ocupado el cargo más alto del banco. Hablaba como si estuviese al tanto de todo, como si manejase los entresijos de mi trabajo mucho mejor que yo, mucho mejor que cualquiera de mis superiores. Ella y su complejo de superioridad, aquel que yo nunca había sentido.

Marta y Chimo, al ver el cariz que iba tomando la conversación, y conocedores de que aquella charla no iba a terminar bien, se levantaron discretamente de la mesa, y yo me dispuse a hacer lo mismo, a pesar de saber que mi espantada enarbolaría más aún el acalorado monólogo de mi mujer.

—¿Pero dónde vas? ¿No ves que estoy hablando contigo?

—Paloma, ya hablaremos luego, tengo una reunión a las cuatro y necesito pasar antes por el despacho.

No le di tiempo a replicar, si me hubiese quedado cinco minutos más en el comedor, hubieran saltado las alarmas de todos mis circuitos y me hubiese puesto a vocearle yo también, algo que quería evitar por todos los medios. Paloma, pese a sus sueños de grandeza de los que tal vez el único responsable sea su padre, es una persona insegura, capaz de echarme en cara lo que sea si yo permanezco inalterable, pero si me ve enfadado de verdad, se viene abajo, se derrumba y

después me cuesta una semana de carantoñas y delicadezas hacerla salir de su depresión. Como esa semana me supone mucho más esfuerzo que guardar silencio y salir huyendo de sus acusaciones, opto por este camino, más cobarde, pero mucho más cómodo. Al fin y al cabo, son más de veinte años juntos, nos conocemos, y ni ella me va a sorprender con sus reacciones de chantaje emocional, ni yo tengo que demostrarle ya nada.

Lo que me fastidia de todo este tema es que siempre ha estado latente en nuestra vida, pero cada vez que ha habido una renovación en el cargo, se ha enardecido, y por suerte o por desgracia, esto ha ocurrido tres veces a lo largo de mi vida profesional, y mi orgullo, alimentado por las palabras de mi mujer, ha hecho despertar una conciencia que yo suelo tener bastante tranquila, y que en ocasiones me ha gritado a la cara si Paloma no tendrá razón, si no seré un miserable conformista, un sempiterno segundón o, el bueno de Ignacio Coronado, el que recibe con buena cara a todo el que llega, el que jamás tiene un mal gesto y por eso cualquiera puede pasarle por encima, el que, en realidad, carga con el trabajo de director mientras otros firman los papeles y se llevan los honores y el sueldo a casa.

Me disgustaba tener aquellos pensamientos, pero durante tantos años lo llevaba escuchando en mi casa, en mi coche, en mi cama, taladrando mi cerebro tanto tiempo que al final ya no sabía si estaba convenciéndome de que Paloma tenía razón o me estaba dando cuenta de que mi mujer era capaz de manipular mi pensamiento de una forma que no me gustaba en absoluto.

Tal vez había llegado el momento de cambiar, tal vez Román Salgado no fuese a encontrar en mí todo el apoyo que decía necesitar.

4

Aquel día fue la tercera reunión con Salgado, esta vez con los cargos directivos de la central, vecinos de despacho a los que yo conocía muy bien, por lo que no tuve más remedio que ejercer de anfitrión, aunque enseguida quedó sobradamente demostrado que no le hacía ninguna falta.

A instancia suya me senté a su lado, aunque hubiese preferido no hacerlo, porque me había planteado desde el principio tomar precauciones para no tener demasiada cercanía con él, pero como si conociese mis intenciones, se empeñaba en hacerme parecer imprescindible.

—Coronado, perdona, quería comentarte el contenido de este informe.

—Oye Coronado, podíamos tomar un café en mi despacho antes de que vengan los demás a ver si me puedes aclarar los datos referentes a la gráfica del mes pasado.

—Ignacio, sé que te estoy incordiando demasiado, pero prefiero tratar ciertos asuntos de la reunión en privado, te espero media hora antes en la sala de juntas.

Y ante su forma de pedir las cosas, con naturalidad, sin la prepotencia que a otros les había dado el cargo, por mucho que quisiera despegarme de él, e incluso intencionadamente, no facilitarle las cosas para que se buscara la vida por su cuenta o recurriese a otra persona en lugar de citarme siempre a mí antes de las reuniones, no era capaz de negarme a lo que me pedía.

Román Salgado sabía cómo hacer para que la gente se sintiese con él como si llevase años dirigiendo el banco. A la hora de pedir algo, nunca faltaba una sonrisa en su boca, ni el tono amable del que está pidiendo un favor y que es capaz de dar la vuelta a la situación de forma que sea el otro el que se siente agradecido por haberlo ayudado. No había distinciones en su forma de comportarse, su trato era el mismo con el consejero delegado que con la empleada de la limpieza que, nerviosa, salía a toda prisa de la sala de juntas y pasaba de sentirse sonrojada al encontrarse de frente con el director nuevo, a quedarse con la boca abierta cuando veía que este le sujetaba la puerta para que ella pasase, y al mismo tiempo le dedicaba unas palabras amables, cosa que no era frecuente entre los altos cargos.

Muy pronto, los administrativos se empezaron a disputar el trabajo con él, la opinión generalizada, salvo las inevitables excepciones, era altamente positiva, y cuando quise darme cuenta, yo mismo estaba inmerso en el poderoso influjo Salgado.

No podría decir por qué, pero a pesar de que todo parecía presagiar que el trabajo a su lado iba a ser muy llevadero, yo no acababa de desterrar la inquietud que aquel hombre producía en mí. Su forma de mirar era especial, siempre a los ojos, resaltando en los suyos un punto de brillo en el interior, un brillo cambiante que yo ignoraba si los demás apreciaban igual, pero que a mí me lograba ponerme nervioso.

No, no me gustaba sentarme a su lado porque cuando hablaba no lo hacía de un modo general, sino que volvía la cabeza por completo hasta mirarme de frente, y yo no podía centrarme en lo que estábamos tratando si lo tenía a mi lado.

El hecho de que con los demás se comportase de un modo parecido, no lograba tranquilizarme, estaba claro que era un hombre muy directo, no andaba con rodeos ni para lo que quería decir ni para dirigirse a la gente.

A media reunión tuve que aflojarme el nudo de la corbata porque me sentía ahogar allí, frente a los demás asistentes que, sin duda, se percataban de mi incomodidad, en un sitio que yo no

quería ocupar, sentado a su lado, como si él fuese Dios Padre y yo su mano derecha, mientras en mi cabeza resonaban las palabras de Paloma sin dejarme olvidar que, a su modo de ver, una vez más me habían usurpado el cargo, aunque eso sí, sin que por ello tuviéramos que negarnos el privilegio de codearnos con el “usurpador” y su familia.

—Deberíamos invitarlos un día a cenar a casa, Nacho, al fin y al cabo, por mucho que nos fastidie la situación, es tu jefe, y te conviene estar a bien con él.

—Estoy a bien, no te preocupes, acaba de llegar, ya habrá tiempo de cenar.

Y mientras Salgado y otros tres o cuatro asistentes a la reunión se esforzaban en defender posturas distintas en algún tema del que yo estaba absolutamente ausente, sentía el sudor resbalar por mi cuello, como si nunca hubiese estado en una junta, como si el tiempo se hubiese detenido, como si se hubiera aliado con las agujas del reloj para que no se movieran del sitio y a mí me pareciera que, si aquello no se acababa pronto, terminaría asfixiado, no por la falta de aire, sino por la amabilidad del director chocando en mi cabeza con las palabras de mi mujer, repitiendo incesantemente que de nuevo habían pasado por encima de mi preferencia para ocupar aquel cargo.

La semana siguiente, cuando Salgado apenas llevaba quince días ocupando el cargo, Paloma, personalmente, lo llamó por teléfono para que viniese a nuestra casa donde se le agasajaría a él y a su familia con una cena de bienvenida a la que no podía faltar.

De nada sirvió mi enfado ante el poco peso que mi opinión tenía en la casa, de nada valieron mis protestas ni mi indignación ante la doble moral de mi mujer que pretendía desempeñar el papel de perfecta anfitriona mientras la realidad era que se moría por conocer al hombre que le habían descrito como el director ideal, y sobre todo, poder husmear en su vida, conocer a su mujer, a sus hijos, y escucharlo hablar, ya que le habían dicho que era un estupendo conversador.

Para sorpresa mía y decepción de Paloma, Salgado se presentó en casa con una caja de bombones y unas flores para ella, pero sin familia, completamente solo.

Vestido de manera informal, con unos pantalones vaqueros y una camisa de rayas, saludó a Paloma estrechándole la mano y dedicándole una de sus habituales sonrisas.

—Estoy muy agradecido por tu gesto, Paloma. Perdón ¿puedo tutearte, verdad?

—¡Por Dios! —dijo ella a punto de deshacerse ante la amabilidad de Salgado, que seguía con la mano de ella entre las suyas—. Es una cena de amigos, las formalidades dejadlas para el banco.

—Estoy de acuerdo —dijo él—estaremos todos más a gusto. ¿No crees, Ignacio?

Mis hijos odiaban este tipo de ceremonias que por muy amistosas que fuesen, a ellos les olían a etiqueta de la que huían como de la peste. Se presentaron y aunque cenaron a la mesa con nosotros, tan pronto como pudieron, se escabulleron cada uno a su cuarto.

—Tenéis una familia estupenda, toda una señorita y un simpático muchacho. Y parece que él va a seguir los pasos de su padre, controla de maravilla los temas económicos.

Chimo había aprovechado la cena para recordarnos que el cine se había puesto muy caro y que no íbamos a tener más remedio que revisar las cláusulas de su paga, lo que se había convertido en el único tema de conversación que teníamos en las últimas dos o tres semanas. Afortunadamente, Marta, a punto de cumplir dieciocho años, se había comportado de un modo más discreto.

—Esperábamos que tú también vinieras con tu familia, la invitación era para todos, por supuesto—le dijo Paloma, intentando enterarse de algo sin formular una pregunta directamente.

—Me temo que eso no puede ser. Estoy divorciado desde hace mucho tiempo, tengo una hija

de la misma edad que la vuestra, y vive con su madre.

—Pero la verás con frecuencia... —añadió Paloma, mientras yo trataba de golpear su pierna bajo la mesa para que dejase de incordiar con su falso interés.

Como si no hubiese escuchado la pregunta, Salgado se levantó de la silla y dijo:

—¡Caramba! ¡Qué casualidad! Este cuadro lo tenía yo en el cuarto que ocupé en una residencia cuando era estudiante. Es la habitación de Van Gogh, hacía muchísimo que no lo había vuelto a ver, es curioso cómo hay recuerdos que parece que hemos olvidado pero están por ahí, ocultos en algún rincón.

Y hábilmente, como él sabía hacer muy bien, desvió la conversación del tema de la familia a los temas de la pintura a los que mi mujer era una gran aficionada. Ella no se percató de que en toda la noche no se volvió a mencionar a los hijos para nada, yo sí.

—Tenía razón la gente —dijo cuando Salgado se marchó—, es un hombre encantador, y se ve que te tiene aprecio, Nacho, yo creo que quiere estar cerca de ti, que le haces falta, y eso es bueno, porque es un hombre muy importante, no lo olvides, con estas personas es mejor llevarse bien, eso se lo he oído a mi padre cientos de veces: a los jefes, mejor tenerlos de amigos. Y este te necesita, te lo digo yo, tú déjate querer.

Y aunque no por obedecer a mi mujer, así lo hice.

5

—¡Caramba con Salgado, eh! Menudo ritmo de trabajo lleva el tío, está frenético.

Era uno de los comentarios más escuchados en la oficina, sobre todo si a la hora del café de media mañana él no estaba y nos podíamos permitir el lujo de hablar a sus espaldas.

—Sí, la verdad es que no para, creo que vamos a reunión diaria y algunos días, dos —dije yo, que estaba francamente agobiado ante el ciclón que parecía ser aquel hombre, ante los planes de renovación que traía, ante el torrente de ideas que parecían no tener fin.

—Y tú no te quejes —me dijo Núñez—, que a ti te trata “con cariño”. ¿Has visto la torre de datos que le pidió ayer a Hortigosa? Creo que anda todavía sumergido en los archivos de los ordenadores, no sé si habrá ido a dormir a casa.

—No es solo Hortigosa el que no ha podido ir a casa, yo llevo tres días revisando con Luis los datos del año pasado, desde enero. ¿Qué demonios necesitará él saber de enero si no estaba aquí? Estoy haciendo más horas extras que cuando entré en el banco con pantalones cortos... —añadió Ferrer.

Parecía que todos los comentarios favorables que Salgado había suscitado los primeros días de su estancia entre nosotros, habían cambiado en el momento en que el nuevo director nos había puesto a todos a trabajar a un ritmo al que no estábamos acostumbrados.

No se pudo comentar nada más, pues en aquel mismo momento el director se unió a nuestro grupo acompañado de otros tres compañeros que, con el nudo de la corbata aflojado, se lanzaron sobre los cafés que el camarero les puso apenas los vio entrar por la puerta.

—Hemos tenido una mañana agotadora —dijo Salgado mientras se soltaba el primer botón de su impecable camisa de Dutti—, pero no hay más remedio, no tengo otra forma de ponerme al día, como no me echéis una mano, no terminaré de asentarme en tres meses.

Colocado a mi lado y como si se acabase de acordar de algo que seguramente estaba ya planeado de antemano, me dijo:

—¡Vaya, Ignacio! Casi se me olvida, te veo en mi despacho en cinco minutos, tenemos que estudiar la forma de aplazar esa auditoría que nos quieren hacer a primeros de mes, no tenemos preparada todavía la documentación que piden, vamos a ver cómo lo hacemos para que lo pospongan un poco...

Observé cierto rumor de risas contenidas en el resto de compañeros, alguno se tuvo que volver de espaldas para que no se le notase, otros se dieron leves codazos y uno incluso estuvo a punto de atragantarse con el café que tenía en la boca.

—Bueno —dije intentando salir al paso— no veo qué voy a poder hacer yo en ese tema... ya sabes cómo es esta gente, cuando anuncian su llegada son como un terremoto, no hay quién los detenga...

—Bueno, habrá que intentarlo, echaremos un vistazo a auditorías anteriores, a ver a qué nos podemos agarrar para retrasarla al máximo, te juro que me encuentro muy verde para afrontar ahora mismo este tipo de revisiones, ven conmigo. Hasta luego a todos, y otra vez gracias por la ayuda. Me imagino que en vuestras casas no me podrán ni ver, pero confío en que sea la primera temporada, después ya no hará falta tanto detalle. Vamos, Ignacio.

Y apurando el café de un sorbo, me arrastró fuera de la cafetería.

A nuestras espaldas quedaron de nuevo un coro de risas incipientes a duras penas disimuladas y que, si yo pude percibir, supongo que de igual forma lo haría Salgado, aunque se abstuvo de hacerme ningún comentario.

Abriendo la puerta de su despacho, me cedió amablemente el paso y en vez de tomar asiento detrás de su mesa, se dirigió a la otra parte de la amplia habitación, donde había dos sofás de cuero negro circundando una mesa baja desbordada de papeles.

—Ponte cómodo —me dijo—, vamos a tener para rato.

Antes de sentarse, se quitó la americana y la colgó en uno de los brazos del moderno perchero de metacrilato que hacía juego con otros complementos y muebles auxiliares del despacho.

Me senté en el sofá sin saber muy bien qué era lo que hacía allí, preso de una situación incómoda que se había propiciado por las risas de mis compañeros, volví a sentirme un imbécil incapaz de cumplir mi propósito de no prestarme a más acciones de ayuda humanitaria para jefes recién llegados, algo que parecía estarse convirtiendo en una especialidad a lo largo de mi vida.

Salgado se situó a mi lado cargado con unas enormes carpetas que colocó entre los dos, y dejándolas allí sin abrir siquiera, me dedicó una de aquellas miradas de las que no había por dónde escapar.

—Me estás ayudando mucho desde mi llegada, no sé qué hubiera hecho sin ti, porque sospecho que entre los demás no he caído demasiado bien...

Como si fuese un acto reflejo, algo que siempre hago sin darme cuenta cuando estoy nervioso, me aflojé el nudo de la corbata, como si con ese gesto ganase unos segundos para saber qué era lo que tenía que decir en aquellos momentos, algo que hiciese cambiar el rumbo de la conversación, pero sin que se notase demasiado que yo quería ir directamente al tema que me había llevado allí, saltándome todos los prolegómenos.

—Bueno... no creo que... la verdad es que... son cosas... a veces... —dije haciendo gala de una gran facilidad de palabra.

—No, no, si no intento ponerte en contra de tus compañeros de toda la vida, no me malinterpretes, simplemente quería agradecerte tu apoyo. Sé por experiencia que es imposible caerle bien a todo el mundo, pero eso tampoco me preocupa si a la hora de la verdad tengo a mi lado a la gente que realmente vale la pena.

No sabía qué hacer ni qué decir. Yo no estaba acostumbrado a un trato tan personalizado, solo quería terminar con aquella situación que me resultaba de lo más incómoda, y salir de allí disparado. ¿No era el nuevo director? Pues que solucionase sus problemas como teníamos que hacer los demás, a ver si encima de llegar a pisarme el cargo que debería haber sido mío, me tocaba allanarle el camino.

Mis propios pensamientos me descolocaron, me estaba convirtiendo en un eco de Paloma, ¿es que ya no tenía personalidad ni para pensar libremente?

—¿Qué tal si miramos algunos datos de esos que querías? —le dije para salir del paso de la mejor manera posible.

Al mismo tiempo los dos, nos dispusimos a coger una de aquellas carpetas que reposaban en el sofá en el que estábamos sentados, y por un instante apenas perceptible, nuestras manos se rozaron. Mi gesto fue un reflejo de mi sensación interior, aparté mis manos como si el contacto con las suyas me produjese una descarga eléctrica.

—Voy a buscar unos cafés para que nos mantengan despiertos porque entre tantos números va

a ser difícil —dije disponiéndome a salir del despacho en busca del aire que me faltaba allí dentro.

—Espera. —Me detuvo justo cuando iba a abrir la puerta—. Llamaré a Juan y le pediré que nos los traiga, así podemos ir empezando.

No había disculpa, tenía que sentarme allí y empezar a revisar números e informes cuanto antes si no quería que aquello durase eternamente, así que mientras él hablaba con el auxiliar por el interfono, me enfrenté a la primera de las carpetas buscando no sabía muy bien el qué.

Acto seguido, Salgado vino hacia donde yo estaba y retirando del sofá la otra carpeta que anteriormente nos había separado, la colocó en la mesa y se sentó a mi lado, muy cerca de mí disponiéndose a mirar al mismo tiempo que yo, las hojas que iba pasando.

Instintivamente me separé un poco, tratando de que existiera una invisible frontera entre los dos, no sé por qué lo hice, fue sin darme cuenta, como te retiras cuando intuyes que algo te puede caer encima.

—No veo bien, perdona —dijo él anulando de nuevo la distancia que yo había interpuesto, y colocándose literalmente pegado a mí, siguió revisando los números que para mis ojos habían desaparecido hacía rato entre la incomodidad, el calor que sentía y la sensación de asfixia que tenía desde hacía rato.

El instante en el que Juan golpeó suavemente la puerta para, sin esperar respuesta, entrar con una pequeña bandeja en la mano, fue para mí como si hubiese escuchado el pistoletazo de salida, y dando un bote en el sofá, me puse en pie tan aprisa como pude, tratando por todos los medios de que el sudor que en aquellos momentos comenzaba a deslizarse por mis sienes, no fuese percibido por el muchacho, ni mucho menos, por Salgado.

—Gracias Juan, perdona que te haya molestado, pero necesitábamos un café donde mojar tantos números como tenemos delante.

—De nada, si necesitan algo más no dude en llamarme —dijo él saliendo ya del despacho.

—Esto es otra cosa, ¿no te parece?

Y mirándome extrañado por la cara desencajada que yo debía de tener en aquellos momentos, me preguntó:

—Ignacio, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que dejemos esto para otro momento?

Al mismo tiempo que había dicho aquella frase, se había aproximado hacia mí y alargando su mano a mi frente, con la mayor naturalidad del mundo, había tanteado mi temperatura.

—No, fiebre no tienes. Anda, ven, siéntate aquí un momento, si no se te pasa te acompaño a casa. Será el calor, este aire acondicionado nos va a matar a todos.

Como si fuese un niño, tiró de la manga de mi americana para que lo acompañase al sofá, y lo peor de todo es que, ante mi propio asombro, lo seguí, sin decir ni media palabra, y me senté a su lado dejando plantada frente a los ventanales la dignidad que me llamaba para que espabilase, sin comprender mi repentina sordera.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pida una botella de agua, un té, algo?

—No, no, ya estoy bien, seguramente ha sido eso, el calor...

Y sin ningún tipo de inhibición pasó el dorso de su mano por mi mejilla.

No pude evitar apartar la cara bruscamente, yo no estoy acostumbrado a que el director del banco, mi inmediato superior, me haga caricias en la mejilla o me tome la temperatura en la frente.

—¿Eres homosexual, verdad? —le pregunté a bocajarro olvidando el riesgo que corría

haciendo una pregunta tan personal a mi jefe.

No se inmutó, no dejó de mirarme ni por un instante, no bajó los ojos como yo esperaba ni montó en cólera ante mi atrevimiento, simplemente dijo “Sí”, sin perder el esbozo de sonrisa amarga que despuntaba en su boca.

—¿Y...? —dejó colgando en el aire como si lo que acababa de confirmarme no tuviese la menor importancia.

—Pues que yo no lo soy —le dije casi desde la otra esquina del despacho a donde me habían llevado mis pies sin ser consciente de ello—, yo no lo soy, y esta situación me resulta muy incómoda, por lo que te pediría que...

—Ignacio —me interrumpió—, ser homosexual no significa ser imbécil, no voy a andar provocando situaciones violentas a nadie, te lo aseguro.

—Lo estás haciendo, ya lo estás haciendo porque a mí estos rollos no me van, yo no tengo nada en contra de nadie, pero preferiría que nos dedicásemos al trabajo y ya está.

—“*¡Mariconadas las justas!*” —me espetó irónico y evidentemente molesto—. Como se suele decir, ¿verdad?

—Pues mira, sí, es justamente eso, a ser posible, mariconadas ninguna —le dije sin esconder el desdén que en aquellos momentos salía de mí.

—Tú eres muy hombre, claro —dijo con una cierta sorna en sus palabras.

—Tú lo has dicho, muy hombre sí señor, pero no estamos aquí para hablar de los gustos sexuales de cada uno, me parece, así que vamos a trabajar en esto, y si no, me voy y lo haces con otra persona, por mí no hay problema.

—Muy hombre y muy homófobo, por lo que veo.

Sin decir más, abandoné el despacho y atravesé el pasillo en dos zancadas dirigiéndome al mío, donde cerré la puerta por dentro y avisé al administrativo para que no me pasase ninguna llamada hasta nuevo aviso.

Sujeté la cabeza con mis manos, cerré los ojos y me apreté las sienes.

No era posible que aquello me estuviese pasando a mí.

6

—¿Sabes qué he pensado, Nacho? Que podíamos invitar a Salgado a que pase un fin de semana con nosotros en la casita de la playa. Hay que cuidar esos detalles, que los hombres no tenéis nada en cuenta esas cosas, os pensáis que es solo el trabajo y ya está, y eso no es así, hay que relacionarse, hay que abrir las puertas de la casa para que...

La voz monótona de Paloma sonaba en mis oídos como una auténtica tortura, pero hice todo lo que pude para contenerme y no hacer ningún comentario que pudiera sonar inoportuno.

—¿Un fin de semana entero? —dijo mi hija—. Avisadme que yo no voy, menudo rollo...

—¡Marta! —la increpó su madre—, que es el jefe de papá, hija, que hay que llevarse bien, además, está solo, no tiene aquí a su familia y es como... como una obra de caridad.

Mis dos hijos estallaron en una sonora carcajada ante la afirmación de su madre que ni ellos mismos lograban creerse. Paloma y sus “obras de caridad”, siempre con gente que no las necesitaba en absoluto, pero que aportaban a su círculo de amistades un pedigrí que para ella era tan necesario como el aire que respiraba.

—¡Nacho! Diles algo, hombre, que parece que estás en la inopia.

—Vale de risas —fue todo lo que acerté a decir, y que evidentemente no hizo ningún efecto en los chavales—. Venga, ya está bien, Marta, mira a ver si tenéis algo mejor que hacer que estar aquí poniendo nerviosa a tu madre.

—No, nerviosa no, lo que quiero es que me des la razón.

—Que sí mujer, que sí, que te doy la razón, ya vale tú también.

No tenía ningunas ganas de discutir, con los muchachos saliendo del comedor a pura carcajada burlándose de las obras de caridad de su madre, con Paloma reclamando mi atención y una “razón” que no sabía si tenía que darle o no porque ni siquiera sabía de lo que me hablaba, y un montón de pensamientos extraños rondando de forma insistente por mi mente, que iban y venían del despacho de Román Salgado a mi cabeza y de mi cabeza al despacho de Román Salgado llamándome homófobo, a mí que era un hombre tolerante y solidario, que siempre había estado convencido de que los homosexuales y las *personas normales* somos todos iguales.

—Entonces, Nacho, el próximo fin de semana me encargo de que todo esté listo en la casita de la playa y lo invitamos, ¿eh?

Claro que yo era tolerante, quizás no estaba bien expresado lo de “*personas normales*”, bueno, tal vez todos fuésemos normales, incluidos ellos, pero eso me costaba mucho aceptarlo, en todo caso “*nosotros*” éramos más normales que ellos.

—¡Nacho! ¿No me oyes? Digo que el fin de semana próximo estaría bien. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

Por otra parte, Salgado era mi jefe, mi director, y tendría que trabajar a su lado me gustase o no, tendría que mentalizarme de que, por el hecho de tener una *desviación sexual*, no iba a ser peor director que los demás, era buena gente, eso estaba claro, educado, correcto, amable con todos sus colaboradores, pero yo lo único que quería era que conmigo no manifestase ningún tipo de afecto especial. Ya había visto las sonrisas que provocaba en los demás cada vez que me llamaba a su despacho, los muy falsos seguro que estaban al tanto de que el director era sarasa perdido y no me habían dicho nada, menudas juergas se debían de haber corrido a mi cuenta. Vaya

pandilla de traidores que tenía a mi alrededor, dándose codazos y haciéndose señas cada vez que Salgado se dirigía a mí, y yo que estaba convencido de que eran celos profesionales, las típicas envidias que se despiertan cuando el nuevo director muestra más afinidad por un compañero que por otro.

—Podemos encargarnos una pequeña fiesta para el sábado por la noche. —Paloma seguía su serenata monocorde como si fuese la banda sonora de mis pensamientos—. Hablaré con los de la sala de abajo y organizaremos un baile para amigos, una cosa íntima, no más de treinta o cuarenta personas, tal vez le podamos presentar a alguna chica maja, tiene muy buena planta Salgado, se lo van a rifar...

Mi mujer soñaba en alto aquellas fantasías que alimentaban su vanidad, y yo seguía sin dar tregua a mi cerebro, encontrando explicaciones a gestos y bromas que no sabía cómo me podían haber pasado tan desapercibidos hasta entonces.

Si hubiera que andar analizando cada comentario que se hace cuando uno está fuera de las presiones habituales y se relaja el ambiente, no haríamos otra cosa en todo el día. Pero podían haberme dicho algo, viendo que yo no me daba por enterado, debían haberme advertido. No se les habría ocurrido suponer siquiera que a mí me iba también el rollo homosexual, vamos, es que solo de imaginarlo se me ponían los pelos de punta. Yo no tenía nada en contra de ellos, pero de ahí prestarse a confusiones había un abismo. No podía ser, tenía que hacer algo para dejar bien asentada mi postura, mi masculinidad no debía de quedar en duda. Menuda situación.

—¡Pero Nacho! Dime algo, por Dios, que llevo media hora hablando contigo... —el grito de mi mujer casi dentro de mi oreja, me hizo rebotar de tal manera que ella misma se asustó al ver mi reacción.

—¡Que me dejes en paz! ¡Eso es lo único que tengo que decirte! ¡Que me olvides de una santa vez!

Y salí del comedor dejando detrás de mí un sonoro portazo. La dejé allí paralizada mientras me ponía una chaqueta y me iba de casa a respirar soledad, que era lo único que necesitaba en aquellos momentos.

Caminé hasta el parque que estaba cercano a casa y allí me senté en un banco, con la cabeza embotada de tanto como bullían los pensamientos en su interior. Por si tenía poco, acababa de fastidiarlo todo con Paloma, que según era ella, me costaría ocho días y cien mil disculpas tenerla otra vez contenta, y lo peor de todo era que, en aquellos momentos, no tenía ningunas ganas de pedir disculpas a nadie y me era bastante indiferente si estaba contenta o no.

De repente, la única idea que me preocupaba era regresar al banco al día siguiente y dejar claro a todo el mundo que mi “cercanía” con el director era absolutamente profesional, no iba a permitir la menor duda sobre ello aunque para eso tuviera que solicitar claramente que fuese otra persona la que se ocupase de facilitarle los datos que necesitaba.

Solo imaginarme al personal de la oficina burlándose de mí, me ponía verdaderamente quemado por dentro. Yo no había sido nunca un ligón empedernido, y jamás se me hubiese ocurrido intentarlo en el banco, donde tenía clara cuál era mi función allí: trabajar igual que el resto del equipo, pero de ahí a pasar a ser el hazmerreír del banco porque a un recién llegado director gay se le antojase, había una distancia que no pensaba recorrer.

Fuera del banco, tampoco había tenido una historia demasiado apasionada, un par de escauceos sexuales, nada serio, lo justo para satisfacer la curiosidad de saber si seguía siendo

atractivo para las mujeres, porque a partir de cierta edad, no vale con imaginarlo, hay que comprobarlo y asegurarse. Y eso había sido todo, así de sencillo, y así debía de seguir siendo, de eso me iba a encargar yo aunque para ello tuviera que trasladar mi despacho a la otra torre que conformaba el edificio del Banco Pelayo.

Es más, pensé que lo mejor sería hablar directamente con Salgado y decirle sin rodeos que respetaba sus ideas, sus tendencias o como lo quisiese llamar, porque hablar de desviaciones tal vez fuese muy fuerte, yo tampoco estaba muy seguro de si eso se podía considerar una desviación, y dejarle claro que a partir de aquel mismo momento preferiría que se comportase conmigo de un modo más distante y que las reuniones se produjesen siempre en presencia de otras personas. Sí, mejor dejar las cosas claras desde el principio, era preferible pasar un mal rato para decir aquello, que andar toda la vida con los rumores a la espalda, de eso nada, a mí me sobraba carácter para plantarle cara a quien fuese, lo tenía bien claro, mi actitud no iba a quedar en duda, de eso me encargaría personalmente.

Aquella noche cuando llegué a casa encontré a Paloma seria y con claros signos de haber pasado la tarde llorando a juzgar por las ojeras que tenía. Me acerqué y traté de darle un beso para que se olvidase de lo sucedido, pero de sobra sabía yo que aquello no iba a bastar, y como prueba de que no estaba equivocado, me apartó bruscamente de su lado sin dirigirme la palabra.

—Lo siento, —le dije sabiendo que aquella solo sería la primera de una larga lista de disculpas—perdóname, mujer, no sé lo que me pasó, es que había tenido una mañana tremenda, con mucha presión...

Siguió sin contestarme, a lo suyo, como si no me escuchase. Estábamos en la cocina, ella trajinaba por allí preparando la cena; estaba con una bata muy fina, seguramente acababa de salir de la ducha porque solo llevaba una minúscula ropa interior.

Salí de la cocina y fui al cuarto de Marta, no había nadie; me dirigí entonces a la habitación de Chimo y tampoco estaba.

—¿Dónde están los chicos? —pregunté de regreso a su lado.

—Han ido al cine, estrenaban una de esas que les gustan a ellos.

—¿Juntos? —pregunté extrañado, pues mis hijos se llevaban como hermanos, por lo que no se podían ni ver.

—¡Seguro! —dijo Paloma— No sé cuándo han ido juntos a ningún sitio. Cada uno fue con sus amigos, estoy segura de que si se encuentran ni siquiera se dirigen la palabra.

En aquellos momentos me era completamente indiferente si los chicos estaban juntos o separados, la verdad, lo único que me importaba era saber que no estaban en casa, y una vez asegurado ese punto, se fijó en mi mente la idea obsesiva que llevaba toda la tarde torturándome por dentro: yo era un hombre, y lo tenía que demostrar. ¿A quién? Pues seguramente que, aunque no lo supiera, lo primero que necesitaba era probármelo a mí mismo, por eso me acerqué a mi mujer, que una vez más me rechazó alejándose de ella, pero no me bastó, no era un buen momento para despreciarme.

—Ven aquí —le dije, acercando mi boca a su oreja, con un rugido lastimero, mezcla de pasión y necesidad, que ella no correspondió.

—¡Que te pares, hombre! ¿No querías que te dejase en paz? ¿Tú qué te crees? ¿Que las cosas se arreglan así? Aquí te pillo y aquí te mato, sin más ni más, y hala, todo olvidado. Que no, que te digo que no te enteras...

Estaba frente a mí, con la bata casi abierta, enfurecida, mirándome sin verme, sin percatarse de que no le estaba pidiendo nada, de que se pusiese como se pusiese yo tenía una idea fija y la iba a llevar a cabo.

Recuerdo aquel momento y no me reconozco, yo no soy así, jamás he utilizado la fuerza para nada y mucho menos para mantener relaciones con mi mujer. Juro que me sonrojo al recordarlo y si pudiera hacerlo borraría ese día de toda mi vida, pero no puedo, y recordarlo me hace tanto daño que entiendo que es el precio a pagar por mi actitud imperdonable.

Como si no fuese yo mismo, le abrí la bata y me lancé sobre los pechos que habían quedado al descubierto, ella intentó apartarme, pero no me di por enterado, y acorralada como la tenía en la esquina de la cocina, continué mi saqueo bajando por su cuerpo con mis manos y con mi boca, marcando mi territorio como un animal, como el macho herido que en aquellos momentos buscaba desesperadamente a su hembra sin otro motivo que dejar bien claro quién era el hombre.

El forcejeo no se hizo esperar, Paloma reaccionó sorprendida ante una actitud a la que no estaba acostumbrada intentando separarme mientras yo la sentaba en la mesa y me perdía entre sus piernas abiertas a pesar de que ella intentase evitarlo.

La tumbé en la mesa sujetándole los brazos, y me adentré en ella con una fuerza desbocada rematando mi faena en dos minutos. Cuando culminé mi toma de poder, me retiré de ella, que, asustada, se incorporaba dolorida y me miraba con una sombra de miedo que jamás había visto antes en su mirada.

—¿Pero a ti qué te pasa? ¡Me has hecho daño! —me dijo enfadada.

—Lo siento, lo siento de veras, no volverá a ocurrir.

Fue lo único que acerté a decir mientras me dirigía al cuarto de baño y abría el grifo de la ducha.

El agua resbalaba por mi cara, por mi cuerpo desnudo, agotado más por la presión psicológica a la que le había sometido que por el desgaste físico. Y allí, bajo la ducha, sin saber por qué, lloré como un crío, lloré de rabia, de asco, de tensión o de pena, no supe por qué.

Entonces no lo sabía, hoy, meses después, ya lo he descubierto.

7

Tenía la extraña sensación de que todo el mundo me miraba, hubiera jurado que mis compañeros volvían la cabeza a mi paso, pero supongo que sería solo una impresión mía, una influencia de mis extraños pensamientos, que continuaban aprisionados en mi mente, pugnando por salir de ella sin más dilación.

Apenas me había sentado en el sillón de mi despacho, cuando sonó el interfono y la voz de la auxiliar me trajo a la realidad:

—Señor Coronado, el señor Salgado le espera en su despacho para preparar la reunión de...

—Dígale que no puedo ir, que estoy ocupado... y tráigame un café, por favor.

Extendí sobre mi mesa un montón de papeles para que cuando entrase Cristina tuviese la impresión de que, efectivamente, tenía mucho que hacer. Me puse las gafas y con un bolígrafo en la mano, simulé estar enfrascado en cualquier asunto.

Momentos después llamó a la puerta y se acercó a mi mesa para dejar sobre ella un vaso con el café y varios sobres.

—Ya le dije al señor Salgado que en este momento no puede ir.

—Muchas gracias —le contesté sin levantar casi la mirada de los papeles hasta que salió y cerró la puerta a sus espaldas.

De nuevo solo, giré la silla en la que estaba sentado, a mi espalda, el gran ventanal del piso doce en el que me encontraba, me devolvía la imagen de cientos de edificios que como el del banco, se elevaban erguidos al cielo. Miles de ventanas, como pequeños huecos en panales de abejas emitían reflejos por la luz del sol que impactaba en ellos y me parecieron señales que toda aquella gente me estaba enviando desde sus lugares de residencia o trabajo, tal vez encerrados en sus despachos, como yo, o en sus vidas... también como yo.

No podía trabajar, no tenía ganas de nada. Si por mí hubiera sido, me hubiese lanzado a la calle, a aquella calle que hervía a mis pies y en la cual la gente se confundía sin tener que darse explicaciones de nada, sin tener que dejar clara ninguna postura en sus vidas.

Miré las paredes del despacho que, cubiertas de madera, acogían enormes cuadros abstractos que nunca me habían dicho nada, tenía la sensación de estar aprisionado entre aquellas paredes, pero no quería salir de allí, no quería encontrarme con Román Salgado, no había vuelto a verlo desde el intento de caricia que él había querido hacerme y que yo había rechazado bruscamente.

Afortunadamente, Luis Suárez entró en aquel momento en mi despacho y me trajo de nuevo a la realidad de cada día al plantarme delante un montón de estadísticas que tenían que haber estado revisadas hacía dos días y que se nos habían pasado por alto.

—Sabes que hay reunión con el “súper” dentro de nada, ¿no? —me dijo mientras yo encendía un cigarro con otro.

—¿Otra vez? Pero bueno, ¿qué se cree este? ¿Que no tenemos nada más que hacer? —le dije.

—Viene de otra forma de trabajo. Él es de la escuela de consensuar todo con cada departamento, preparar las reuniones con unos o con otros y luego no tomar ninguna decisión hasta que esté todo expuesto a los demás.

—Muy bonito para una sesión de terapia en alcoholólicos anónimos, pero vamos, para un banco como este... Tendrá que irse dando cuenta de que hasta que él llegó también hemos sabido

mantenernos a flote. ¡Cuánto me fastidian los imprescindibles!

—Creí que te caía mejor —dijo Luis mirándome sin disimular una cierta sorpresa—. ¿Sabes que dicen que es gay?

—Tiene pinta... —contesté con desdén echando para atrás el respaldo de mi sillón.

—¡Lo que nos faltaba! —dijo él sin poder contener la risa—. Un director de altos vuelos y encima maricón, con lo quisquillosos que dicen que son...

Reí con él de una forma abierta, para que no quedase la menor duda de que yo estaba de su lado, de que yo participaba de aquel secreto a voces aunque hubiese sido el último en enterarme. Reí para reafirmar mi postura, para elevarme en mi pedestal y para despejar la tormenta de dudas que aparecía en el horizonte de mi mapa vital.

Cuando, inevitablemente, tuvimos que acudir a la nueva llamada de Salgado para la reunión, Suárez y yo nos dirigimos a su despacho sin disimular la gracia que nos habían hecho nuestros propios comentarios.

Estaban ya en la sala varios compañeros del resto de departamentos. Cuando todos hubimos tomado asiento en torno a la mesa rectangular que ocupaba el centro de la estancia, Salgado, desde la cabecera, comenzó a exponer su estrategia para coordinar los diferentes enfoques de campañas inversoras que hasta entonces se habían abordado de manera individual y que, según su propuesta, debían llevarse a cabo de manera conjunta, lo cual requeriría de gran colaboración por parte de todos, que era lo que estaba solicitando de cada uno de nosotros.

Evité mirarlo, me limité a escuchar tanto su exposición como las intervenciones de los demás dejando la mía voluntariamente para el final, y expuse mi alegato dirigiéndome a los otros asistentes, sin cruzar una sola mirada con él, pero con la certeza de que su mirada escrutadora no se apartaba de mí.

Dos horas de intercambio de ideas no me dejaban más opción que callarme y simular que me daba igual todo lo que los demás dijese, o por el contrario, participar de la conversación como era habitual en mí, pero la verdad es que la presencia de Salgado me incomodaba, me hacía sentirme un extraño dentro de mí mismo, y era incapaz de comportarme con naturalidad.

Estaba deseando que terminase de una vez la maldita junta y pudiésemos ir a la cafetería a echar unos cuantos cigarros que relajasen aquella tensión. Era consciente de que mi actitud no era la correcta, no me encontraba al cien por cien, no era capaz de concentrarme en los temas que estábamos tratando, mi mente se escapaba de la sala y tenía que ir en su busca para que no se notase demasiado el desinterés que me había poseído aquella mañana. Normalmente, me gustaba implicarme en nuevos proyectos, en iniciativas que hiciesen menos monótono el trabajo, enseguida me apuntaba a cualquier innovación y no me costaba el menor esfuerzo ponerme al día en cualquier tipo de actualización que tuviésemos que hacer, pero en aquellos momentos no era capaz de motivarme con nada de lo que se estaba proponiendo, era como si una capa impermeable de dejadez y pasotismo me hubiese aislado de lo que sucedía a mi alrededor.

—Bueno —dijo Salgado como si leyese mis pensamientos—, creo que por hoy vamos a dejarlo, nos hemos ganado todos un buen café.

Me levanté como si se hubiera accionado un resorte y ya cuando estaba alcanzando la puerta, no tuve más remedio que detener mis pasos:

—Ignacio, si te puedes quedar un momento... me gustaría matizarte un par de temas.

—Estoy muy liado... —le dije—, puedes decírselo a Suárez y ya me lo comentará él, hemos

hecho todo el planteamiento juntos, así que...

—Será solo un momento —insistió.

Y de nuevo tuve que soportar los gestos de los demás, las señas que me hacían, los movimientos escondidos con la mano, gestos amanerados que disimulaban ante mi mal contenido cabreo, codazos y risas absurdas que echaban por tierra todo mi empeño en que se me desligase de Salgado, en que no se me relacionase con él, en que no me dejaran en aquella sala de juntas con un tío que parecía que lo único que quería era echar abajo en dos días la buena imagen que los demás tenían de mí y que había ido construyendo a lo largo de los años.

Con el rostro embotado me dirigí hacia el extremo de la mesa en la que él estaba apoyado, tenía que decírselo, tenía que hablarle claro de una vez por todas, que no se confundiese conmigo, que no me fastidiase más con llamadas aparte y estupideces que para su utópico mundo de “*todo es muy natural*” y de “*nada importa*” tal vez estuvieran muy bien, pero para el mío, para un mundo real, estaban fuera de lugar. Le iba a decir que era la última vez que me hacía aquello, que cuando quisiera dirigirse a mí lo hiciese estando los demás presentes y que, de no hacerlo así, se iba a encontrar con una sorpresa muy desagradable, que además ya estaba harto de todo, que...

—Parece que me estás evitando de continuo. ¿Te pasa algo? —me preguntó a bocajarro antes de que yo pronunciase ni una sola palabra.

—Pero bueno —empecé a decir tratando de contener una ira que no quería manifestar en un lugar que no era el apropiado—, pero tú, ¿qué te has creído? Pero...

—Mírame —insistió sin perder la calma lo más mínimo, con un tono pausado que en nada se parecía a la indignación que escondían mis palabras

—. Así, eso es —continuó mientras mis desobedientes ojos se posaban en los suyos sin que yo pudiese evitarlo—. No quiero perjudicarte, si quieres no volveré a llamarte aparte, pero hoy no he podido evitarlo, te he visto tan inquieto... No quiero que eso te vuelva a pasar.

Yo no podía contestarle, todo lo que tenía pensado gritarle a la cara se me había quedado atragantado y era imposible echarlo fuera de mí. ¿Dónde estaban aquellas palabras airadas que tenía listas para escupirle tan solo hacía unos minutos? ¿Dónde se había ido mi genio vulnerado, mi carácter ofendido? ¿Por qué todo mi mal humor se había esfumado y me había dejado desvalido ante aquel hombre que, sin tocarme, me mantenía sujeto al suelo sin que pudiese mover mis pies de allí, sin que pudiera salir corriendo para no volver a verlo nunca más?

—Ignacio, quiero que estés tranquilo, que no te sientas tan tenso. No hay nada de lo que tengas que preocuparte, no volveré a ponerte en este tipo de compromiso. —Como yo permanecía de pie, rígido, y sin poder articular ni una sola palabra, continuó hablando sin perder ni un solo instante la calma que le caracterizaba—. Si lo crees más oportuno trasladaré mi despacho al otro edificio, delegaré parte de mi trabajo en otra persona y apenas tendrás que verme.

Un momento de silencio que a mí me pareció un siglo, un momento sosteniendo aquella mirada que parecía salir del fondo de su alma para desarmar la mía por completo.

—Solo tienes que decirme una palabra —me dijo—. Ignacio, ¿quieres que me vaya?

Yo no hablé, aquella voz no podía ser la mía, yo no di consentimiento para que ninguna parte de mi cuerpo emitiera aquel sonido que escuché y que a pesar de proceder de mi garganta, no podía identificar como mío.

—No —acerté a decir.

Y cuando él puso una mano sobre la mía, yo no me aparté.

8

El día que Marta se fue a estudiar fuera sentí como si en mi interior se abriese un vacío inmenso.

Había cincuenta carreras que hubiera podido estudiar sin cambiar de ciudad, pero ella tuvo que escoger una que no había, y nos puso en la tesitura de elegir entre obligarla a estudiar algo que no era lo que a ella le gustaba, o permitir que saliese de casa para irse lejos de nosotros, de nuestra protección, de nuestro apoyo y de nuestro control. Básicamente, lo que se ve lógico y normal cuando les ocurre a los hijos de los demás pero se convierte en algo trascendental cuando ocurre con los propios.

La elección era sencilla, mi hija ha heredado la perseverancia de su madre, y yo tenía muy claro que aunque la hubiese convencido para que se quedase en casa al menos un año más y ganar un tiempo que favoreciese su madurez, no hubiera tocado los libros, hubiera sido un año perdido, y ante esa seguridad y sus insistentes peticiones, no tuve más remedio que ceder a ella y a Paloma, que mucho más tranquila que yo, no estaba angustiada ante la perspectiva de que nuestra “niña” se fuese de casa sin haber alcanzado siquiera la mayoría de edad.

—No veo por qué no podemos confiar en ella —me decía mi mujer como si se pudiera confiar en cualquiera con diecisiete años—, es muy responsable, y muy organizada, ya verás cómo todo va a ir bien, hay que darle una oportunidad...

Paloma no se daba cuenta de que mi problema no era solo que no confiase en la sensatez de mi hija, que desde luego, no tenía nada más que la adecuada a su edad, tal vez algo más de lo que yo pensaba, pero ni la cuarta parte de la que pensaba su madre; el problema era que yo no confiaba en los demás, en “el resto del mundo”, en los amigos que iba a tener y que yo no podría conocer, en los profesores con los que yo ya no iba a poder cambiar impresiones como había hecho hasta entonces, en la gente con la que iba a compartir piso porque se había negado rotundamente a ir a una residencia de estudiantes. Ese cambio radical, ese desprendimiento que se iba a producir era el que me aterraba y el que me dejó como hueco por dentro cuando Marta, con la maleta llena de ropa y la cabeza llena de ilusiones se quedó instalada en aquel piso que a mí me parecía un calabozo y a ella le parecía una maravilla.

—Lo que tienes que hacer es desprenderte un poco de ella y volcarte más en Chimo, que lo tienes abandonado al pobre...

Tal vez Paloma tuviera razón, no digo que no. Por supuesto que los quiero a los dos, los dos son mis hijos y daría por ellos lo que fuera, pero me mentiría a mí mismo si negase que por Marta siempre sentí algo especial, y también mentiría si no dijese que a ella le pasaba igual conmigo, porque sin dejar de reconocer que con su madre tenía ciertas afinidades, Marta estaba unida a mí de un modo diferente, de una manera que nunca ha estado Chimo, tal vez porque con él yo tenía una relación más de “*hombre a hombre*”, sin besos, sin mimos, sin historias que estaba convencido que eran “*de mujeres*” y lo único que conseguirían sería afeminarlo, creencias que ahora veo absurdas, herencias ancestrales y grabadas a fuego en las que se perdieron caricias, besos y afectos que pude haber tenido con mi hijo y que ya nunca podré recuperar. Yo pensaba que el crío ya tenía bastante con los abrazos efusivos que le daba Paloma, que alguna vez me hicieron temer que lo ahogaría de tanto apretarle la cara contra su pecho. Estaba convencido de que la

educación tenía que ser diferente con mi hijo que con mi hija, y así, en el colmo de la desigualdad... les perdí a los dos.

Marta se fue y la casa sin ella parecía vacía. Los primeros días la llamaba al móvil a todas horas, pero poco a poco me di cuenta de que no podía tenerla así, porque se la veía tensa, no se atrevía a decirme nada, pero noté que no le gustaba mi asedio telefónico y, contra mi voluntad, solo pensando en ella, llegamos al acuerdo de que hablaríamos por la noche, eso sí, todas las noches, aunque en realidad, “todas las noches” fueron las tres o cuatro primeras, porque después rara era la vez en que su móvil no estaba “apagado o fuera de cobertura” y yo no tenía más remedio que dormirme con la esperanza de que “mi niña” estuviese sana y salva.

Siguiendo los consejos de Paloma, intenté acercarme a mi hijo, en parte porque tenía mala conciencia por haber estado siempre tan pendiente de su hermana, y en parte porque el tiempo se me hacía eterno y me sentía tremendamente solo en casa, pero ya era demasiado tarde, y Chimo, que estaba acostumbrado a vivir sin un padre que se empeñase en ir con él a todos los sitios, me puso las cosas muy claras desde el primer momento:

—Oye, papá, que si Marta va a estar fuera cinco años, yo esto no lo aguanto tanto tiempo... Que el lunes viniste a esperarme al instituto y mis amigos llevan tomándome el pelo toda la semana; el martes te empeñaste en venir a verme entrenar, el miércoles te acoplaste con nosotros en el cine, y hoy quieres meterte en nuestro grupo de WhatsApp... A ver... que yo te lo agradezco mucho y eso, pero que... me molaba más cuando pasabas de mí, ¿vale? Que tengo catorce años, tío...

Y tenía razón, hay cosas que no tienen vuelta atrás, por eso creo que aquella temporada, de no haber sido por el trabajo, no sé lo que hubiese hecho, porque me resultó tremendamente difícil darme cuenta de que mis hijos ya no me necesitaban nada más que económicamente, eso sí.

Fue ese el momento en el que se produjo un acercamiento a Román Salgado, él había pasado por algo parecido con su hija, y me comprendía desde el punto de vista de un padre que como yo, había visto *despegar* a su pequeña. En su caso, fue más que eso, él estaba convencido de que la había visto echar a volar para siempre, pues ella no le perdonaba haberse casado con su madre, no entendía lo que para ella había sido una burla a toda la familia cuando reconoció ser homosexual.

—Intenté explicarle que no había sido intencionado, que yo mismo traté de engañarme durante años y disfrazar algo que me producía miedo asumir públicamente, pero no la culpo por no entenderlo, a mí me ha costado casi medio siglo asumirlo y mirar de frente sin pensar que tengo que pasarme la vida pidiendo disculpas por ser como soy.

Me dejaba de hielo con sus razonamientos, no sabía qué decirle porque me daba cuenta de que sus confesiones eran sinceras, hablar de su hija le emocionaba, y lo ponía a mi nivel, al nivel “*padre herido*”.

—Es muy joven —le decía tratando de quitarle hierro a sus ideas—. Ya verás cómo con el tiempo logra entenderte, los chavales de hoy se han criado en una sociedad más tolerante que la de nuestra infancia, son más abiertos, tienen menos prejuicios.

Pero no lo convencía, no podía convencerlo cuando yo lo seguía mirando con recelo, cuando podía hablar con él si estaban las puertas abiertas o lo tenía a cinco metros de distancia, aunque no por eso dejaba de reconocer que hablar con él me tranquilizaba, que tal vez, como el consuelo de los tontos, ver que mi mal no era el peor del mundo, me daba la sensación de que lo mío no era

tan grave, de que mi hija no me había abandonado, de que simplemente estaba estudiando fuera de casa y sobre todo, creciendo y formándose para la vida, como antes lo habíamos hecho otros. Además, yo tenía a Chimo, y al resto de mi familia, seguían estando todos a mi lado.

—Tengo la esperanza —decía con un punto de ilusión en los ojos—, de que tengas razón y algún día pueda volver a abrazar a mi hija, pero con el resto de mi familia, ni tengo esperanza ni la quiero tener. Eran adultos cuando me apartaron de sus vidas, antepusieron la opinión del resto del mundo a los afectos, y eso, deja heridas que no cierran fácilmente.

—Bueno, anda, no seas exagerado, la familia es la familia para siempre.

—¡Mira quién habla! Exagerado, dice, el que está hecho un agónias porque su hija, como es normal, pasa un poco del *brasas* de su padre.

—¿Un poco? Pero si hace tres días que no la localizo. Ayer tuvo un examen y no sé nada de ella.

—Natural, habrá tirado el móvil —se burlaba entre risas.

Charlábamos entre una reunión y otra, en la cafetería, en el ascensor, donde fuese, porque me doy cuenta de que me puse realmente pesado con el tema de mi hija, y cualquier momento era bueno para sacar la conversación, y él, sin ofenderse por mi poca variedad, siempre tenía respuesta para mis miedos, no le faltaban ejemplos que ponerme, razones para hacerme ver las cosas desde otro punto de vista, palabras que aliviaban mi decaimiento, y ánimo para esperar con ilusión la primera visita de Marta o la próxima vez que me llamase por teléfono sin que yo tuviese que perseguirla dos días para ello.

Llegó a ser tal mi dependencia de su apoyo que el temor a que me viesan con él continuamente, pasó a un segundo plano, porque como además, mis compañeros más cercanos conocían de sobra mi obsesión con la partida de mi hija y bromeaban sobre ello continuamente, no me importaba que viesan que Salgado me aconsejaba y hasta se reía con ellos de mis absurdos temores; pero si se daba el caso de que estuviésemos los dos solos, tampoco salía corriendo, yo lo que necesitaba era que me tranquilizase y cuando le escuchaba, lograba convencerme de que era un “*neuras*” y un pesado con la persecución a la que sometía a Marta.

Salgado no había vuelto a hacer referencia a la conversación que habíamos tenido semanas atrás en la sala de juntas, no volvió a tener un acercamiento físico conmigo, ni mencionó el tema de cambiar su despacho de edificio, era como si aquella escena jamás hubiera tenido lugar. Yo había tenido la cabeza tan ocupada con el tema de mi hija que instintivamente había hecho como si me hubiese olvidado de aquello, pero el engaño al que quise someterme no se sostenía, y pronto, la realidad vino a imponerse aunque yo me ofuscara en no verla.

Los comentarios acerca de la homosexualidad de Salgado habían sido de lo más variopinto. Todos, incluido yo, nos habíamos reído hasta no poder más de los chistes que enseguida le habían sacado, de las afirmaciones que se hacían de él, de los sitios en los que decían haberlo visto, la mayoría de las veces inventado solo para darle más fuerza a las gracias que se querían hacer con él.

Me tranquilizaba el hecho de ver que mis compañeros me incluían en su grupo aunque fuese para burlarnos de Salgado, que no se ocultaban de mí para eso, porque dejaba claro que me situaban al lado de ellos y no al del director, como tanto había temido al principio. Alguna vez bromeaban, pero les seguía la corriente, me estaba convirtiendo en un magnífico actor.

—Pues tú te llevas muy bien con él —me decían de vez en cuando entre risas y guiños de

complicidad—. ¿No te habrá tirado los tejos?

Y todos reíamos como si nuestra probada masculinidad nos hiciera indudablemente superiores a él, y con eso se nos llenaba la boca, se nos tranquilizaba la conciencia y se nos recargaban las pilas para seguir inventando chistes a su costa.

Pero aunque no quisiera detenerme a pensarlo, me sentía cada día más hipócrita cuando estaba a su lado, porque la verdad era que la única persona que me estaba ayudando a superar el trauma que la separación de mi hija me había causado, era él, mientras yo pagaba su paciencia y sus consejos con burlas y risas a su espalda; pero por muy mezquino que uno sea, llega un momento en que eso, pesa por dentro y busca un resquicio por donde salir. Aunque me afané en tapar cualquier rendija por la que mi sentimiento de culpabilidad pudiese aflorar no lo conseguí, y un día, en una de aquellas “sesiones de terapia” que Salgado mantenía conmigo, me coló una pregunta ante la que no supe mentir.

—Te veo mucho mejor —me dijo—. Creo que estás a punto de empezar a superar lo de Marta.

—Pues si es así, te lo debo a ti, eso desde luego...

—No digas eso, hombre, yo lo único que he hecho ha sido escucharte y si acaso, contarte cómo intento superarlo yo, nada más.

Y mientras hablaba yo esquivaba su mirada enviando la mía a vagar por las paredes, el suelo, los zapatos, las manos o una mancha diminuta en el cristal, cualquier cosa que evitase mirarle a los ojos, porque no quería sentirme de nuevo confuso, de nuevo alterado, de nuevo como ya me había sentido semanas atrás y como no quería volver a sentirme.

—Ignacio... —Y cuando pronunció mi nombre, todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se pusieron en guardia—. ¿Qué sientes cuando sirvo de burla en los corrillos?

Fingiéndome una sorpresa que no sentía comencé a hacer gestos de extrañeza como si no supiera a lo que se refería, tratando de sustituir con aquellas expresiones las palabras que no acudían a mi boca. Tenía la garganta muy seca y el corazón se había tomado la libertad de sobrepasar los límites de velocidad permitidos.

—Vamos —dijo— lo tengo asumido, no creas que es la primera vez, por favor, alguno de los chistes que se hacen, me lo he inventado yo, no es eso lo que me preocupa, lo que me gustaría saber es lo que sientes tú cuando los oyes.

—Pues... bueno... es una situación...

Y me levanté del sofá para moverme por su despacho en el que habíamos tomado un café mientras charlábamos, en principio de la subida en bolsa de las acciones del banco y después de nuestro tema más habitual, los hijos, o para ser más exacto, las hijas.

—Me siento mal —dije por fin mirando a través de los cristales para darle la espalda—, me siento mal porque participo de ello, porque yo también me burlo, porque...

—¿De verdad te sientes mal por eso?

—Hay que ser un miserable para burlarse de ti a una hora y recurrir a tus consejos minutos después —le dije.

—Debes hacerlo así —afirmó—. No se te ocurra cambiar de postura si no quieres buscarte la ruina.

Él continuaba sentado en su silla, y yo apoyado en la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón, sin mirarnos, sin decir nada, como si ninguno quisiera romper aquel delicado

silencio, como si una palabra pudiera hacerlo estallar en mil pedazos.

—Me gustaría que algún día pudiéramos hablar con más calma, tal vez te apetezca pasarte por casa a tomar una copa, ya sabes que vivo solo.

No supe reaccionar ante su invitación, me sentí desorientado y lejos de responder con la misma naturalidad con la que él me lo había propuesto, solo pude balbucear algunas palabras inconexas.

—Bueno... no creo... verás... el caso es que... mejor será que...

Pero él no se sorprendía ante ninguna de mis reacciones, no perdía jamás la compostura, siempre era tan calmado hablando como actuando, y mientras yo me deshacía en excusas, él se acercaba a mí y deslizando en mi mano una tarjeta en la que imaginé que figuraba su dirección, me retuvo un momento la mano entre las suyas, y solo dijo:

—Como tú quieras, siempre será como tú quieras, no lo olvides.

Sin contestarle siquiera, salí de su despacho apretando la tarjeta sin mirarla, estrujándola entre mis dedos, intentando deshacerla como me hubiera gustado deshacer aquel maldito cerebro que no era capaz de reaccionar, de imponerse, de plantar cara a situaciones que me desagradaban.

Al llegar a mi despacho rompí la tarjeta en mil pedazos a ver si de aquella forma rompía también la maraña de ideas confusas que iban y venían por mi mente como si quisieran destrozarme la cabeza por dentro.

Pasé la tarde encerrado en el despacho, dejándome los ojos en pegar pedazo a pedazo aquella maldita tarjeta, recomponiendo no solo el papel, sino también la parte de mi desorientado corazón que empezaba a desplomarse ante una evidencia que yo me negaba admitir.

9

—Ha llamado Marta, que no la esperemos este fin de semana que tampoco viene.

—¿Cómo que no viene? —le contesté a Paloma— Pero si había dicho que sí, que venía el viernes y se quedaría hasta el lunes... ¿Qué disculpa ha puesto ahora?

—Pues nada, que quiere celebrar el cumpleaños con sus compañeros, que ya lo tenían todo preparado, que no va a dejar a la gente tirada... ¡Qué sé yo!

Esperaba a Marta con una ilusión tremenda, cumplía dieciocho años y, sin que ni siquiera su madre lo supiera, le había preparado una sorpresa que estaba seguro de que le iba a encantar. Llevaba años pidiéndome la moto, pero me había resistido porque me daba miedo que pudiese pasarle algo, y no era que el miedo hubiera desaparecido, pero al estar lejos de ella, al echarla tanto de menos, era como si me hubiese dado cuenta de que se me estaba escapando de las manos, y tal vez como un recurso para retenerla un poco más a mi lado, quería darle aquello que siempre le había negado, concederle un capricho más, incluso tal vez, en algún rincón de mi alma paternal, tenía la esperanza de que con esos cebos en forma de regalo ostentoso, consiguiese que me quisiera un poco más.

Con aquel plantón que Marta nos había dado a su madre y a mí, me había dejado tan decepcionado que lo único que sentí fueron unas tremendas ganas de salir a caminar, tal vez para descargar la adrenalina que se me acumulaba dentro, para aliviar la sensación de que la realidad pesaba demasiado en mi vida: mi hija se había integrado con su nuevo entorno de amigos y fiestas —universitarias o no— y regresar a casa de sus padres se había convertido en un deber aplazable. Era algo lógico y completamente normal, era su primera vez alejada del nido familiar y la novedad podía más que lo conocido, tenía que intentar comprenderla, pero aunque me lo repetía a mí mismo mil veces, no era capaz de asimilar que el implacable paso del tiempo iba dejando su huella en la familia.

Justo cuando iba a salir de casa, Chimo se cruzó conmigo, cargado con su mochila de deporte.

—¿Tienes partido hoy? —le pregunté.

—Sí, vamos a ver si ganamos uno por lo menos.

—Voy a verte —dije como si la deuda moral que me parecía tener con él aumentase de nuevo el peso de mi conciencia.

—No, no, prefiero ir solo.

—Bueno, pues por lo menos, te llevo. ¿Dónde jugáis?

—Que no, papá, que ya he quedado con mis amigos.

Y despidiéndose de su madre desde la puerta, se fue, dejándome allí, plantado en medio de mi asombro, preguntándome a mí mismo dónde había estado mientras mis hijos habían crecido tanto que parecía estorbarles y respondiéndome que había estado allí, sin darme cuenta de que estaban creciendo porque el tiempo pasa para todos.

—Voy a dar una vuelta —le dije a Paloma, que estaba en el salón.

—Pero ¿a dónde vas? —respondió asomando intriga—. Espera que me arreglo y voy contigo.

—No, si vengo ahora mismo, es que... he quedado con Suárez a tomar un café —mentí, porque no soportaba la idea de pasear por la calle con Paloma del brazo y sin saber ni de qué hablar.

Quería estar solo, necesitaba estar conmigo mismo, que me diese el aire en la cara para que arrastrase en una ráfaga el revoltijo de ideas negativas que surgían de la nada y amenazaban con aplastarme. Quería salir, pero deseaba hacerlo solo.

Comencé a caminar sin rumbo fijo, me daba igual tirar hacia un sitio que hacia otro, lo único que quería era no encontrarme con ningún conocido, no tener que poner buena cara, no tener que fingir una charla que en absoluto me apetecía.

No sé la razón por la cual mis pasos se encaminaron hacia aquella calle, supongo que mientras yo intentaba distraer mi pensamiento para no ser consciente de la dirección que estaba tomando, la parte de mí que estaba deseando hacerlo, se impuso a la razón en la lucha encarnizada que se libraba en mi interior.

Una vez en la calle correcta, saqué la tarjeta pegada por varios sitios y me aseguré del número exacto de la puerta, el noventa y dos, escalera B, piso décimo, puerta D.

A medida que avanzaba por la acera mirando los números de los portales que iba encontrando, mi respiración se me aceleraba un poco más y sentía una especie de vuelta extraña en el estómago.

Ochenta y dos, ochenta y cuatro. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Me había vuelto loco?

Ochenta y seis, ochenta y ocho. ¿Qué hacía yo allí? ¿Qué demonios me estaba pasando?

Subí un poco el cuello de mi chaqueta y me puse unas gafas de sol, no quería que nadie me reconociera.

Noventa. Decididamente había perdido el juicio, no tenía explicación ni disculpa posible para hacer lo que estaba haciendo.

Noventa y dos. Todavía podía irme, darme la vuelta, alejarme de allí sin más. Nadie se enteraría jamás de lo ocurrido, porque en realidad no había ocurrido nada, aquel conato de acercamiento inexplicable quedaría entre yo y yo mismo, estaba a tiempo.

Escalera B. Piso décimo.

¿Qué iba a decirle? ¿Cómo iba a justificar mi presencia allí?

Puerta D. Un timbrazo.

Silencio total. Hacía mucho calor, o lo tenía yo, no sé.

Dos timbrazos.

Nada.

Y mi corazón a doscientos por hora. Estaba seguro de que sus latidos se podían percibir hasta por fuera de la chaqueta.

Tres timbrazos.

Sin respuesta.

—¿Va usted a subir?

—Sí, sí, muchas gracias.

El hombre debía de ser un vecino del edificio porque abrió la puerta del portal con su llave y entré detrás de él. Me dirigí a los ascensores siguiendo sus pasos.

—¿A qué piso va?

—Al décimo.

—Entonces, yo me bajo antes, voy al sexto.

En la botonadura del ascensor, se iluminaban los pisos por los que íbamos pasando, en un recorrido que a mí se me hacía interminable.

—Vaya temperatura que hemos tenido hoy... —dijo mi compañero de viaje en aquel larguísimo

túnel por el que ascendíamos.

—Sí —le contesté en el colmo de la locuacidad.

—Pero han dicho que va a cambiar, para el fin de semana han dado agua. Ya dice mi hija que los fines de semana siempre se tienen que estropear.

—Sí —volví a añadir.

—Bueno, este es el mío, hasta luego.

Y sin contestar, volví a pulsar el décimo varias veces por si acaso la memoria de aquel aparato se había olvidado de mi insistente petición para llegar a mi destino.

Piso décimo. Y ante mí, un largo pasillo en el que escuché resonar mis propios pasos buscando la puerta D.

Llamé una vez y mientras esperaba la respuesta me coloqué la chaqueta e intenté alisarme un poco el pelo. Estaba sudando.

Llamé de nuevo, tal vez no había escuchado el timbre, cantidad de veces uno está en casa y no oye que llaman. La televisión, seguro que estaba viendo la televisión y no se enteraba de que yo estaba llamando a la puerta.

Un nuevo intento, una nueva disculpa. Podía estar en la ducha, con frecuencia había pensado que meterme en la ducha era un aliciente para que de inmediato llegase alguien a casa o sonase el teléfono, eso le podía estar pasando a él, tal vez estaba bajo el agua, y no me oía.

Claro, bajo el agua no se podía escuchar apenas el ruido exterior.

Golpeé la puerta con mis puños, y desesperado al ver el triste espectáculo que estaba dándome a mí mismo, me derrumbé.

Apoyando la cabeza contra el marco de la puerta lloré asustado.

¿Por qué? ¿Por qué me estaba ocurriendo aquello? ¿Por qué me había excitado al pensar en él? ¿Por qué me sentía tan vacío al no haberlo encontrado en casa?

El ruido que los ascensores hacían al subir y bajar, me devolvió a la realidad y tratando de recuperar el ritmo normal de la respiración, me incorporé, me coloqué de nuevo las gafas oscuras y me dispuse a bajar a la calle. Afortunadamente esta vez pude hacer el descenso yo solo, y según vi la puerta del portal abierta, me lancé a través de ella, tratando de escapar de mis demonios, como si saliendo del edificio pudiera cambiar algo de lo que había vivido en los momentos anteriores.

Caminé hasta casa a un paso tan acelerado que llegué verdaderamente cansado. No había nadie. Mejor, menos explicaciones que dar, menos disculpas que inventar. Me fui directamente a la ducha.

Abrí el grifo al máximo y dejé que el agua me cayese de la cabeza a los pies tratando de enfriar no solo mi mente, sino también mi cuerpo que se obstinaba en el continuo recuerdo de Román Salgado.

Aquella noche intenté hacer el amor con Paloma.

A pesar de que ella puso todo su empeño, no lo conseguí.

10

—Buenos días a todos. Lo primero que me gustaría hacer es felicitarles por el trabajo que vienen haciendo. Está claro que el reciente director se ha acoplado fácilmente al magnífico equipo que ya formaban antes, y el resultado está siendo muy positivo. Y ahora quisiera pasar sin más preámbulos a tratar el tema que nos ocupa en esta junta extraordinaria y que, como saben, es la OPA que se va a hacer sobre el Banco Industrial, en la que se requiere puntualizar una serie de matices importantes que me gustaría comentar con ustedes, recordándoles, por supuesto, la estricta confidencialidad de cuanto aquí se trate.

El presidente no solía visitar nuestro edificio con asiduidad, pero aquella mañana nos había citado en la sala de reuniones de mayores dimensiones que las que utilizábamos habitualmente para las juntas ordinarias. Es una sala muy amplia, con grandes ventanales que se ocultan detrás de unas cortinas de tono claro, las cuales dejan pasar la luz lo suficiente para que haya claridad sin que moleste, y que, en caso de necesitarse, pueden cubrirse por otras cortinas oscuras que nos permiten ver alguna proyección en la pantalla que existe a tales efectos.

El centro de la sala está ocupado por una mesa sobre la cual, perfectamente alineados, están tantos portafolios como sillas la rodean, y frente a cada una, una botella de agua, una copa y unos cuantos bolígrafos. En dos de las paredes cuelgan sendos cuadros con el sello del Banco Pelayo, formas abstractas que pueden representar cualquier cosa sin ser nada concreto, figuras confusas en tonos pastel, casi integradas con el tono beige de las propias paredes en las que están condenados a pasar desapercibidos. En la pared que queda de frente está la pantalla, sobre la cual se perfilaba en aquellos momentos la figura del presidente que preparaba con alguno de sus ayudantes el vídeo que nos iban a proyectar minutos después.

La decoración de la sala es sobria, un tanto fría, como si se hubiesen querido evitar elementos que pudieran distraer la atención de los ocupantes, tal vez para recordarnos que cuando somos convocados allí, no es para que perdamos el tiempo con detalles superfluos sino para tratar temas decisivos en los que sobran el resto de los complementos.

Entré junto a otros cuantos compañeros, habían venido varios subdirectores de las principales sucursales a los que hacía tiempo que no veía y eran inevitables los saludos. Tomé asiento en una silla cualquiera, de las primeras que estaban, me era totalmente indiferente sentarme en un sitio o en otro. A mi izquierda se sentó el director de la sucursal de Magallanes, no tenía mucho trato con él, pero parecía un tipo agradable, además, no estábamos allí para charlar entre nosotros, sino para escuchar la presentación que se nos iba a hacer y luego exponer opiniones y sugerencias.

A mi derecha, se sentó Román Salgado, y según le vi fue como si los momentos de angustia vividos el día anterior a la puerta de su casa, cobrasen vida de nuevo.

Vestía un impecable traje de color gris claro, combinado con una camisa blanca y finísimas rayas grises, la corbata de un discreto verde completaba su atuendo.

Supongo que notó la contracción de mi mandíbula cuando lo vi sentado a mi lado.

—Si lo prefieres me cambio de sitio...

Negué con la cabeza, porque me sentía incapaz de articular palabra. Las sensaciones que había tenido horas antes, cuando me desmoroné al no encontrarlo en su casa, se agolparon en mi mente produciéndome un efecto de embotamiento que me impedía reaccionar con normalidad. ¿Cómo era

posible que yo me hubiera permitido acudir a su casa? ¿Qué había pasado para que me hubiese asaltado semejante sensación de abandono al no encontrarlo allí? Decididamente había sido una gran suerte que hubiera estado ausente, a saber cuántas incongruencias más podría haber cometido. Al menos no había perdido mi dignidad nada más que ante mi ego, y bastante maltrecho había salido de aquel episodio que no merecía sino ser olvidado cuanto antes.

Cuando el presidente hizo mención a Román Salgado, este hizo una breve inclinación de cabeza dándose por aludido y tal vez agradeciendo el detalle de alabar su rápida integración en su nuevo cargo.

Un sudor frío empezó a recorrer mi cuerpo tal vez para hacerme tomar conciencia de cada una de las partes que lo componían. Me sentí incómodo ante aquella mezcla de ahogo y de calor que comenzaba en la cabeza, para bajarme por la espalda y por el pecho hasta empapararme las axilas.

Temí que si seguía así mucho tiempo, pudiese deshidratarme allí mismo, no quería pensar el número que podía organizar si me daba una lipotimia o un leve mareo que los demás pudiesen percibir.

Bebí agua, sin duda era una bajada de tensión o tal vez un descenso de glucosa, casi no había podido desayunar, y seguramente mi organismo lo estaba acusando, se me iba a pasar todo enseguida, sería cuestión de unos momentos y me sentiría mucho mejor. No me estaba pasando nada, es más, ni siquiera me había pasado lo del día anterior, tenía que olvidarlo todo cuanto antes y dejar de hacerme absurdas conjeturas de continuo, porque de seguir así no tardaría en volverme completamente loco.

La presencia de Román a mi lado me hacía sentir nervioso, y a pesar de que me negaba a admitir que fuera esa la causa de toda mi alteración, me daba cuenta de que no podía dejar de mirarlo de soslayo de vez en cuando, y en varias ocasiones nuestras miradas se encontraron.

Ignoro lo que el presidente estaba diciendo, sé que en determinado momento el resto de los asistentes comenzaron a aplaudir sonriendo ante alguna afirmación que había hecho, y sin dudarlo, me dispuse a imitarlos aunque desconociese a qué se debía la euforia desatada. Sonreí igual que los demás, porque todos sonreían, y me pregunté si alguno sabríamos lo que había dicho o simplemente nos limitábamos a continuar la conducta de los demás como esas fichas de dominó que puestas a la distancia adecuada van cayendo una detrás de otra.

Cuando el presidente terminó su exposición, de la que apenas escuché unas palabras, nos explicó que íbamos a ver un vídeo donde podríamos encontrar reflejadas las nociones que él nos había estado perfilando, para lo cual, la persona que le ayudaba en todo momento, se dispuso accionar los mandos a distancia que corrían las cortinas opacas y nos iban dejando en una agradable penumbra que pareció traerme la calma que necesitaba, tal vez porque sumido en aquella tenue oscuridad, no tenía que estar pendiente de que se me notase demasiado mi desasosiego; la semioscuridad me permitía olvidarme de poner continuamente el gesto que se esperaba de mí o tener que simular una atención que no prestaba a ninguno de los temas que se habían mencionado y que, a pesar de ser de gran relevancia, habían resbalado por mí sin calar en mi interés lo más mínimo.

La penumbra me permitió relajarme un poco en la silla, y aunque fingía mirar atentamente a la pantalla, las imágenes pasaban ante mis ojos sin verlas, las cifras bailaban ante mí mientras provocaban comentarios en los demás que ni me esforzaba en apoyar, y en el colmo de la descortesía, recliné mi espalda tanto como me permitía el respaldo flexible de la silla y dejé caer

mis brazos tratando de liberar toda la tensión que, sin saber por qué, se había acumulado en mis hombros como si cargase un peso enorme que fuese incapaz de soltar.

Apenas llevaba unos segundos en aquella postura cuando sentí el roce de una mano que, a tientas, buscaba la mía bajo la mesa, y sin dudarle un momento, me así a ella entrelazando sus dedos con los míos y aferrándome a ella como si fuese la única tabla de salvación en mi ya naufragada personalidad.

No fui capaz de volver la cabeza para mirarlo, simplemente quería permanecer allí sin hacer nada más que sentir su mano en la mía, tan unidas que no era capaz de distinguir a quién pertenecían los latidos que notaba en ella, si a él o a mí.

Ni siquiera me moví en la silla, temía que si realizaba el menor cambio de postura me encontraría de repente en mi cama, despertando en medio de una pesadilla, porque era imposible que aquello que me estaba sucediendo fuese realidad, no podía ser cierto que yo estuviese apretando aquella mano como si fuese una prolongación de mi propio brazo, con la certeza de que si por un momento aflojaba la presión, me caería al vacío para siempre. Tenía que ser un mal sueño que yo estuviese sintiendo de repente aquella calma que tanta falta me estaba haciendo, que se estuviese borrando de mí toda la confusión que había sentido hasta entonces, no podía creerme que por primera vez en mi vida estuviese agarrando con aquella pasión una mano... la mano de un hombre.

Cuando el vídeo terminó, antes de que se abriesen las cortinas, y tan discretamente como nos habíamos encontrado bajo la mesa, nos soltamos y al igual que los demás, nos dispusimos a tomar notas en un folio, aunque, francamente, yo no pude poner ni una sola palabra.

Ignoro si alguien se dio cuenta de la mirada que nos dirigimos Román y yo, pues aunque breve, fue tan intensa que por unos segundos temí que toda la sala ardiese a nuestro alrededor.

—Entonces, —dijo el presidente— ¿Estamos de acuerdo con lo expuesto hasta el momento? ¿Alguien quiere añadir alguna matización más? ¿Alguna nueva sugerencia?

Como el silencio reflejaba un aparente acuerdo, él quiso asegurarse más aún y nos fue preguntando casi uno por uno si nos había quedado clara la exposición, e insistiendo en que no tenía ninguna prisa y estaba dispuesto a aclarar cualquier duda y abierto a todo tipo de aportaciones.

Pero yo sí tenía prisa por salir de allí. Totalmente desconectado de una situación que en otra circunstancia me hubiera provocado enormes problemas de responsabilidad por no haber prestado la mínima atención a lo que había ocurrido en la junta, y por muy extraordinaria que hubiera sido, solo quería abandonar aquella sala, sabiendo que por importante que fuese lo que entonces se estaba fraguando en su interior, para mí era mucho más trascendental lo que sin poder evitar, estaba surgiendo dentro de mí.

Tan pronto como se dio por concluida la sesión, abandoné la sala para ir directamente a mi despacho, donde me quité la corbata y reposé la cabeza en el respaldo acolchado del sillón.

Intuí su llegada antes de que tocase dos veces en la puerta que cerró tras de sí. Se acercó a la mesa y tomando de nuevo mi mano, me preguntó:

—Ignacio... yo... por más que lo intento... no puedo... Lo siento, lo siento muchísimo.

Era la primera vez que me parecía nervioso, que había perdido un poco aquella eterna compostura con la que parecía haber nacido.

Se mordió el labio inferior como si tratase de contener lo que sentía y me dijo:

—¿Irás a casa esta tarde?

—Iré —le dije sin dudarlo ni un momento, sin pensarlo siquiera, sin dar tiempo a que mi mente y mi conciencia llegasen a un acuerdo que seguramente nunca encontrarían.

Abandonó el despacho, y las mismas paredes que tantas veces me habían cobijado parecieron derrumbarse sobre mí; el mismo silencio en el que me refugiaba con frecuencia se volvió una losa que me aplastaba apenas Román me dejó solo, era la primera vez que sentía algo así.

Me hubiera conformado con que hubiese sido la última.

11

—¿Vas a salir esta tarde?

—Sí, tengo una reunión.

—Había pensado que podíamos ir a mirar lo de los sofás, porque lo vamos dejando y no sé cuándo vamos a ir.

Paloma llevaba un rato tratando de convencerme de que, como pasaba tan poco tiempo en casa, me había olvidado de todo lo que teníamos pendiente, asuntos tan trascendentales como la compra de unos sofás nuevos para el salón.

—¿Y de qué es la reunión? Como nunca cuentas nada...

—De trabajo, mujer, de trabajo, ya sabes que no me gusta comentar ciertas cosas, son confidenciales y además, te aburrirían.

—¿Y qué tal con Salgado? No le has vuelto a invitar, ya te he dicho que tú no sabes hacer amistades, Nacho, deberías de dejarme a mí esos temas...

No pude soportar más la conversación y aunque estaba tratando de ser paciente para luego no sentirme culpable, me di cuenta de que hablase de lo que hablase mi mujer, me irritaba todo lo que viniera de ella, me molestaba cualquier cosa que dijese y cualquier tema que tratase, por lo que consideré que era mejor marcharme antes de darle una contestación que era consciente de que no se merecía.

—Me voy, porque si no, al final llego tarde —le dije saliendo del salón.

—¿Pero vas al banco o es en otro sitio?

—Al banco, Paloma, al banco. ¿Dónde te parece que va a ser una reunión de trabajo?

—¿Y quiénes vais? ¿Vas a volver muy tarde?

—¡Ya está bien! ¿Quiénes vamos a ir? Pues unos cuantos. ¿Yo qué sé? López, Luis Llamas, Salgado... y otros que no conoces. ¿Qué? ¿Contenta?

No le di tiempo a responderme, me puse una chaqueta y salí a la calle porque me sentía asfixiar con su interrogatorio compulsivo e insistente. No soportaba aquel marcaje tan cercano que se proponía hacerme, yo necesitaba tener la sensación de sentirme libre aunque en realidad no lo fuese, no pedía mucho, simplemente contar con algún momento en el que pudiera creerme que no tenía ningún tipo de atadura, que podía hacer lo que me viniese en gana. Necesitaba un pedazo de vida para vivirla a mi aire, sin que nadie me cortase las alas de aquella manera que empezaba a parecerme una tortura.

Me detuve un momento, justo a la puerta de casa para encender un cigarro con el que pudiera quemar la ansiedad que estaba notando, y me di cuenta de que las manos me temblaban al acercar el encendedor al pitillo.

—Hola, papá. ¿Vas o vienes? —me preguntó mi hijo al que últimamente solo veía entrando o saliendo de casa.

—Yo voy —le dije—. ¿Y tú de dónde vienes a estas horas? Son casi las siete...

—Es martes, y los martes tengo inglés.

Y sin despedirse siquiera, pasó por delante de mí y entró en el ascensor.

Pensé que sin duda, era la edad lo que me estaba haciendo volverme tan susceptible, porque nunca antes me había preocupado si mis hijos me mostraban sus sentimientos o no, de cualquier

manera, mal lo iban a aprender cuando yo tampoco había sido muy profuso en mostrarles los míos.

El aire de la calle en la cara me hizo sobrecogerme un poco, tal vez debería haberme puesto una prenda de más abrigo, pero prefería pasar algo de frío que subir a casa para cambiarme y tener que darle de nuevo mil explicaciones a Paloma que, encima, ya estaría enfadada para siete años.

Fumé cuatro cigarros seguidos hasta que conseguí calmarme un poco, el acto de aspirar el humo me daba la sensación de que me permitía expandir mis pulmones, como si hasta ese momento los hubiera tenido encogidos.

Caminé por la avenida hasta que mi paso se hizo más uniforme, menos apresurado.

Necesitaba aclarar mis ideas, estaba tan confundido que lo único que se me ocurrió pensar fue que toda la culpa de mi desorientación mental la tenía Salgado, que me había atolondrado con su charla amable y sus consejos acerca de los hijos, eso había sido, me había sentido tan desmoralizado con la marcha de Marta y tan necesitado de ayuda que me había hecho un lío en la cabeza. Mi familia, mi núcleo familiar, se estaba desmoronando, no solo con la marcha de mi hija, sino con el crecimiento de Chimo y el evidente alejamiento de Paloma, con la cual, cada vez sentía que tenía menos en común, como si un mar infinito se estuviese abriendo entre los dos, un mar que nos alejaba y destruía con sus aguas saladas todo lo que antes había existido entre los dos.

Había necesitado alguien que me escuchase, y ese alguien había sido Salgado como podía haber sido un amigo, un familiar o un psicólogo, nada más, podía estar tranquilo, no pasaba nada más.

¿Cómo había podido coger su mano en la reunión? Un error, una necesidad de pensar que alguien me prestaba su ayuda, yo qué sé, equivocaciones que ocurren a veces, nada más.

Ni siquiera quería pensar en lo ocurrido cuando días atrás había ido a su casa y no lo había encontrado allí, la sola imagen de recordarme llorando como un chiquillo en el umbral de su puerta, me hería de tal manera que la aparté instintivamente al rincón del alma donde se guardan los recuerdos que no se deben volver a recordar.

Entré en una cafetería a tomar una tónica y estuve hojeando el periódico, me sentía tan tranquilo como hacía días que no lo estaba, respiraba con satisfacción, con la tranquilidad que da saber que se están haciendo las cosas bien, que todo está en su sitio.

Por un momento, pensé que no vestía adecuadamente, salí de casa de forma tan precipitada que no me percaté de que iba con la misma ropa que había llevado toda la mañana. Debería de haberme puesto un traje de sport, arreglado pero informal, como se suele decir, y una camisa de seda que me gustaba, incluso los zapatos granates... Pero bueno, tampoco importaba demasiado, si al fin y al cabo, aunque le hubiese dicho que sí, no iba a ir a casa de Salgado, qué más daba lo que llevase puesto.

Claro que tenía que haberme afeitado, él iba siempre impecablemente vestido y con la barba rasurada cada día, me iba a sentir como un mendigo a su lado...

¿Pero qué estaba diciendo?

No iba a pasar nada de eso porque desde la misma cafetería me iba a ir para casa, tal vez Chimo quisiera que le ayudase a hacer los deberes o pudiésemos ver juntos un rato algún “Youtuber” de esos que a él le gustaban tanto.

Pagué la consumición, dejé el periódico doblado encima del mostrador y me subí un poco el

cuello de la americana porque había refrescado bastante.

Bueno, antes de ir directamente a casa podría darme otro paseo más. Lo más probable era que mi hijo no me necesitase ya para hacer deberes e incluso que “pasase” de ver vídeos al lado de su anticuado padre, así que lo mejor sería dejarlo a su aire y aprovechar el tiempo para caminar otro poco más, desde que había dejado el gimnasio no hacía nada de deporte y no quería convertirme en un cuarentón anquilosado. Por ese único motivo y solo por ese, comencé a caminar a buen paso. Sin rumbo, sin dirección premeditada, solo por pasear, por conocer un poco mejor la zona, nada más que por eso.

Seguro que fue una casualidad que caminando sin fijarme llegase a la calle en la que vivía Salgado.

Yo no quería ir allí, pero... allí estaba.

Y de nuevo me encontré contando los números de los portales o contando las pulsaciones que tenía por minuto, no lo sé: setenta y ocho, ochenta, ochenta y seis, noventa y dos. Noventa y dos, allí estaba el noventa y dos, su noventa y dos. Y en uno de los laterales estaba la placa donde su timbre esperaba que mi dedo lo pulsase.

Unos segundos, o unas horas, o unos siglos, no sé lo que tardé en escuchar su voz al otro lado del micrófono.

—¿Sí?

—Soy yo.

—Sube.

Y subí. Subí asustado de mí mismo, aterrado de ver cómo notaba mis nervios a flor de piel, subí encerrado en aquel ascensor en el que me sentía tan atrapado como lo estaban las sensaciones que Román Salgado despertaba y que se habían rebelado contra mí mismo para hacerse con todo el poder, para desbancar mi control, para negarse a vivir más tiempo bajo el peso de mi ceguera, de aquella ceguera que de pronto se esfumaba para poner ante mí, de forma despiadada, un torrente de sentimientos, un aluvión de deseo que no pude contener por más tiempo.

Me esperaba con la puerta entreabierta, por lo que no me detuve ni un segundo y entré directamente a su casa.

Él estaba más sereno que yo, pero me miró y me pareció ver en sus ojos un espejo en el que se reflejaba mi propia ansiedad, sin más gestos, sin una palabra, solo la mirada que ya estaba cansado de evitar.

No sé quién se echó antes a los brazos del otro, no sé quién besó primero la boca del otro, ni sé quién acarició la cara del otro para cerciorarnos de que aquello estaba ocurriendo, que no era un sueño, que era real.

Mis manos recorrieron su cabeza, palpando cada hueso de su cráneo, como intentando sellar el menor resquicio que entre ellos pudiera haber para asegurarme de que yo estaría tan dentro de su pensamiento como él lo estaba del mío.

Palpé sus cejas, sus ojos que se cerraban bajo mis manos. Pasé mi dedo alrededor de sus labios mientras él acariciaba mi pelo y bajaba por mi cuello haciendo que todo mi vello se erizase, deseando que sus manos no se detuvieran jamás, que continuasen aquel viaje que yo imitaba en su cuerpo.

Lo besé. O me besó, qué sé yo. Todo me daba igual, todo menos separarme un solo milímetro de él, de aquella piel que ya era mía, de aquellas manos que, mientras yo recorría su boca,

bajaban por mi espalda estrechándome muy fuerte contra su pecho.

Notaba latir su corazón en el mío, respiraba por su boca y lo tocaba con sus manos, que al mismo tiempo que las mías me buscaban en el silencio que nos envolvía y que solo él se atrevió a romper.

—Te juro que he intentado con todas mis fuerzas apartarte de mi mente, lo he intentado, de verdad...

Interrumpí sus palabras con mis besos, no quería escucharlo, ya no.

No habíamos pasado del recibidor de su casa, y allí, en una penumbra que invitaba a relajarse, pasamos a recorrerlos en ese viaje por carreteras infinitas que suponía para ambos descubrir lo que ya era imposible detener.

Sobre la alfombra quedaron nuestras ropas como retazos de la máscara que nos estábamos quitando para mostrarnos tal y como éramos, sin prejuicios ni pesos atados a nuestra conciencia, especialmente, a la mía.

El miedo se volvió calma a su lado, los fantasmas de la duda se ahuyentaron ellos solos, arrastrando las cadenas de su fracaso entre los sentimientos que no pudieron hundir.

No hubo más dudas ni más temores gritando desde el fondo. Desnudo, igual que nací, dejé de pensar en lo que era o dejaba de ser y pasé a pensar solo en lo que sentía.

Y sentí. Sentí tanto que no hubo lugar a nada más.

Estuve tranquilo porque mi otro yo se había ido, porque el otro Nacho, el seguro, el firme, el que negaba la realidad, se había disipado como una voluta de humo en la niebla que hasta entonces se había empeñado en envolverme.

—¿Estás bien? —murmuró cuando la calma se instaló de nuevo entre nosotros.

—Nunca he estado mejor —le dije.

Y no mentí, juro por mi vida que no le mentí.

12

—¿Qué tal en la reunión? —me preguntó Paloma nada más entrar en casa.

—Bueno... bien... ya sabes, como todas, aburridas.

Se quedó plantada delante de mí, mirándome fijamente con los brazos cruzados y el gesto serio.

—Estuve con Ana, la mujer de Luis Llamas.

—Muy bien, ¿y?

Mantenia su postura firme, como si decirme que había estado con la mujer de uno de mis compañeros fuese algo desafiante, un reto al que yo tuviera que responder, y como no me encontraba para adivinanzas, traté de ignorarla y dirigirme al dormitorio.

—Que no tuvisteis reunión —dijo interrumpiéndome el paso.

¡Llamas! Maldito Llamas, no sé por qué tuve que nombrárselo cuando le dije que teníamos aquella supuesta reunión, no era capaz de recordar ni siquiera a quiénes más habría mencionado.

—¿Qué pasa, Paloma? ¿Que ahora tienes que controlar todos mis movimientos? ¿A qué viene esto? Si Llamas no estaba convocado a la reunión, pues no lo estaría, pensaba que sí. ¿Yo qué sé? ¿O crees que me tengo que saber de memoria los pasos que da cada persona que trabaja en el banco? ¡Deja ese papel de policía porque te valdrá con los chicos, pero conmigo no te vale!

Emprendí el camino al dormitorio deseando quedarme solo, pero ella vino detrás, increpándome a mi espalda, como una escopeta de repetición que disparaba sobre mí todo lo que, según parecía, llevaba guardando desde hacía tiempo.

—¿Yo policía? Tú no te has visto. Tú sí que estás raro, no paras en casa, no vienes conmigo a ningún sitio, haces cosas que no cuadran, y yo tengo que tragar con todo sin decir ni una palabra.

Entró conmigo a la habitación, y mientras me iba quitando la ropa, ella seguía su lista de acusaciones, subiendo cada vez más el tono de voz, hasta acercarse peligrosamente al nivel del llanto desesperado.

—¿Pero es que no te das cuenta? Me tienes absolutamente abandonada, no me haces ni caso. Ya no sales conmigo ni a tomar un café, hacemos vidas completamente diferentes. ¿Qué es lo que está pasando en esta familia?

La pregunta quedó en el aire, pues me sentí incapaz de responder lo que yo mismo me había preguntado tantas veces. Me senté en la cama y sujeté la cabeza con mis manos pues tenía la sensación de que no iba a poder con todo el peso que la llenaba.

—¿No estarás enfermo? —me dijo dejando por un momento sus sollozos.

—Que no mujer, que no, que estoy bien.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No me pasa nada, de verdad, es el trabajo, hay mucha presión por todas partes...

—¡Dichoso trabajo! —dijo saliendo de la habitación—. Si en vez de preocuparte tanto de eso te hubieses preocupado de ser el director...

Paloma hubiera sido una experta lanzadora de cuchillos, o lo era ya, no lo sé, lo cierto es que siempre dejaba alguno flotando en el aire, en busca de la diana en la que acertar, una diana que, invariablemente, siempre era yo y mi eterna incapacidad para alcanzar el cargo tan ansiado... por ella.

A la mañana siguiente, nada más llegar a mi despacho, la auxiliar me hizo saber que en media hora tenía reunión con el presidente y con el director, reunión de alta confidencialidad y de máxima urgencia, según parecía.

Me sentía incapaz de sentarme en torno a una mesa con Román sin haberlo visto desde el día anterior, no podía continuar mi vida normal como si no hubiese pasado nada, como si lo sucedido formase parte habitual de mi existencia. Había sido el hecho más desconcertante que me había sucedido jamás, y a la vez, el más apasionado, y no podía incorporarme a la vida diaria como si nada hubiera pasado.

El sonido del interfono me hizo aterrizar de nuevo en la soledad de mi despacho:

—¿Don Ignacio? El señor Salgado dice que si no tiene inconveniente le gustaría preparar la reunión antes de la llegada del presidente. ¿Qué le digo?

No hizo falta que le dijera nada, me presenté en su despacho como si fuese lo único que tuviera que hacer en la vida, y cuando me vio entrar, lo primero que hizo fue levantarse y cerrar la puerta con llave. Las persianas de los grandes ventanales que ocupaban dos de las paredes del lujoso despacho, tamizaban la luz para que el brillo de aquella mañana especialmente luminosa no nos deslumbrase, y cuando Román cerró con sumo cuidado la puerta, nos echamos uno en los brazos del otro sin decir ni una palabra durante varios segundos.

Después, separó mi cara para mirarme bien a los ojos.

—No sabes las ganas que tenía de verte, de saber cómo estabas...

—Bien —le dije—, estoy bien.

Ignoro por qué le dije simplemente eso, porque podría haber añadido que estaba bien a su lado, que lejos de él me parecía que nada tenía sentido, que me parecía que los cuarenta y cinco años que iba a cumplir habían sido solo un camino para llegar hasta él, pero simplemente me quedé mirándole y dejé que me besara muy despacio, para después responder a su beso.

—Tenemos que hablar, Nacho, tenemos mucho que hablar, pero este no es el sitio ni el momento.

—No te preocupes, hablaremos, yo también lo necesito, creo que me va a estallar la cabeza...

—No me extraña, imagino la lucha que se tiene que estar librando dentro de ti y me siento culpable por ello.

—Tengo que reorganizar mi mente, es solo eso —traté de simplificar, como si toda una vida se pudiera cambiar en cinco minutos.

—Voy a abrir la puerta —me dijo—, no quiero que esto te cause ningún problema, saben que estamos preparando la reunión, pero tal vez si Raúl se da cuenta de que está cerrada con llave, empiecen los comentarios.

Raúl era uno de los administrativos que junto con Inés trabajaban con Román. Él tenía razón, todas las precauciones eran pocas, pero la puerta sin llave era un límite a nuestra libertad de movimientos, y desde aquel momento, Román y yo nos sentamos junto a la mesa, relativamente separados, con un montón de papeles delante, de modo que cualquiera que entrase tuviese la impresión de que estábamos trabajando.

—Nacho —empezó a decir en un tono muy bajo de voz— quiero que sepas que lo de ayer no fue para mí, fruto de un acaloramiento. Yo... bueno, te habrás dado cuenta de que desde el principio he sentido algo por ti, la verdad es que he intentado frenar mis sentimientos todo lo que

he podido porque estaba convencido de que era imposible esperar nada de ti.

Me hubiese gustado acercarme a él y haberlo abrazado tan fuerte que le impidiese seguir diciendo lo que no hacía ninguna falta, porque yo ya lo sabía, pero me quedé quieto en mi sitio, a solo un metro de él, a miles de kilómetros de él.

—Yo también quiero decirte algo...

—Déjame acabar —me interrumpió—, van a venir a llamarnos en un momento y no quiero que lo más importante me quede sin decir. Nacho, lo último que quiero es hacerte daño, imagino lo que esto puede haber supuesto para ti, es un choque, es romper los esquemas, y quiero que sepas que soy consciente del daño que esto te puede hacer, daño personal, profesional, y el más importante, daño familiar. En fin... que no soy, digamos... una persona recomendable.

No pude decirle lo que me hubiera gustado, haberle hecho saber que efectivamente, las bases de mi vida se habían resquebrajado, que mi ego masculino estaba sufriendo ante el desconcierto que vivía desde que él había aparecido en mi vida, que para mí, tampoco había sido un simple desahogo... pero no pude, apenas él terminó su frase, Raúl llamó un par de veces en la puerta, para acto seguido entrar en el despacho y avisarnos de que el presidente nos estaba esperando en la sala de juntas que se utilizaba únicamente cuando había reuniones en *petit comité*.

—¿Solo estamos convocados tú y yo? —le pregunté a Román.

—No, creo que va también Pastrana, ya sabes que nuestro excelso superior no sabe dar un paso sin él.

Abandonamos su despacho para dirigirnos dos pisos más arriba, donde Uría, el presidente, nos esperaba para iniciar una de aquellas reuniones desconcertantes que le gustaban tanto hacer, porque las dotaba de un cierto aire de solemnidad que con frecuencia no tenían, pero que tal vez en esta ocasión, con la posible compra del Banco Industrial fuese verdaderamente importante lo que tenía que decirnos.

Uría estaba a punto de dejar su cargo. Por todos era sabido que recibía presiones para que dejase el sillón libre, pero se había resistido a abandonar su estatus profesional y personal todo lo que había podido. Sabía muy bien que no era lo mismo ser el presidente del Banco Pelayo que el expresidente, que socialmente no iba a ser considerado igual, y para él, la categoría social era la base de su altanería, de su prepotencia, de aquella manera de mirar a todos por encima del hombro que siempre había tenido y que no se resignaba a perder. Su único as en la manga era Pastrana, vicepresidente y hombre de su entera confianza, que llevaba años viviendo a la sombra de Uría, pero que contaba las horas para que por fin, pudiera abandonar las tinieblas y salir a la luz. Había aguantado el despotismo del presidente, sus desplantes y a veces, sus absurdas decisiones, había esperado que a la vista de las numerosas pruebas que Uría estaba recibiendo de que todo el mundo estaba deseando su marcha, este se decidiera a abandonar dignamente el puesto a sus ya casi setenta años, había demostrado una paciencia infinita aunque un tanto interesada sabiendo como sabía que el más firme candidato a ocupar la presidencia cuando Uría se fuese, era él, pero todos sospechábamos que aquella paciencia estaba tocando a su fin, pues se le notaba cada vez más intransigente con su jefe, menos tolerante, y significativamente en contra de la nueva obsesión del presidente: la compra del Banco Industrial.

—Señores —dijo Uría cuando los cuatro tomamos asiento en torno a la pequeña mesa de la sala—, ha llegado el momento de cerrar los términos de esta oferta de compra que estoy seguro de que va a ser un importante impulso para el afianzamiento comercial de nuestro banco, pero antes

quiero reiterarles la imprescindible confidencialidad de todo cuanto aquí se trate.

Uría era solemne en su forma de hablar aunque los oyentes fuésemos personas de sobra conocidas para él y con las que no necesitaba ningún circunloquio. Era evidente su impaciencia por presentarnos la oferta que se iba a hacer, aunque sabíamos que era un puro trámite, pues nuestra opinión poco o nada iba a poder modificar lo que ya estaba redactado, y seguramente, decidido.

—Sé que es innecesario que insista en ello, pero... —dijo por muy innecesario que fuera— ante el evidente conocimiento que todos tenemos de que nuestro principal rival, el Banco del Sur, daría lo que fuera por conocer estas condiciones y mejorarlas, me veo en la obligación de pedir de nuevo la máxima discreción, esta vez específicamente a usted, ya que por todos son conocidos los años que desempeñó sus funciones como director de recursos humanos del Banco del Sur y la cercanía que sigue manteniendo con algunos de sus altos cargos.

—Por mí no tiene que preocuparse —respondió Román, a quien habían ido dirigidas sus palabras—, mi actual trato con personal del Banco del Sur es inexistente, las amistades hay que cultivarlas y yo he estado demasiado tiempo fuera. De cualquier manera, si mis antecedentes laborales le hacen dudar de mi confidencialidad, puedo ausentarme de esta reunión y que ocupe mi lugar alguien que le inspire mayor confianza.

—No es necesario —dijo Uría sin inmutarse— he convocado a quien creo que tengo que convocar.

Pero por mucho que después quisiera restarle importancia, su matización sobre los años que Román había trabajado para el banco que era nuestra competencia directa en la compra del Industrial, dejó flotando en el aire una sombra de desconfianza que personalmente, me incomodó bastante.

—Ni el menor detalle debe salir de estas cuatro paredes, señores —siguió Uría— esta oferta es trascendental. Por nuestra parte es imposible de mejorar, pero me consta que en el Banco del Sur serían capaces de arriesgar al máximo con tal de ser ellos los que se hiciesen con el control del capital del Industrial, y eso no voy a permitirlo, esta OPA es nuestra, aunque sea lo último que haga en el Banco Pelayo antes de irme.

Después de estas palabras en las que se pudo apreciar un cierto resentimiento ante la evidencia de que pronto tendería que dejar su puesto, Uría abrió una carpeta que tenía sobre la mesa y manteniendo durante unos segundos la vista fija en los papeles que tenía delante, como si no se atreviese a darles lectura, hizo que una ligera impaciencia se apoderase de los otros tres asistentes que esperábamos ansiosos aquellos misteriosos datos.

—Es evidente que ellos también han puesto sus condiciones —dijo por fin refiriéndose a la cúpula del Banco Industrial— alguna de las cuales prefiero reservarme hasta última hora, pero lo esencial, está aquí escrito.

Y nos pasó una hoja a cada uno de nosotros, donde figuraban los principales datos de la oferta de compra que se iba a presentar al día siguiente.

—Pero... finalmente hemos hecho algunas concesiones que no creo oportunas —dijo Pastrana a quien parecía que algunas cuestiones finales lo estaban sorprendiendo—. Opino que hay temas susceptibles de mejorar...

—No por nuestra parte, insisto —contestó el presidente visiblemente contrariado ante el atrevimiento de su segundo—. Ya lo discutimos en su momento, es lógico que ellos impongan

ciertas condiciones innegociables. La oferta está ajustada al máximo, y les aseguro que para nosotros es vital esta compra, señores, vital para garantizar la permanencia de nuestro banco en las cotas de mercado en las que se mueve. Contar con el capital del Banco Industrial nos aseguraría un futuro con unas perspectivas excelentes.

—¿Cuándo se les va a presentar esta oferta? —preguntó Pastrana.

—Mañana —contestó Uría—, ni un día más tarde, estoy deseando firmar de una vez y terminar con este secretismo que no me agrada lo más mínimo, pero que es esencial.

No sé si le desagradaba tanto como quería hacernos creer o en el fondo estaba disfrutando de la supremacía que le daba comunicarnos aquellos datos cuando ya estaba todo decidido y con el tiempo justo para que no tuviésemos opción de sugerir el mínimo cambio.

—Mañana será el gran día —dijo Uría— daría lo que fuese por ver la cara del presidente del Banco del Sur cuando sepa que el Industrial es nuestro.

No podíamos imaginar entonces que la cara que más asombro mostraría iba a ser la nuestra.

13

Cuando Román me abrió la puerta de su casa lo único que llevaba encima era una toalla anudada a la cintura, que tardó en caer al suelo tanto como tardaron mis manos en arrebatarla.

Me desvestió despacio, haciendo gala de un control del que yo carecía. Sentir sus manos quitándome la ropa con aquella calma me desesperaba, provocando en mí aún más ansiedad de la que ya sentía.

Mis prejuicios se habían quedado en el felpudo de la entrada a su casa. Allí donde decía “Bienvenido”, como si la mítica palabra estuviese escrita solo para mí, para acogerme en un lugar en el que ninguna de mis retrógradas ideas tenía cabida. “Bienvenido a la libertad de acción y pensamiento, bienvenido a la verdad, bienvenido a la realidad y sobre todo, bienvenido a Román”.

El agua caliente que llenaba la bañera empañó por completo el espejo en el que nuestros cuerpos se estaban reflejando, y ya no vi más, pero el vapor no logró nublar mis sentidos, más alertados que nunca.

Mientras él acariciaba mi pelo, yo buscaba su aliento en mi boca, y mis manos aprendían el mapa de sus hombros, su espalda o su cintura, mucho menos prisioneras que el día de nuestro primer encuentro.

Complicado describir lo que sentí, y lo que mi mente, emergiendo del fondo en el que pretendía ahogarla, me susurraba en el oído:

¿Qué es todo esto? ¿Dónde está el Nacho que siempre fuiste? ¿Por qué te pasa lo que te está pasando?

—¿Qué me está pasando? —pregunté como si pensase en voz alta mientras notaba su respiración entrecortada en mi otro oído, como una extraña lucha entre conciencia y realidad.

—Si te vale de algo, puedo decirte lo que me está pasando a mí.

—Inténtalo.

—Nacho... esto es serio, muy serio. Trato de apartarte de mi cabeza y no puedo, me pongo frente al espejo y me digo que voy a hacerte daño con esta relación, que no debería dar ni un paso más en ella, y mientras me lo digo, mi mente está a años luz pensándote sin que yo la pueda sujetar.

—No quiero que te apartes de mí —dije sin reconocer que fuese yo quien pronunciaba aquellas palabras—, lo único que quiero saber es por qué un hombre, al que toda la vida le han gustado las mujeres, ahora se ve envuelto en una vorágine como la que estoy viviendo a tu lado.

Estábamos ya en la bañera, durante unos momentos solo se escuchaba el suave murmullo de las burbujas en torno a nuestros cuerpos. Como si se hubiera pensado muy bien la respuesta, optó por contestarme con otra pregunta:

—¿Qué sientes por mí?

—Pues no lo sé, Román, no lo sé. Vengo a tu casa como si fuese el último lugar del mundo, apenas puedo sujetar lo que deseo estar contigo, y según abres la puerta me abalanzo sobre ti como si fuese un quinceañero en pleno descubrimiento sexual. A pesar de la confusión que todo esto me ha traído y de lo extraño que me siento cuando pienso lo que me está sucediendo, nada más separarme de ti, estoy deseando volver a tu lado, mientras me pregunto dónde se ha quedado

aquel Nacho que ahora tiene fantasías sexuales con el director del banco. ¡No me fastidies!

Se deslizó por delante de mí y me besó dulcemente, después, salió del agua, y mientras yo contemplaba aquel cuerpo que tanto había revolucionado mis esquemas, él se envolvía en un albornoz y se sentaba por fuera en el borde de la bañera, sin alejarse demasiado de mí.

—Nacho, esto le puede pasar a cualquiera.

—A cualquiera a lo mejor —le dije— a mí no, hombre, a mí no.

Su risa me hizo revolverme, y enfadado conmigo mismo, salí del agua dispuesto a restregar mi piel tan fuerte como pudiera para arrancar de mí la imagen de Román, que parecía haberse colado en cada poro de ella. Lejos de eso no pude resistirme, y dejé que fuese él quien me secase, mientras iba adentrándose cada vez más en mi pobre cabeza que, completamente perdida, se dejaba vencer por aquella nueva sensación que ocupaba irremediamente toda mi vida.

Cuando entré en casa estaba preparado para encontrarme a Paloma hecha una fiera, y mentalizado para escuchar su justificado sermón por lo abandonada que la tenía y lo poco que me ocupaba de la marcha de la casa. Tenía que reconocer que no le faltaba razón, porque aparte de firmar las notas de Chimo y hacerme cargo de las facturas habituales, no hacía mucho más por ellos. Ya hacía casi un mes desde la última vez que Marta había venido a casa, era como si se hubiese roto el cordón umbilical que la había mantenido unida a nosotros mientras había estado bajo nuestro techo, y mi único mecanismo de defensa para no sufrir ante sus continuas disculpas por no poder venir a vernos era no pensar en ello, cosa que por otro lado no me estaba costando demasiado esfuerzo dada la ocupación mental que el tema de Román estaba produciendo en todas las facetas de mi vida.

Incluso en el trabajo había relajado mi habitual celo profesional. Lo único que me estimulaba para ir al banco era saber que me encontraría con él, y ante mi propio asombro, temas como el que nos ocupaba entonces con la inminente compra del Banco Industrial, que en otro tiempo me hubiera mantenido en tensión, en aquellos momentos no despertaba en mí ni el más mínimo interés.

Si Paloma me esperaba con uno de sus ataques de responsabilidad, me mantendría en silencio hasta que se desahogase, aguantaría el chaparrón con dignidad y esperaría ansioso el momento de meterme en la cama y reposar mi cuerpo y mi mente de aquel ajetreado día.

Lejos de lo que yo había imaginado, cuando entré en casa todo estaba en silencio y a oscuras, por lo que mentalmente di gracias por haber llegado cuando Paloma ya estaba dormida.

Con el fin de hacer el menor ruido posible, me desvestí en el cuarto de baño del pasillo y me fui directo al dormitorio, donde me sorprendió ver que una pequeña línea de luz se filtraba por debajo de la puerta del aseo que estaba dentro de nuestra habitación. Paloma no estaba en la cama, y por unos momentos dudé si meterme en ella y hacerme el dormido cuando mi mujer saliese del baño o arriesgarme a que me lloviesen encima todos sus reproches si hacía notar mi regreso a casa.

—Paloma, ya he llegado —me decidí por fin a decir mientras daba unos suaves toques en la puerta del baño. Ante su falta de respuesta, insistí—: ¿Estás bien?

En la oscuridad del cuarto resaltó su figura rodeada de luz a su espalda, desnuda frente a mí, mirándome desafiante mientras yo me quedaba sin palabras.

—Dímelo tú —me dijo provocadora—. ¿Te parece que estoy bien?

Paloma conservaba una magnífica figura que en aquellos momentos se afanaba en pasear ante

mí, colocando mis manos en sus pechos que, firmes, turgentes y ansiosos, ardían bajo mis manos.

Se llevó uno de mis dedos a su boca y jugueteó con él entre su lengua, para después, humedecido, pasearlo sobre uno de sus pezones que se endurecía al contacto con mi mano.

—Escucha, Paloma... yo...

—¡No voy a escuchar nada! ¿Qué pasa Nacho? ¿No te gusta? —dijo sorprendida al ver que yo no reaccionaba como era de esperar.

—Mucho... claro que sí, muchísimo... —mentí.

—Pues no lo parece —dijo haciendo referencia a mi ausencia de excitación.

—Pues, no lo sé, es que estoy muy cansado, tiene que ser eso, pero no te preocupes... tal vez mañana, o dentro de un rato... no sé, tú tranquila...

Cuando la vi levantarse de la cama y dirigirse al cuarto de baño cerrando la puerta a su espalda, me dieron ganas de salir corriendo de casa, huir de mí mismo, de aquella guerra que se libraba en mi interior, de los espíritus que me envolvían ululando a mi alrededor como si de una película de terror se tratase.

Paloma lloraba al otro lado de la puerta, y yo no me moví, no supe qué hacer ni cómo reaccionar. Quería entrar a calmarla, a decirle que no era culpa de ella, que no me encontraba bien, que había tenido un día agotador... Pero no fui capaz de hacerlo, y mientras yo mismo me reprochaba mi actitud egoísta y catatónica, Román flotaba en el cuarto como una presencia inevitable.

Minutos después, Paloma salió del cuarto de baño y se metió a mi lado en la cama. El silencio era tan pesado que me sentía ahogar a su lado.

—Estoy muy desvelado, voy un rato al salón y luego vengo —le dije mientras me levantaba.

—Nacho... —me llamó justo antes de abandonar la habitación. No la veía, estaba toda la casa a oscuras.

—¿Sí?

—Hay otra mujer, ¿verdad? Es eso.

Pensé un momento mi respuesta.

—No, Paloma, no es eso, te juro por mis hijos que no hay otra mujer.

Y dirigiéndome al salón encendí el ordenador y me perdí en la red, sintiéndome un necio por no haber sido sincero al haberle dicho aquella falsa verdad.

Segundos después, cuando tenía ante mí las portadas digitales de los diarios que en pocas horas saldrían en papel, mis ojos se abrieron desorbitados ante la noticia que saltaba en grandes titulares y sin dejar lugar a dudas:

“El Banco del Sur anuncia la compra del Banco Industrial mejorando las condiciones de la oferta hecha por el Banco Pelayo”.

Y subtitulando la noticia: *“Una filtración de la oferta de compra del Pelayo da un giro inesperado a las negociaciones, descartando al que hasta ahora se perfilaba como el gran favorito”.*

14

El revuelo en el banco era perceptible antes de llegar a los despachos de los directivos. Los corrillos en torno a las mesas, los silencios que se iban haciendo a mi paso, y las miradas esquivas acompañaron lo que me pareció un eterno camino hacia el despacho de Román, a donde me dirigí directamente sin pasar tan siquiera por el mío.

Lo encontré hablando acaloradamente por teléfono, y lo único que hice fue posar mi maletín en una de las sillas y esperar a que terminase, lo que hizo colgando impetuosamente el auricular del teléfono, como si con aquel gesto quisiera aplastar todas las complicaciones que, sin lugar a dudas, se nos venían encima.

—¿Qué ha podido pasar? —le pregunté como si me lo estuviese preguntando a mí mismo.

—Uría viene para acá —dijo pasándose la mano por la frente y cerrando momentáneamente los ojos.

—La prensa habla de filtración —dije—. Tal vez los cuatro de la reunión de ayer no éramos los únicos que estábamos al tanto de las condiciones finales.

—No lo dudes, lo de ayer fue un simulacro, un mero paso para cubrir el expediente de que se nos había informado, pero nada más. Me apuesto el cuello a que Uría está detrás de todo esto.

—¿Y Pastrana? —pregunté al ver que él ni siquiera lo nombraba.

—Ese es su marioneta, cuando se vaya lo dejará bien ubicado ocupando su puesto y nada más, los dos sacarán lo que querían. Es una forma de que Uría, desde su retiro, siga moviendo los hilos.

—Cualquiera le aguanta hoy... —dije imaginando cómo iba a presentarse.

—¿Y tú cómo estás? ¿Tuviste algún problema ayer al llegar a casa?

—No, no —mentí—. Ya estaban dormidos.

Lo último que quería era que se sintiese responsable de mis problemas con Paloma. El temor de que, por enterarse de ello y saber que su relación conmigo, efectivamente afectaba a mi matrimonio, pudiese hacer que se alejase de mí, me producía un miedo difícil de asumir, sería mejor no mencionarlo, al fin y al cabo, el único responsable de las alteraciones que estaba sufriendo y de las fundadas sospechas de mi mujer, era yo.

Uría irrumpió en el despacho de Román sin llamar a la puerta siquiera, su imponente humanidad llenó la estancia en todos los sentidos. Detrás de él, Pastrana seguía sus pasos cual sabueso que se resistiera a perder el rastro de su amo.

—Se nos ha ido de las manos —dijo con una mezcla de abatimiento y enojo en su voz—. Pero esto no va a quedar así, aunque sea lo último que haga en este maldito banco, el que lo ha hecho va a pagar por ello.

Nos sentamos los cuatro en torno a la mesa de reuniones del despacho de Román, y observé detenidamente a Pastrana, mucho más calmado y sereno que el resto.

—Señores —dijo Uría— todo esto es muy desagradable para mí, sobre todo porque tengo motivos suficientes para pensar que la confianza que deposité ayer en ustedes, ha sido traicionada.

Román fue el primero en contestarle sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué fundamento tiene para hacer esa afirmación?

Uría miró a Pastrana, gesto suficiente para levantar la veda sobre lo que habían tenido guardado desde que habían entrado en el despacho de Román.

—Ayer por la tarde lo vieron a usted entrando en el aparcamiento de la sede del Banco del Sur —dijo Pastrana mirando fijamente a los ojos de Román.

—Pero ¿a qué se refiere? Si es una broma, no creo que sea el momento.

—Le aseguro que no estoy para bromas —intervino Uría—. Las cámaras de seguridad del banco tienen la imagen de su coche registrada en la grabación de ayer, concretamente a las siete de la tarde. No esperábamos esto de usted... O sí. Ya le habrán podido pagar bien el chivatazo, porque supongo que es consciente de que con esto ha finalizado su meteórica carrera en la banca.

Yo no era capaz de articular palabra alguna, Pastrana observaba la escena sin despegar los labios, sin alterarse lo más mínimo, mientras Román miraba incrédulo a Uría y haciendo un asombroso alarde de control, se dirigía a él en un tono formal y educado, nada acorde con las acusaciones de que estaba siendo víctima.

—Y yo espero que tenga pruebas de lo que está diciendo —dijo acercándose a Uría— porque no voy a permitir que se me acuse de algo que no he hecho.

—Las pruebas son claras —intervino Pastrana—. La imagen está grabada, ayer a las siete de la tarde estaba usted en el Banco del Sur, y hoy la compra del Banco Industrial es suya, es bastante fácil sacar conclusiones.

Como un fogonazo pasó por mi mente la tarde anterior, en la que yo había estado con Román desde las cuatro, aproximadamente, hasta pasadas las doce de la noche, juntos, sin separarnos ni un solo instante, sin móviles, sin conexión alguna con el resto del mundo; y como si hubiese visto abierto el cielo en aquel momento, me lancé a decir:

—Ayer por la tarde yo estaba...

—No estamos hablando de dónde estabas tú ayer por la tarde —me interrumpió bruscamente Román— estamos hablando de dónde estaba yo, y yo pasé la tarde completamente solo en mi casa.

Fue tan rotundo en su afirmación que me quedé paralizado en la silla, sin atreverme a contradecirlo, sin ser capaz de alzar la voz, aquella voz que él había querido callar para no envolverme en la calumnia que le estaban envolviendo a él, para quedarse solo con las acusaciones que se estaban vertiendo sobre él sin fundamento alguno.

—Pues como no tenga otra explicación mejor —le dijo Pastrana— se va a ver mal para demostrar que no tenemos razón.

Con aquel “tenemos” se posicionó francamente al lado de Uría, por si nos quedaba la menor duda de cuál era su opinión sobre el tema.

—Esto no va a quedar así —dijo el presidente recogiendo su maletín y levantándose de la mesa—. Voy a presentar contra usted una denuncia y no va a volver a trabajar en esto en su puta vida. Se ha cargado el broche de oro de mi carrera profesional, pero yo, personalmente, me voy a cargar la suya, se lo aseguro.

Y los dos abandonaron el despacho dejándonos tan confundidos que tardamos unos minutos en poder dirigirnos la palabra.

—¿Por qué no me has dejado hablar? —le dije por fin.

—¿Qué quieres? ¿Decir que pasaste la tarde conmigo? ¿Quieres también que les demos detalles de lo que estuvimos haciendo?

—Pudimos estar hablando, podía ser una reunión extraoficial, una charla de amigos o unas copas de compañeros de trabajo...

—¡Nacho, por favor! Aterriza de una vez, si se te ocurre mencionar que has pisado mi casa, no

volverás a quitarte el sambenito de maricón en toda tu vida. ¿Dónde crees que vives? ¿Es que no ves la clase de personas que nos rodean? Están deseando quemarme en la hoguera, no les des ni la menor oportunidad de que te incluyan en el lote, porque lo harán sin el menor escrúpulo.

—¡Pero no puedo callarme! —le dije—. No puedo quedarme quieto mientras pretenden lincharte por algo que no has hecho...

—Claro que puedes, puedes si piensas en tus hijos, si piensas en tu mujer, eso es lo único que tienes que tener delante. Guarda silencio Nacho, déjame a mí, no lo compliques más todo.

—Pero... si es que... es absurdo, no pueden tener la imagen de tu coche entrando en el aparcamiento, es imposible, no nos movimos de casa...

No me contestó, simplemente se acercó a la ventana y apoyó las dos manos sobre la cristalera que nos devolvía la vista de decenas de edificios compitiendo en altura, alejándose del suelo en un frío ascenso a la nada.

—Ayer... dejé mi coche aquí —dijo sin cambiar de postura.

Me acerqué a él desconcertado, no entendía lo que me estaba queriendo decir.

—No tiene nada de particular, muchos días lo hago. —Se dio la vuelta y me miró a los ojos—. Me gusta ir caminando, me ayuda a relajar la tensión de estar toda la mañana aquí metido de reunión en reunión. Voy hasta casa andando y después, al día siguiente, si me levanto con ganas de caminar, hago lo mismo y si no, me vengo en un taxi, pero te aseguro que se tarda bastante más que andando.

—¿Quién conoce esa costumbre? —le dije todavía anonadado al ver cómo se iba complicando la situación.

—Cualquiera, no es nada que haya pretendido esconder...

—Pero si el coche salió de aquí, también eso estará grabado, ¿no?

—Trataré de enterarme, voy a llamar a mi abogado y que empiece a moverse, prefiero estar preparado.

—¿Y yo qué puedo hacer? Tengo que hacer algo, no puedo quedarme así... compréndelo.

—Si quieres ayudarme no hagas nada, no menciones la tarde de ayer, nadie te vincula conmigo, por favor, mantén la boca cerrada, y si te olvidas de eso, piensa en tus hijos.

—¡No puedo hacer lo que me pides! Estás equivocado, la sociedad de hoy es más abierta de lo que crees, ya no se tiran al cuello de los homosexuales. ¿No lo ves? ¿No ves la cantidad de gente que “sale del armario?” Las cosas han cambiado Román, la gente es más tolerante, no va a pasar nada...

—Parece mentira —me dijo mirándome sin pestañear—. ¿Cómo puedes decirme esto después de haber escuchado los comentarios y las burlas que se han hecho sobre mí en este banco? Si tú mismo has participado de ellos... Si hasta hace dos días tú pensabas igual. ¡Nacho, por Dios! Que una cosa es lo “evolucionada” que está la sociedad de puertas para fuera, y otra la realidad. No quiero pensar lo que sería de ti y de tu familia si vieran el menor asomo de relación entre tú y yo. Te pido, te ruego, que me hagas caso, no digas nada, no te la juegues, esto es serio y conozco las consecuencias mejor que tú. Nacho, si algo te ocurriera a ti o a los tuyos por este asunto, no me lo perdonaría jamás. Mira, si sé que corres el menor riesgo, me iré de aquí para siempre, no sabrás de mí jamás en tu vida, te lo aseguro.

Me acerqué a la puerta y cerré despacio con llave, sentía una tremenda necesidad de abrazar a Román, de sentirlo muy cerca de mí. Besé su frente, su boca, su cuello, cerré sus ojos y los besé

una y otra vez, acaricié su cabeza, despacio, pero con fuerza, para que me sintiese a su lado, para que no tuviese la menor duda de que yo estaba allí, dentro de su pensamiento, dentro de cada circunvolución de su cerebro.

Antes de irme le dije que nos veríamos en su casa a media tarde.

—Ni se te ocurra —dijo—. No puedes ir por casa en una temporada, bastante suerte hemos tenido de que hasta ahora no te hayan visto entrar, pero tal y como están las cosas, no podemos arriesgarnos más.

—Pero entonces... —le dije esperando una alternativa a la imposibilidad de vernos en su casa, puesto que a mí no se me ocurría ninguna.

—Ten calma, confía un poco en mí. Hay algo extraño en todo esto. ¿No te das cuenta? ¿Por qué nos convocaron únicamente a ti y a mí a la reunión “super confidencial” de ayer? ¿Por qué Uría tuvo que nombrar mi anterior puesto de trabajo en el Banco del Sur si hasta ahora no lo había hecho? ¿Por qué esta idiotez de mi coche entrando y saliendo del banco? Si hubiera querido filtrar información no hubiera ido personalmente allí, ¿no? Existen otros medios en el siglo veintiuno que permiten transmitir información sin moverse del sitio. ¿No ves que vienen a por mí?

—¿Qué quieres decir? ¿A por ti, por qué?

—No lo sé, para algo les estorbo, eso está claro. Solo espero que sobre ti no tengan sospechas ni te relacionen personalmente conmigo. Así que, vamos a dejar que eso se mantenga así. No hagas nada, no digas nada. Vamos a andar con pies de plomo y a dejar que mi abogado se encargue de dar los pasos necesarios.

Y salí de allí tan desolado que más bien parecía que todas las acusaciones del mundo hubiesen caído sobre mí, como si lo único que me importase en ese momento fuese no poder acudir a casa de Román, como si eso fuese más trascendental que la mala pasada que alguien había querido jugarle y las consecuencias que aquello podía tener en su vida.

No había hecho más que entrar en mi despacho, cuando Luis Llamas apareció en la puerta con todas las ganas que a mí me faltaban de comentar lo que, por lo visto, ya era del dominio público.

—¿Qué te parece? —dijo con un brillo especial en los ojos—. Así que Salgado nos ha fastidiado la compra...

Guardé silencio, me quedé absurdamente bloqueado y él aprovechó para seguir con sus incisivos comentarios.

—Claro, ¿qué se podía esperar de semejante mariconazo?

Y me miró como esperando alguna respuesta por mi parte que apoyase sus sesudas teorías.

—Pero si creo que en el poco tiempo que lleva aquí ya tiene un “querido” —dijo riendo abiertamente su originalidad—. Te digo que al final, quedamos cuatro tíos, el resto son todos una panda de sarasas disfrazados de machos ibéricos. ¿Quién será el que se ha liado con él? Dicen que es uno del Banco del Sur, donde trabajaba antes. ¿Tú has oído algo?

—No, no —le dije como saliendo apresuradamente de mi letargo—. Yo qué voy a saber...

—Maricón y esquirolo, lo tiene todo el señor director. A mí nunca me cayó bien, mira que ya lo dije el primer día...

Mientras resonaban en mí sus palabras, recordaba la llegada de Román, cuando todos, incluido el propio Llamas babeaban a su lado con tal de caer bien al nuevo director.

Pero ¿de qué podía extrañarme? Yo mismo acababa de escuchar impasible sus sarcasmos cuando horas antes había estado tan estrechamente unido a Román como jamás lo había estado a

nadie. Le habían inventado una relación con alguien del Banco del Sur, el poder de maquinación de la mente humana y la velocidad para difundir rumores negativos, me sorprendió. Pero me callé, podía haber disipado todas aquellas dudas con una sola frase: “*No está con nadie del Banco del Sur, está conmigo*”, pero no lo hice. No era menos traidor que los demás sino un cobarde que se escondía detrás del muro que levantaba con disculpas: mi mujer, mis hijos, mi puesto de trabajo... y mi miedo, por mucho que quisiera negármelo, lo que realmente me paralizaba era mi miedo.

Un Judas más para la historia.

15

La noticia que me daba Paloma, era lo único bueno que escuchaba desde hacía varios días.

—¡Ha llamado Marta! Que viene este fin de semana.

—¡Qué milagro! —dije—. ¿Se le ha acabado el dinero?

—No seas así, tiene unos días para preparar los exámenes y se viene para casa.

No me molesté en expresar mi alegría aunque evidentemente la sentí, pero la emoción por volver a tener a mi hija en casa unos días, se vio aplacada por el desánimo que arrastraba.

Los últimos días habían sido nefastos en todos los sentidos. Uría había llevado a cabo la denuncia formal contra Román por manipulación indebida de documentación privada y confidencial, la noticia había traspasado los muros del Banco Pelayo y había sido portada de periódicos locales y nacionales. Se había solicitado la suspensión de empleo para Román, aunque el juez que se había hecho cargo del caso no lo había estimado oportuno, y él seguía acudiendo puntualmente cada día a su despacho en el edificio central del banco, con aparente normalidad, aunque por dentro estaba destrozado.

Ni una sola tarde me había permitido que fuese a su casa, nos habíamos limitado a vernos en el despacho, con la inevitable premisa de tener la puerta abierta, cuestión que últimamente le obsesionaba, empeñado en su afán de que no me relacionasen estrechamente con él.

A pesar de hacerse pública la acusación, no recibió el menor apoyo de su familia, si su homosexualidad había resultado ya un agravio inadmisibles, esto marcaba una evidente frontera con una familia en cuya casa, según me contó, colgaban imágenes de su abuelo pescando con Franco y alguno de sus ministros, y hasta el título de marquesado concedido por el dictador; imposible incluir entre su pedigrí la pesada sombra de un hijo, hermano, sobrino... con semejante historial. Y si nunca pudieron aceptarlo como era, lo que jamás le perdonaron fue que lo hiciese público al romper el matrimonio con una chica de inmejorable clase social, manchando con ello el honor de ambas familias.

Ni siquiera su hija, aquella hija que él llevaba en lo más profundo de su corazón y en la que había puesto la esperanza de que un día podría aceptarlo tal como era, le había mandado el menor mensaje de apoyo, la mínima muestra de solidaridad y confianza.

Se había hecho un juicio paralelo en la calle, Román estaba condenado de antemano, porque como había dicho Llamas: “¿Qué se podía esperar de un maricón?” El mismo Llamas que junto con otros muchos altos cargos del Banco Pelayo, se jactaban de colaborar con todas las asociaciones imaginables, que portaban en la solapa de su americana lazos de todos los colores en señal de su apoyo incondicional a no se sabía qué, a cualquier cosa, a cualquier causa, a todo lo que fuera necesario pero que requiriese de ellos su simple presencia en una fotografía, que no precisase la menor implicación personal.

Hay compañías de teatro que no tienen actores tan buenos, estoy seguro porque yo he formado parte de ese elenco.

Figueras, el abogado de Román, le había mostrado la grabación de las cámaras de seguridad del aparcamiento del Banco de Sur, las habían visto varias veces, una de ellas yo mismo le acompañé a su despacho y la vi con ellos. Se podía apreciar su coche, con la matrícula perfectamente identificada, no había lugar a dudas, el vehículo había entrado en aquel

aparcamiento a las siete y veinte de la tarde, pero lo que no se podía distinguir con nitidez era la cara de la persona que lo conducía. Detrás del parasol del conductor, que permanecía bajado, alguien levantaba la cara intentando ocultarla lo más posible. Percatándose de la presencia de las cámaras, y escondiendo su rostro casi por completo, dirigía el vehículo al interior del aparcamiento.

También habíamos visto la grabación de la cámara del aparcamiento del edificio nuestro, pero la salida del coche no quedó registrada. Según la declaración del guarda que en ese momento ocupaba el puesto, hay veces en que la cinta se traba y durante unos segundos interrumpe la grabación, o incluso en el breve espacio de tiempo en que se termina una cinta y empieza a grabar la siguiente puede darse el caso de que salga o entre un vehículo y no quede registrado.

El método de grabación me pareció ancestral, pero al preguntar por ello, se dijo que llevaba meses pendiente de cambiar para instalar una grabación automática mucho más moderna, aunque por el momento no se había llevado a cabo. Se habían cambiado todo el sistema informático del banco, se habían mejorado las redes, se había puesto en marcha una nueva y avanzadísima intranet... pero en el aparcamiento se seguían cambiando las cintas de la grabadora a mano.

—Está contemplado —dijeron los encargados— pero no se marcó como prioridad y había otros asuntos que sí lo eran.

El destino se aliaba en contra de Román, las coincidencias se iban enlazando unas con otras de forma nefasta, asuntos que a nadie habían llamado la atención como el del aparcamiento, de pronto adquirirían una importancia vital. Todo perdía las dimensiones normales y se volvía enorme o insignificante, pero siempre al contrario de lo que hubiera sido deseable.

Por más que se interrogó al vigilante del aparcamiento, no consiguió recordar nada que le hubiese llamado la atención aquella tarde, como podía ser el hecho de que el coche de Román hubiera abandonado el edificio conducido por otra persona, algo que sin duda recordaría porque era excepcional..

En mi mente solo surgían frases cuyo inicio era siempre el mismo: “Si la salida del vehículo del aparcamiento del banco no hubiera coincidido con un paro en la grabación, tal vez hubiéramos tenido algún dato más”, “si la grabación del coche de Román entrando en el Banco del Sur fuese más nítida, si no tuviese el parasol bajado, si se pudiese ver la cara del conductor, si... si... si...”. Cientos de “*sis*” que sumaban un rotundo “no”, un “no” a su inocencia, un “no” a la transparencia de su gestión en el banco, un “no” a la trayectoria impoluta de un hombre que nunca había jugado sucio. Y lo peor de todo, un “no” que solo yo podía cambiar por un rotundo “sí”.

—No vas a mover ni un dedo en este tema —me decía Román mientras clavaba sus ojos en mí, mientras reflejaba en su mirada la misma ansiedad que yo tenía que tragarme en cada momento para contener la necesidad que sentía de besarlo, de abrazarlo como hacía tanto tiempo que no hacíamos.

—Han soltado el rumor de que tienes una relación con alguien del Banco del Sur. No puedo continuar más tiempo callando cuando sé que yo tengo la solución, cuando sé que si yo digo que pasamos la tarde juntos quedará resuelto todo el tema y tendrán que ponerle otro nombre al culpable.

No se sorprendió demasiado, simplemente esbozó una sonrisa, como el que tiene ya la piel curtida de tanto como ha tenido que escuchar y fingir que no ha escuchado.

—Parece muy sencillo, pero no lo es tanto. Si hicieses eso no solo perderías a tu familia,

además hundirías tu trayectoria profesional, verías a los que ahora se llaman amigos tuyos volverte la espalda sin reparos, y por si eso fuera poco, no serviría de prueba, porque podrían pensar que lo haces simplemente porque te he pagado. Para ellos, para la gente que ahora me señala con el dedo a mí, serías simplemente un vendido o un maricón más que trata de apoyar a uno de los suyos, y no necesariamente diciendo la verdad. Por eso no vas a hacer nada, vamos a tratar de desmontar todos sus argumentos con la verdad por delante, pero sin implicarte a ti ni lo más mínimo. Deja que inventen, porque todas esas habladurías te protegen, mientras su atención esté centrada en otro sitio, no se les ocurrirá pensar en ti.

—Pero ¿no te das cuenta de que yo no puedo seguir así? Tengo conciencia, y no me deja vivir. ¿Crees que puedo dormir tranquilo pensando que soy el único que puede asegurar dónde pasaste aquella tarde? ¿Tú no lo harías por mí?

Hubo un momento de silencio en el que nuestros ojos se encontraron en el escaso espacio que había entre uno y otro, y aquella mirada contestó a mi pregunta mucho antes de que él lo hiciera.

—Haría por ti lo que fuese, pero la diferencia es que yo lo tengo todo perdido y tú no.

—Quiero verte esta tarde, yo no puedo seguir así —dije sin atenerme a razones—. Tenemos que estar juntos, ya no me vale imaginarte, ya no me puedo conformar con el recuerdo, necesito que nos veamos...

—¿Crees que a mí me está resultando fácil tenerte delante todos los días? Te veo a mi lado, te siento cerca y tengo que cerrar los ojos para mantenerme firme en mi decisión de no implicarte en esto. ¿No te parece que me sería mucho más fácil hacer lo que tú dices? Pero no puedo, me niego a utilizarte.

Olvidando que la puerta estaba abierta y dejándome llevar por la cercanía que me habían producido sus palabras, sujeté fuertemente su mano y solo le dije:

—Utilízame, por favor, utilízame de una vez y acabemos con esto.

Me soltó como si el contacto con mi piel le hubiese producido una descarga eléctrica de alto voltaje, y dándome la espalda se llevó sus manos a las sienes, pareciendo que quisiera comprimir la presión a la que estaba sometido y que en contra de lo que yo me había propuesto, mi petición no había hecho sino aumentar.

—Necesito estar contigo mucho más de lo que te puedes imaginar, pero ahora mismo no hay ningún sitio seguro —dijo todavía de espaldas a mí.

Sin cambiar de postura, apoyando los codos en la pared, con la cabeza hundida entre las manos, continuó hablando como si más que conmigo, lo estuviese haciendo consigo mismo.

—Te tengo metido dentro de mi memoria, incrustado en ella de tal forma que haga lo que haga, siempre te tengo delante. A veces me da la impresión de que lo único que me importa de todo lo que está ocurriendo es que no puedo estar contigo, es como si las mentiras que están cayendo sobre mí, lo que se ha hecho para complicarme la vida no me importase, lo único que me no me deja vivir es saber que solo te tengo a mi lado en sueños, en unos sueños de los que jamás quisiera despertar.

Se volvió y noté sus ojos tan enrojecidos que por un momento creí que se iba a derrumbar, pero para mi sorpresa, dio un fuerte puñetazo en la mesa y continuó hablando sin dejar de mirarme:

—¡Maldita sea! —dijo murmurando, pero con fuerza—. ¿Qué demonios me has dado? He tenido más hombres en mi vida, ¿sabes? Y con ninguno he perdido el norte como lo estoy

perdiendo contigo. No entiendo nada, no lo entiendo, tengo la cabeza hecha un lío dentro del cual lo único que tengo claro es que no quiero perderte. ¡Qué mierda de vida nos ha tocado vivir!

—Iré esta tarde a tu casa, no me importa si me ven o si no, me da lo mismo. ¿No ves que así no se puede estar? ¿Qué puede pasar? ¿Que te estén vigilando? ¿Que me vean entrar en tu casa? He podido ir a un millón de cosas diferentes, nadie va a saber lo que pasa allí dentro, ¿no?

—Ni se te ocurra, de ese millón de cosas que has podido ir a hacer, la gente solo vería una, y jamás podrías librarte de la duda. Además, esta tarde tengo que ir a ver a mi abogado, pasaremos la tarde revisando la documentación que hay, quedan muchos datos que repasar y quiere saber a quién conozco exactamente en el Banco del Sur para saber si alguno de ellos va a declarar en mi contra, no me extrañaría que alguien confesase haber estado conmigo recogiendo la información de la propuesta de compra.

No hubo manera de convencerlo, su mente estaba obsesionada en no implicarme, en alejar de mí cualquier rumor que pudiera relacionarme afectivamente con él, y esa idea la tenía tan clara que se antepone a cualquier otra que yo pudiera sugerirle.

Cuando salí del banco para ir a comer a casa, tenía tal sensación de abatimiento que era como si las piernas me pesasen de una forma exagerada, como si el trayecto desde el ascensor hasta mi coche, situado en el mismo aparcamiento del banco, fuese de cientos de kilómetros.

Al llegar con el vehículo a la altura de Ángel, el vigilante que estaba en la cabina, me paré a mirarlo unos segundos mientras con la tarjeta accionaba el mecanismo para que la barrera se levantase. Ángel llevaba allí desde que se habían acondicionado los bajos del edificio del banco para aparcamiento de uso exclusivo de los empleados, nos conocía a todos y para nosotros era alguien de tanta confianza que habitualmente, los coches quedaban abiertos y en muchas ocasiones, con las llaves puestas por si necesitaba moverlos.

—Buenas tardes —le dije dando al coche ligeramente para atrás dejando que la barrera bajase de nuevo al no salir—. ¿Le puedo hacer una pregunta, Ángel?

—Sí, señor Coronado, pero le advierto que los de la policía ya me han preguntado de todo, ahora que si quiere se lo repito, porque yo no tengo nada que esconder, eso desde luego...

—Solo quería saber si usted siempre está en el turno de tarde —le dije.

—Veinte años llevo en el turno de tarde, y por la mañana lo lleva mi hermano, ya sabe que este es un negocio familiar, así todo queda entre nosotros.

—¿Nunca dejan esto solo, no? —le pregunté a pesar de que lo sabía de sobra.

—No señor, solamente los domingos que está todo vacío, pero entre semana desde que se abre a las siete de la mañana, hasta que se cierra a las diez de la noche, aquí siempre estamos mi hermano o yo.

—Pero yo a veces he visto a otro chico más joven por aquí...

Pude percibir la incomodidad de Ángel ante mi alusión, justo en ese momento el coche de Llamas se había situado detrás de mí y me pitaba insistentemente entre risas para que saliese y así dejase salir a los otros coches que se iban aproximando, no en vano era la hora de la comida y todos tenían prisa por irse a casa. Dejé la pregunta que había dirigido a Ángel en el aire y saqué el coche del garaje, no tenía mucho interés en que me viesan interrogándolo por mi cuenta, pero incapaz de olvidar la cara de circunstancias que había puesto el hombre ante mi pregunta y el evidente sonrojo que le había causado, apenas llegué a la calle, di la vuelta para, en vez de ir hacia casa, aparcar el coche en una calle paralela a la del banco.

Para hacer un poco de tiempo y dar lugar a que las oficinas se vaciasen, fui a una cafetería y mientras me tomaba una caña y hojeaba el periódico, recordaba el muchacho que en ocasiones había visto en la cabina del aparcamiento. Nunca le había prestado demasiada

atención, generalmente se entra y se sale con el coche sin detenerse a mirar a ver quién está allí, la verdad es que yo siempre iba con prisa a todos los sitios, la mayoría de las veces con la cabeza llena de problemas, demasiado ocupado como para hacerme preguntas acerca de la persona que ocupaba la cabina en el momento en el que yo pasaba por delante, además, habían sido veces puntuales, pero había algo que me había llamado la atención de aquel chico.

Mientras trataba en vano de recordar su cara o alguna particularidad que me ayudase a refrescar la memoria, un titular del periódico desvió mi atención: “Caso Román Salgado. Hoy rueda de prensa”, y en letras menores: “El director del Banco Pelayo dará esta tarde a las veinte horas una rueda de prensa junto con su abogado”.

Y no me había dicho nada, no había querido implicarme ni siquiera en eso. Román estaba pasando por todo aquello en la más absoluta soledad, y yo me estaba manteniendo en la sombra como un miserable, escondido en mi madriguera para no mancharme las manos, para no mezclarme en lo que sin embargo, estaba implicado por completo.

Miré el reloj, eran las tres y media, tenía tiempo de sobra para pasar la tarde en casa y después presentarme en el hotel en el que se daba la rueda de prensa, quería estar a su lado, que me viese, que supiese que estaba allí, apoyándole, enviándole toda la fuerza que de otra forma no me dejaba darle.

Pero tenía pendiente la pregunta que le había hecho a Ángel, y no me podía quedar a gusto si no regresaba de nuevo al aparcamiento, esta vez andando, para que me la respondiese.

El hombre se quedó petrificado cuando me vio regresar.

—¿Olvidó algo? —me preguntó disimulando lo que sin duda él tampoco había pasado por alto.

—Yo no, pero usted olvidó responderme quién es el chico que a veces he visto por aquí.

Endureció la mirada como si le hubiese dado en su punto más débil, y tratando de desviar la conversación, se fue por la tangente.

—La policía me hizo muchas preguntas, ya les he dicho que yo no tengo ni idea de lo que pasó, no tengo por qué saber todos los pasos que dan ustedes, no soy su guardián, solo soy el vigilante del aparcamiento, nada más. A los coches no les ha pasado nada, ¿no? Pues eso es lo que tienen que mirar, lo demás es cosa mía. Llevo veinte años aquí y mientras todo ha ido bien nadie se había fijado en Ángel, y al primer problema que hay, todo el mundo se vuelve a mirarme, ni que yo fuese la niñera de todos los señoritos del banco...

Como si no hubiese escuchado su resentida perorata, su *explicatio non petita*, le repetí la pregunta:

—Ángel, yo solo quiero saber quién es ese chico, y si usted no me lo dice, veré otra forma de averiguarlo, no creo que sea tan complicado.

—Es mi hijo —dijo bajando tanto la cabeza como si acabase de confesar un asesinato—. Pero si alguien se entera de eso me buscarán la ruina, porque... porque... el chico no puede estar aquí...

Eso era lo que me había llamado la atención de aquel muchacho, tenía alguna deficiencia, eso era, el chico no estaba bien, lo recordaba, claro que sí, aquel aspecto despistado, aquellas gruesas gafas, ese era el muchacho que en algunas ocasiones había visto en la cabina de Ángel.

—Es muy listo —dijo su padre—, muy listo, pero tiene una minusvalía y no lo cogen en ningún sitio, por eso a veces me echa una mano, solo cuando yo tengo que ir a algún sitio urgente, porque claro, yo tengo otros hijos, y a veces surgen cosas, a veces no queda más remedio y él ocupa mi puesto un rato, muy pocas veces ha pasado, pero es buen chaval, muy inteligente y muy bueno.

Me quedé un momento en silencio, no era posible que todo fuese fruto de la casualidad, yo no confiaba en que el azar se aliase encadenadamente de tal forma que todo se dispusiese en contra de una persona sin que la mano de otra estuviese en el medio.

—¿Qué pasó aquella tarde, Ángel? ¿Su hijo estaba aquí, verdad?

—Si alguien se entera de esto mi hermano me despide, el negocio es de él y no es que nos llevemos muy bien... Yo tengo tres hijos y lo que saco de aquí es lo único que tengo.

—Haré lo posible para que no tenga consecuencias, Ángel, pero no podemos permitir que al director lo estén acusando de lo que no es, ¿no le parece? Le puede costar el puesto y eso no es justo.

El hombre me miró con el ceño fruncido, con tanta desconfianza dibujada en su cara que dudé que fuese a decirme la verdad.

—¿El director? El director encontrará otro trabajo, yo no; el director tiene dinero, yo no; el director no tiene familia y yo tengo tres hijos; el director tiene su casa pagada y yo no. Fíjese la pena que me da a mí el director.

—Puedo averiguarlo de otras formas Ángel, se lo aseguro.

Deseaba terminar aquella conversación de una vez, estaba seguro de que iba a arrojar más luz sobre el tema de la que teníamos hasta entonces, y además, no me apetecía que nadie me viese hablando durante tanto tiempo con Ángel, no sabía cómo se podría interpretar aquel hecho.

—Vamos, Ángel, ya está bien, ¿qué pasó aquella tarde?

—Me llamó mi hija mayor, había fuego en casa. Sin saber cómo ni por qué se había formado un incendio y las chicas estaban asustadas. Le dije que trajese a su hermano para acá y cuando llegaron, dejé aquí al chico y nosotros nos fuimos de regreso para la casa, ya habían llegado los bomberos, pero el susto fue muy grande.

—¿Cuánto tiempo se quedó aquí su hijo?

—No sé, un par de horas, eran casi las cinco cuando me fui, a esa hora no hay jaleo, ya se han ido casi todos, solo suelen quedar algunos que tienen reuniones o cosas así. Yo llegué sobre las siete o siete y media.

—¿Por qué las cámaras no grabaron?

—El chico no sabe cambiar las cintas. Normalmente, cuando se acaba una, empieza automáticamente a grabar en otra, pero a veces se atasca un poco y hay que cambiarlas a mano, y eso fue lo que pasó, solo que él no supo hacerlo, además, no ve bien, no podía hacerlo... Pero es que nunca ha pasado nada, nunca, y mira por dónde ese día tuvo que pasar de todo... Solo faltan unos minutos de grabación, antes de irme dejé la cinta empezando y dura dos horas, justo dos horas, yo estaba pendiente de ese tema y sabía que tenía que estar aquí a las siete, porque no pasa todas las veces, pero a veces sí, a veces se traba y... Pero no llegué a tiempo, me retrasé unos minutos, solo unos minutos... Las chicas estaban aterradas, no podía dejarlas solas, y yo... no puedo estar en dos sitios a la vez...

—¿Le ha contado esto a la policía?

—¿Para qué? ¿Para que nos metan en un lío a mí y a mi hijo? No señor, de eso nada y si usted

dice algo faltará a su palabra conmigo y negaré haber dicho todo esto. Mi chaval ya tiene bastante con lo que tiene, y yo también.

Salí de la cabina después de darle las gracias y tratar de tranquilizarlo. Antes de irme, sin poder contener la duda que me quedaba para casar todas las piezas de mi particular puzle, me atreví a hacerle otra pregunta.

—Ángel, solo una cosa más. ¿A qué se debió el incendio de su casa?

—No tengo ni idea, yo pensé que las chicas habrían hecho algo en la cocina, pero qué va, los bomberos me dijeron que el fuego había empezado por la parte de fuera, según dicen ellos fue provocado por alguien, algún gracioso que debió de echar algo inflamable y prenderlo, pero no me lo creo, no me puedo imaginar que alguien se vaya a entretener en hacer eso para nada, porque vamos, no sé lo que iban a sacar con prenderle fuego a mi casa con las chicas dentro... eso no puede ser posible.

No estaba de acuerdo con él, a mí se me ocurría una buena razón para hacer aquello y reclamar la presencia de Ángel en su casa, cualquiera podría haberlo hecho, cualquiera que supiese que cuando Ángel tenía que salir dejaba allí a su hijo, cualquiera que supiera que el muchacho además de no ver, tenía una seria minusvalía, cualquiera que quisiera mantener alejado de allí a Ángel, única persona que por el tiempo que llevaba en el aparcamiento, era capaz de reconocer si un coche salía del garaje con su dueño al volante o no, cualquiera que fuese consciente de que el hombre no iba a confesarlo en caso de apuro porque se jugaba su puesto.

La madeja estaba frente a mí, solo había que tirar del hilo.

16

—Para el Diario Continental: Señor Salgado, ¿durante cuántos años ocupó el cargo de director de recursos humanos en el Banco del Sur?

—Para la Gaceta Económica: Con una carrera profesional tan brillante como la suya, ¿a qué se puede deber que, apenas llegado al Banco Pelayo se ponga en duda su fidelidad profesional?

—Para La Bolsa Semanal: La caída de las acciones del Banco Pelayo motivada por los últimos acontecimientos está preocupando a los clientes. ¿No cree que desde el banco se debería de tranquilizar a quienes, al fin y al cabo, son los principales afectados?

Román se enfrentaba a las preguntas que un nutrido grupo de periodistas le hacía y que su abogado, Figueras, matizaba tratando de suavizar el énfasis que él ponía en todas sus respuestas.

—Señor Salgado —dijo uno de ellos sin identificar el medio para el que trabajaba—. ¿Qué tiene que decir respecto a la idea de que su breve gestión al frente del Banco Pelayo no ha sido más que una farsa para poder conocer de primera mano la oferta de compra que se iba a hacer sobre el Industrial y poder mejorarla favoreciendo así al Banco del Sur, al que sigue estando *estrechamente “ligado”*?

—El señor Salgado no contestará más preguntas —bramó Figueras visiblemente ofendido por el incisivo planteamiento del periodista. Pero Román le calmó insistiendo en contestar la pregunta.

—¿A qué medio pertenece? —dijo antes de responder.

—Al programa “Digamos” del Canal Ocho.

—Lo siento —intervino el abogado—. *Su* canal no está acreditado para este acto, le rogaría que abandonase la sala.

—No, no —dijo Román—. Tengo especial interés en contestarle.

Y sin que nadie lo pidiera, se hizo un silencio en el cual los micrófonos estaban deseando captar la respuesta más esperada de la tarde a la cuestión que quizá nadie se había atrevido a formular aunque todos conocían los rumores desatados.

—Entiendo su pregunta pero puedo asegurarle que se equivoca. Irme del Banco del Sur fue una de las decisiones más difíciles que he tomado, pero cuando dejo un trabajo para irme a otro, vuelco en este toda mi fidelidad, y eso es lo que he hecho con el banco que actualmente dirijo —dijo insistiendo en la palabra para denotar que no había dejado de trabajar en el Pelayo—. Les aseguro a ustedes que el Banco Pelayo cuenta con un equipo humano de innegable valía que no dudan de mi integridad moral, y que desean tanto como yo que este tema se aclare con la mayor celeridad posible.

—Entonces, ¿por qué ninguno de sus compañeros le respalda en este acto?

No hubo lugar para contestar la pregunta, el abogado dio por terminada la rueda de prensa y agradeciéndoles a todos su presencia, se despidió de ellos educada pero tajantemente.

Entre las cabezas de todos los periodistas que recogían sus equipos, entre el personal que había organizado el acto, entre la gente del Banco Industrial y del Banco del Sur que habían asistido, las miradas de Román y la mía se encontraron, mudas, pero diciéndose muchas más cosas de las que hubieran podido abarcar las palabras. Traté de abrirme paso entre todos, quería acercarme, darle una palmada en el hombro, hacerle sentir que no estaba solo, que podía contar

conmigo, pero discretamente me indicó que me alejase, y no me atreví a aproximarme. Además, Paloma se había empeñado en ir conmigo, los actos sociales eran su debilidad y a pesar de mi insistencia para que se quedase en casa, no había sido capaz de disuadirla.

Mientras yo intentaba no perder de vista a Román, ella se abanicaba en una esquina, tratando de reponerse de lo que había sido la gran impresión de su vida.

—¡Ay, de lo que me he enterado, Nacho! No te lo vas a creer.

No es que me interesase demasiado lo que hubiese llegado a sus oídos, pero al verla tan alterada, no pude evitar preguntarle qué era lo que tanto la sofocaba.

—Me ha dicho la mujer de Parra que Salgado es... bueno, que es un poco... gay.

Tiré de ella para sacarla de la sala de prensa sin perder ni un minuto, no dejé que terminase su insidiosa afirmación, se mostraba tan alterada como si acabase de conocer un misterio de dimensiones colosales que solo ella supiera.

—¿Lo sabías? —dijo al ver que no me alteraba lo más mínimo—. ¿Tú lo sabías y no me habías dicho nada?

Sus preguntas resbalaban sobre mí que lo único que quería era no perder de vista a Román, tratar de captar cada uno de sus gestos para saber cómo estaba, y de qué manera había afrontado aquel primer acto público que voluntariamente había hecho y en el que había quedado palpable que el Banco Pelayo seguía fiel a su idea de la traición de la confidencialidad por parte de Román, pues a excepción de mi presencia, nadie más había acudido al acto, pese a lo cual, Román había llevado a cabo una perfecta estrategia no descalificando a la que seguía siendo su empresa, sino ensalzando aquel equipo humano que había brillado por su ausencia.

Paloma, sin haber aterrizado todavía del shock producido al conocer la homosexualidad de Román, se debatía entre la duda de acercarnos a él para felicitarle por lo bien que había estado o salir de allí a toda prisa para que nadie nos acusase de estar a su lado ahora que se sabía “la verdad de todo”.

—Te equivocas —le dije mientras ella continuaba sin salir de su asombro—, la verdad de todo no se sabe todavía, eso es lo que tendrá que destaparse. Nosotros ahora lo único que tenemos que hacer es apoyarlo. ¿No querías ser tan hospitalaria? ¿No estabas deseando invitarlo a no sé cuántas cosas? ¿No me decías que yo no sé cultivar las amistades? Ahora es cuando tienes que demostrarlo, ahora que es cuando necesita a sus amigos.

—Bueno —me dijo muy seria—. Tampoco te pases. No se puede poner la mano en el fuego por nadie y menos por... Bueno, por nadie... en general. Tú estás muy seguro de que él no ha tenido nada que ver con todo ese lío de la filtración, pero tampoco lo sabes a ciencia cierta, yo creo que es mejor que te mantengas al margen, que estas cosas nunca se saben las consecuencias que pueden traer. Él, a lo mejor mañana desaparece del mapa y se va a otro sitio, pero nosotros tenemos que estar aquí, que tenemos unos hijos, Nacho, y una posición social que mantener, no lo olvides...

Me dio tanto asco escucharla hablar de aquella forma que tuve la sensación de que, en realidad, llevaba años al lado de una extraña. En aquel momento no pensé que de no ser por la especial relación que me unía a Román, yo mismo hubiera estado hablando y pensando igual que ella.

—No estoy de acuerdo —le dije—. Y mañana mismo le voy a llevar a casa para que coma con nosotros, ya lo sabes.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Chimo está en casa! ¿Es que no te das cuenta?

De la forma más disimulada que pude saqué a Paloma de la sala, y ya en la calle, evidentemente asustada por mi repentina actitud, me miró sin decir nada mientras yo clavaba en ella cada una de mis palabras.

—Óyeme bien. Para empezar: Román Salgado es mi amigo y le voy a apoyar en todo lo que me necesite. Segundo: no vuelvas a ponerme como disculpa que está Chimo en casa, deja de hacer el ridículo, Román no va por las casas violando chiquillos. Mañana comerá con nosotros y tú estarás tan amable con él como siempre lo has querido estar. ¿Me has entendido?

—Que sí —me contestó contrariada.

—Y otra cosa más —añadí mientras nos encaminábamos al coche—. Ya te puedes ir borrando de todas esas asociaciones benéficas con las que contribuís tú y tus amigas, y que no son nada más que una tapadera para que no se note que en el fondo os encanta sentiros superiores. La solidaridad no se demuestra donando un dinero que os sobra, sino apoyando a los que se quedan solos frente a la injusticia.

Bonitas palabras que me hicieron avergonzar a mí mismo porque hacía un mes era menos solidario que mi mujer y, seguramente, mucho más clasista que ella.

Afortunadamente no me contestó. Paloma y yo cada vez teníamos menos cosas de las que hablar.

Al día siguiente, ante mi insistencia, Román vino a comer a casa, y mi mujer hizo gala de sus malas dotes como actriz, pues a pesar de que le había pedido, o más bien exigido que se mostrase cordial con Román, se limitó a mantener una simplísima conversación sobre los cambios climatológicos de los últimos tiempos. Nada que ver con la Paloma extrovertida y simpática que, a buen seguro, hubiera sido de no haberse enterado de la homosexualidad de nuestro invitado. Su papel como anfitriona quedó relegado a poner la mesa más o menos elegante en el salón y ordenar a la asistenta que se pusiera el uniforme de las ocasiones especiales.

Menos mal que Chimo, mucho más al día de lo que su madre y yo podíamos imaginar, relajó el ambiente y estuvo charlando con Román, aprovechando su presencia en la casa haciéndole mil preguntas sobre economía para un trabajo que tenía que hacer en el instituto.

—Cualquiera diría que has tenido que esperar a que viniese Román para hacer el trabajo, hijo, que tu padre también entiende de esas cosas —le dije simulando estar un poco ofendido, aunque en realidad estaba encantado de la confianza que mi hijo demostraba tener con Román. Estaba seguro de que su madre le había aleccionado e incluso le habría dicho que no se acercase demasiado a él, pero Chimo, contestatario por naturaleza, igual que lo era su hermana, no le había hecho el menor caso.

—¿Y vuestra hija cómo está? —preguntó Román mientras tomábamos el café.

—Viene este fin de semana —dijo Paloma que por primera vez en toda la comida dejó asomar la sonrisa a su cara—. No sé si hoy o mañana, no lo ha querido decir para que no vayamos a buscarla a la estación, ella es así, le gustan las sorpresas.

En el momento en que la cortesía se le agotó, mi mujer dio por finalizada la sobremesa y desapareció del salón. Román y yo nos quedamos en el sofá, comentando lo más asépticamente que pudimos el acto del día antes con la prensa y la repercusión que había tenido entre el personal del banco.

—Bueno, yo me voy que tengo partido.

Chimo se despidió de Román con un cordial apretón de manos, y aunque a mí me dijo un simple “adiós, papá”, me hizo sentir orgulloso de que, posiblemente sin saberlo, gracias a la naturalidad que a Paloma y a mí nos había faltado —por distintos motivos— hubiera contribuido a que Román estuviese un poco más a gusto entre nosotros.

—Buen chaval —me dijo cuando Chimo cerró la puerta de la calle.

—No es mal chico, no.

—Estaréis deseando que llegue Marta para tenerlos a los dos en casa, ¿no?

—La verdad es que tengo muchas ganas de verla, pero no sé cómo responderá, es una chica muy suya, quiere seguir estando mimada pero sin que nadie invada su territorio, es un tanto complicada. Bueno, como todas las mujeres —le dije haciendo una señal que aludía a Paloma.

No habían pasado ni quince minutos cuando sentí de nuevo la puerta de la calle, la asistenta se acababa de ir, y a los pocos minutos, mi mujer entró en el salón con sus mejores galas y se despidió cortésmente.

—Me vais a perdonar, pero es que hoy es cuando tenemos reunión de la asociación de la lucha contra el Sida, y no puedo faltar... soy la presidenta.

—Si eres tan buena presidenta como anfitriona, estarán encantados contigo —le dijo Román poniéndose en pie con la intención de darle un par de besos de despedida.

Disimulando de mala manera, Paloma esquivó el gesto y se encaminó hacia la puerta fingiendo una prisa que seguramente no tenía.

Román y yo permanecimos sentados, mirándonos sin decir nada, era la primera vez en muchos días que estábamos absolutamente solos, y la ansiedad era tan fuerte que apenas sabíamos qué decir.

—No hay nadie más en casa —me atreví a pronunciar casi en un susurro y sin apartar la mirada.

—Nacho... esta es tu casa, la casa de tu familia, de todos, y no creo que...

No pude dejarlo seguir, ni la fuerza de un ciclón hubiera podido detenerme. Lo tenía sentado a mi lado, solos los dos, por fin solos los dos en un lugar en el que no teníamos que estar pendientes de las miradas de los demás. Me era absolutamente indiferente si aquella era la casa de mi familia, yo no les había echado, ellos se habían ido voluntariamente, y no iba a robarles ni un centímetro de su espacio, pero aquella era también mi casa, y la persona que tenía delante era, en aquel instante, lo más importante del mundo para mí.

Nos besamos, primero lentamente, con suavidad, sin prisa pero con necesidad de sentirnos. Derribada la barrera que él ponía al estar en mi casa, la pasión se abrió camino y ninguno de los dos quisimos ponerle freno. No era solo el deseo físico, era la voluntad de sabernos juntos en lo que nos estaba ocurriendo, en la revolución de sentimientos que nuestra relación estaba ocasionando en ambos, y en la trampa laboral en la que alguien había querido poner a Román y en la que yo deseaba situarme a su lado, que notase mi apoyo, mi cercanía... aunque solo fuese cuando estábamos solos.

Hubiera querido llevarle al dormitorio, pero sabía que estar con él en la misma cama en la que dormía con Paloma podía no resultarle muy grato. Las habitaciones de mis hijos no me parecieron el lugar idóneo y los únicos cuartos neutrales que quedaban en el piso inferior eran dos dormitorios de invitados y mi despacho, aunque los metros que nos separaban de ellos me

parecieron una distancia eterna.

Mientras yo intentaba dirigir nuestros pasos a la planta baja, Román me iba desvistiendo, y a cada botón de mi camisa que él iba soltando, mis manos temblaban un poco más, incapaces de hacer lo mismo con él, inútiles dedos que parecían de madera intentando simplemente sentirlo tan cerca de mí, pegado a mi piel.

A la salida del salón, mientras él recorría mi cuerpo con su boca, yo continuaba tratando de quitarle la camisa, pero me sentía incapaz de hacer otra cosa que no fuese sentirlo, notarlo bajando sus manos por mi espalda y su boca por mi pecho. Quería mover las manos, arrancar aquellos botones que me impedían el contacto directo, pero la prisa me volvía tan torpe que no era capaz.

—Ya lo hago yo —dijo. Y sin dejar de besarme ni un momento, se fue quitando la ropa hasta que por fin, cada una de nuestras raíces nerviosas estuvieron conectadas, como si llevasen siglos buscándose en el aire, esperando aquel momento que parecía ser el primero o el último de nuestras vidas.

La ropa tirada a nuestros pies era un otoño caduco contemplando nuestros cuerpos que ansiaban ser uno del otro.

Las escaleras fueron testigos del camino a ese cuarto de abajo al que nunca llegamos. Ya no quedaban caricias por hacer, ni besos que dar, solo una tremenda ansiedad ajena a nuestro control, a la cordura y a la calma que hacía rato nos había abandonado.

Olvidé todo lo que había a mi alrededor. El resto del mundo desapareció a mis ojos incapaces de ver nada más, a mis oídos que solo escuchaban los latidos de mi corazón en las sienes, mezclados con los susurros de Román, tal vez sin poder distinguir unos de otros, sin apreciar nada que no viniese de nosotros mismos, sin percibir ningún sonido exterior, ninguno.

Ninguno.

Ni el sonido de sus llaves en la cerradura, ni el ruido de la puerta al abrirse, ni sus pasos atónitos en la entrada de la casa. Solo su voz, su voz asustada, su voz incrédula y sus ojos muy abiertos, tan abiertos que no hubo lugar a la duda, que no admitían excusas, ni explicaciones, ni palabras de ninguna clase.

—¡Dios! ¿Pero qué es esto?

—¡Marta!

—¡Papá!

La reunión con el presidente prometía ser tensa, sobre todo después de saber que Román no había sido convocado a ella a pesar de que nadie le había relegado de sus funciones de director, o seguramente por eso. Estaba claro que el Banco Pelayo, como entidad, y Uría y Pastrana como presidente y vicepresidente, habían tomado una postura claramente en contra de Salgado y se disponían a llevarla hasta el final con autorización judicial o sin ella, había muchas formas de hacer el vacío a una persona aunque oficialmente continuase ocupando su cargo.

Antes de dirigirme a la sala de juntas, pasé por el despacho de Román, necesitaba verlo, eso era lo único que tenía claro en aquellos momentos, ya me daban igual los rumores que mis continuas entradas y salidas de su despacho pudieran generar, había llegado un momento que, en aquel edificio, medio mundo murmuraba del otro medio.

Lo encontré detrás de su mesa, impecable, como siempre, como si nada de lo que estaba pasando tuviese que ver con él.

—¿Cómo estás? —le pregunté seguro de que ya se había enterado de la reunión a la que él no estaba citado.

—¿Cómo estás tú? Eso es lo que me preocupa.

No nos veíamos desde la tarde anterior, cuando mi hija había llegado inesperadamente, y sin darnos tiempo a reaccionar había posado sus maletas a la entrada de casa y se había ido dando un sonoro portazo.

—No he podido dormir en toda la noche —me dijo Román acercándose a mi lado preocupado—. ¿Qué ha dicho tu hija? ¿Cómo está? ¿Has hablado con ella?

—No ha vuelto a casa —le dije aflojándome el cuello de la camisa que parecía querer ahogarme—. Llamó a su madre y le dijo que se quedaba un par de días en casa de una amiga, la he llamado cien veces a su móvil, pero la llame desde donde la llame, cuando me oye cuelga inmediatamente.

—¿Le ha dicho algo a Paloma?

—No, pero claro, ella no entiende por qué Marta viene a casa a pasar unos días y se va con una amiga sin equipaje y sin nada. De todas formas, eso es lo de menos porque a Paloma se lo voy a decir yo.

—¿Decir? ¿Decir el qué? ¿Qué quieres decirle? —dijo levantándose extrañado.

—Todo, yo no puedo seguir así, creo que ha llegado el momento de hablar, de que sepa que no aguanto más viviendo esta comedia, quiero decirle todo, me he cansado de esconderme, de no poder verte, de sentirme un criminal solo por estar contigo. Solo se vive una vez Román, y no pienso desaprovecharla.

Había estado escuchando mis palabras boquiabierto, con los ojos fijos en mí y con evidentes muestras de no poder creer lo que estaba escuchando. Por un instante creí que cuando finalizase mi alegato se fundiría en un abrazo conmigo, que se sentiría feliz de la decisión que acababa de comunicarle, que se alegraría de que hubiese pensado terminar con los temores y las tensiones que estábamos soportando, con la ocultación y el miedo a ser descubiertos; pero lejos de eso, cuando terminé de hablar, frunció las cejas, me miró desconcertado y dando unos pasos hacia atrás, como si instintivamente quisiera poner una distancia mucho mayor entre los dos, me dijo que me había

vuelto loco.

—¡No puedo creer lo que estás diciendo! Te has trastornado, es lo único que me cuadra con tu actitud, lo sucedido ayer con tu hija te ha hecho perder la razón y lo comprendo, no puede ser de otra manera.

No quise que siguiera por aquel camino, sus palabras me estaban haciendo daño, vulneraban la sensación de libertad que yo tenía desde que había tomado la decisión de no esconderme más, de romper con todo lo que hiciera falta, alteraba aquella placidez que me envolvía y que, lejos de lo que él creía entender, me hacía sentir más cuerdo de lo que nunca había estado.

—No se te ocurra hacer eso —insistió—. Lo perderás todo, te arrepentirás. No voy a permitir que hagas lo que yo hice.

—Mi hija ya lo sabe, ¿no? Pues ahora es el momento, prefiero pasarlo todo al mismo tiempo y no ir desvelándolo poco a poco. No puedo seguir así, ¿no lo entiendes? Parece como si a ti te diese lo mismo, como si tú no necesitases romper con todo de una vez.

—¡No es eso! —me dijo levantando la voz—. Te equivocas de nuevo.

La llamada de Raúl en la puerta del despacho nos sacó de la burbuja en la que nos habíamos refugiado como si el resto de los problemas hubieran desaparecido.

—La reunión ha comenzado. El señor Pastrana quiere que acuda cuanto antes.

Se había dirigido a mí como si Román no estuviera en el despacho, y en aquellos momentos lo único que sentí fue el impulso de salir de allí, del despacho, del edificio, de la absurda farsa que lo envolvía todo y dedicarme de una vez por todas a vivir, sin importar lo que el resto del mundo pudiera pensar o decir de mí.

—Vete a esa reunión y no hagas ninguna tontería —me dijo Román como si pudiera leer mis pensamientos—. Ya hablaremos con más calma.

Un tanto contrariado al no haber encontrado en él el apoyo que esperaba, me dirigí a la puerta y justo antes de salir, volvió a insistirme.

—Dime que no vas a hacer nada sin que hablemos del tema, júrame que no vas tomar ninguna determinación antes de que nos veamos otra vez.

—Está bien —le dije, y sin fuerzas para dar ni un paso, arrastré mis pies por el pasillo hacia la sala de juntas en la que todo el equipo directivo esperaba por mí.

Uría daba uno de sus discursos introductorios en el que se podía adivinar sin demasiado esfuerzo una clara campaña “anti—Salgado”. Palabras como “traición”, “decepción” o “confianza violada” estuvieron presentes en más de una ocasión en su extensísimo discurso, seguramente redactado por Pastrana.

Mientras él hablaba, mi mente se iba escapando poco a poco de mi cuerpo, y pese a los esfuerzos que hice por permanecer atento a lo que se estaba diciendo, no pude evitar que, mirando a través de la ventana, mi memoria volase entre los edificios que en el exterior nos rodeaban y que se me antojaron en aquel momento, como cárceles de memorias que, como la mía, tal vez pugnasen por salir de ellos, por volar libres donde nada ni nadie pusiese estúpidos límites.

A pesar de las peticiones de Román, la idea de contar todo lo que me estaba sucediendo, permanecía fija en mi cabeza. Mi hija lo sabía, lo había visto todo, y seguro que no tardaría en contárselo a su madre, por lo que yo estaba convencido de que lo mejor sería hacerlo yo mismo y evitarle a Marta el trance de tener que repetir lo que había presenciado. Al fin y al cabo, la

relación con mi mujer estaba muerta desde hacía tiempo por más que ella intentase negarlo, y tarde o temprano habría que tomar una determinación: si ella estaba dispuesta a seguir viviendo la pantomima de dama de caridad y señora “bien”, yo lo único que quería era mi libertad, no más comedias, para mí había llegado el final de la función, el último acto que pronto dejaría caer el telón sobre lo que había sido mi vida hasta entonces, para dar paso a una nueva forma de afrontarlo todo al lado de Román.

Como una música monocorde e incómoda llegaban hasta mí las palabras de Uría y Pastrana hablando de la nueva política de empresa, de los cambios que no tardarían y de las intenciones de próxima compra sobre otra entidad cuando “el desagradable caso que nos ocupaba” se resolviese.

El nombre de Salgado salió a la palestra en varias ocasiones, para hacerlo evidente responsable de la desafortunada pérdida de los planes que hubieran desembocado en un indudable éxito y afianzamiento en el mercado comercial de “nuestro banco”.

—Eso habrá que demostrarlo —dije sin poder evitar salir en su defensa.

Como movidas por un resorte, un montón de cabezas se giraron hacia mí, era mi momento, había llegado mi oportunidad, la ocasión ideal para hacerles saber que aquella tarde en la que todos creían que Román Salgado estaba entrevistándose clandestinamente con algún miembro del Banco del Sur para pasarle información confidencial, yo había estado con él mucho más cerca de lo que podían imaginar, había sentido a su lado lo que ninguno de ellos lograría sentir nunca al lado de nadie, habíamos estado tan unidos que podía dar fe de que, no solo no había faltado de la casa en toda la tarde, sino de que no se había apartado de mí ni siquiera un centímetro. Iba a cerrar de una vez por todas sus enormes bocas, aquellas que solo sabían lanzar improprios, aquellas que vomitaban acusaciones escudándose únicamente en sospechas infundadas, en pruebas absurdas, en la evidencia de que Román, fuese o no culpable, cuestión que les interesaba bastante poco desentrañar, era una buena cabeza de turco para dejar caer sobre su espalda, aquella espalda que yo había recorrido tantas veces con mi boca, todo el peso de una traición.

—No está probado pero es evidente —dijo Pastrana.

La tensión que se estaba acumulando en mi interior iba como todo últimamente en mi vida, perdiendo ataduras, como una sinfonía que en sus notas fuese alcanzando cada vez mayor intensidad: “in crescendo”. La imagen de mi hija en la entrada de la casa viéndonos a Román y a mí en una actitud que no dejaba lugar a la menor duda; las lágrimas de Paloma que, histérica, se preguntaba lo que habría pasado para que Marta se hubiera ido de aquel modo; el sentimiento de culpabilidad de Román por haberse dejado llevar de su deseo —de nuestro deseo— en mi casa; y mi propia confusión ante todo lo que me estaba ocurriendo, desfilaron ante mí como verdugos hirientes, como máscaras burlonas que solo querían torturarme.

No podía seguir así, mi única solución era hablar, cerrar los ojos a cuanto pudiera pasar y contarle todo para terminar de una vez con aquel teatro absurdo en que se había convertido mi vida.

—¿Acaso tú puedes aportar alguna prueba de su inocencia? —dijo desafiante Pastrana que parecía querer devorarme con su mirada de ave rapaz.

Hablar o callarme para siempre, era mi elección, era el momento de decidir lo que podía ser mi vida a partir de entonces.

Sentí latir mi corazón en cada poro de mi piel, era como si por fin se hubiera desbordado tomando posesión de todo mi cuerpo latiendo más fuerte para demostrar su presencia en otros

lugares donde antes nunca había dominado.

Nadie decía nada. Uría sostenía los manoseados folios de su discurso entre los dedos temblorosos, tal vez por la edad o por el nerviosismo que había generado mi insinuación, con la que no contaba.

Pastrana no apartaba los ojos de mí, esperando una respuesta a algo que ya nadie se cuestionaba, para todos ellos la culpabilidad de Salgado se daba por hecha y era un enorme fastidio que yo me atreviese a cuestionarla.

—¿Sabes algo que nosotros no sepamos? —dijo Llamas, que tantas veces había bromeado conmigo respecto a Román y su homosexualidad—. Indudablemente tú estás más unido a él que nosotros... ¿Quieres decir algo?

La pregunta quedó en el aire esperando ser recogida por mí, en mi mano estaba aclarar la situación de Román complicando la mía para siempre o dejar que todos continuaran adjudicándole el papel de chivo expiatorio.

18

La casa estaba en silencio cuando llegué. Colgué la americana en la percha de la entrada, me quité los zapatos y me dirigí hacia el pasillo para ver si había alguien.

Chimo no estaba en su cuarto, tampoco había señales de que Marta hubiera regresado, y de camino a la habitación escuché el ruido de la ducha en el cuarto de baño. Hubiera preferido estar un rato solo, no tenía ganas de discutir con Paloma, y era evidente que habría que hacerlo, estaba muy tensa desde que Marta había salido huyendo de casa, yo no sabía lo que habrían hablado, qué razones le había dado mi hija para justificar su actuación o qué podía estar imaginando ella, pero estaba claro que íbamos a discutir y me encontraba tan agotado en aquellos momentos que me pareció que lo mejor era irme de allí antes de que me viese, habría días mejores para discutir, quería estar más preparado para rebatir sus argumentos, más mentalizado para hacerle comprender los míos, y sobre todo, menos presionado por la circunstancia que acababa de vivir en la reunión del banco y que martilleaba mi cabeza como si quisiese taladrarla sin piedad.

Me disponía a salir de la habitación procurando hacer el menor ruido posible, la puerta del cuarto de baño estaba entreabierta y tal vez el ruido del agua amortiguara mis pasos huyendo hacia la salida, pero justo en ese instante, Paloma cerró el grifo, el silencio se hizo de una manera tan repentina que el simple apoyo de mis pies en el suelo de madera debió de resonar en sus oídos como un eco.

—¿Nacho? ¿Estás ahí?

Ya no había remedio, un segundo antes hubiera estado salvado, pero de repente, un simple segundo podía variar de forma rotunda la marcha de los hechos.

—Sí, estoy aquí.

—Ven, corre, te estaba esperando —me dijo sin salir del baño.

Su tono no parecía revelar ningún enfado, y su insistencia en que me acercase más bien dejaba entrever una extraña alegría no muy frecuente en ella.

—Entra Nacho, entra...

Abrí la puerta del cuarto de baño y la encontré tumbada en la bañera. La escasa cantidad de agua que cubría el fondo no cubría su cuerpo desnudo con el que ella quería provocarme mientras observaba mi reacción.

—Mejor te veo luego —le dije dispuesto a salir de allí.

—¡Que te quedas! —dijo casi en un grito desesperado—. ¡Que no te muevas de ahí, joder!

Aquella voz pastosa, la risa incontrolada que no concordaba con sus expresiones, y el brillo especial en sus ojos, me hicieron mirar alrededor para descubrir la botella de whisky que reposaba en el lavabo, junto a un vaso y el precinto que sin duda acababa de quitarle. No faltaba demasiado, había más de media botella, pero Paloma no bebía nunca y aquella cantidad era suficiente para que se encontrase en el estado que estaba.

—Vamos, mírame —dijo tratando de provocarme.

—Tienes que salir de ahí, no estás bien.

—¡Que me mires de una vez!

Colocó cada una de sus piernas en los laterales de la bañera, y permaneció semitumbada desempeñando un papel que yo no quería presenciar.

Me parecía lamentable lo que estaba haciendo, lejos de despertar en mí la excitación que ella pretendía, estaba sintiendo una especie de lástima interior que me obligaba a irme de allí, a no mirarla, a querer escapar de una situación en la que no me quería encontrar.

—¡No apartes la vista de mí! ¿Me oyes?

—Vamos, sal de la bañera, no estás en condiciones.

Traté de ayudarle a salir, pero se negaba, se revolvía en el agua entre risa y llanto que entremezclaba de manera indiscriminada. Su cuerpo mojado resbalaba entre mis manos y temí que al final nos cayésemos los dos.

Cuando por fin, conseguí sacarla del agua y envolverla en una toalla, fui a la habitación y abrí la cama para que se tumbase en ella, era lo más prudente dado su estado, pero ella seguía con su fantasía de hacer lo que fuese para llamar mi atención.

—¿Te ha gustado, mi amor?

—Mucho —le dije—, pero ahora tienes que acostarte.

—Sí, contigo.

Buscó mi boca, trató de repartir caricias que yo esquivaba.

—¿Pero esto qué es? —dijo al no encontrarme receptivo—. Entonces... da igual, todo da igual... Ya no sé qué tengo que hacer... ¡Dime tú qué tengo que hacer! ¡Dímelo, dímelo!

Perdiendo por completo el control empezó a golpearme en el pecho con los puños cerrados, acompañando sus gestos de un llanto desesperado que no sabía cómo aplacar.

Sujetándola como pude traté de calmarla, pero no se me ocurría qué decirle. Llovían sobre mí sus golpes ya sin fuerza, y entre uno y otro trataba de alcanzar mi boca con la suya hasta que poco a poco se fue quedando rendida y de la furia que la había embargado segundos antes, solo quedaron lágrimas angustiadas discurriendo por su cara.

Permitió que la tumbase en la cama y la cubriese con una manta. Temblaba no sé si de frío o de pena, pero ante la duda, como lo segundo no era capaz de aliviarlo, puse sobre ella una colcha, y una capa más de culpabilidad sobre mi maltrecha conciencia.

—No me dejes sola —dijo entre sollozos.

—No te preocupes, estoy aquí.

Y sentado a su lado en la cama, sin soltar la mano que ella me aferraba con desesperación, permanecimos los dos en aquella penumbra que lo único que hizo fue dejar más al descubierto el abismo que nos separaba.

—Hay otra mujer, ¿verdad Nacho?

—Ya te he dicho que no.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Qué vio Marta aquí? ¿Por qué no quiere volver a casa?

La mención a mi hija me hizo estremecer, no había logrado hablar con ella, no querían decirme en casa de qué amiga estaba, y yo sentía una mezcla de temor y necesidad de verla, de explicarle, de hacerle comprender. Pero ¿qué se le puede hacer comprender a una chiquilla después de ver la escena que ella había visto? ¿Qué podía esperar de mi hija? ¿Que entendiese? ¿Que me apoyase? ¿Que aplaudiese mi actitud? Eso era imposible, yo lo sabía, y por eso, a pesar de las ganas que tenía de verla, no sabía cómo enfrentar la situación, cómo poner orden en aquella vida que parecía irse desmoronando a mi alrededor, como si al fallar las bases de mi existencia, todo lo demás, hubiese ido detrás, cayendo poco a poco, derrumbándose a mis pies para dejarme solo y confuso en medio de la nada.

Solo había un par de ideas que tenía muy claras: la primera era que no quería perder a Román, al margen de las sensaciones físicas que yo pudiera haber experimentado a su lado, estaba el sentimiento que había hecho nacer en mí, nada parecido a lo que había sentido antes de él, algo tan especial, tan mío, tan único, que si lo perdía, el resto de mi vida no tendría el mismo sentido; y la segunda idea que se mantenía clara en mi mente era no hacer daño a mis hijos, cosa bastante difícil y tal vez ya inevitable después de lo sucedido con Marta.

—¡Contéstame, Nacho! ¿Qué pasó con Marta? ¿Qué te está pasando? No eres el mismo, y no me digas que es el trabajo, porque otras veces has tenido problemas en el trabajo y no has estado así, esto es diferente...

Se incorporó un poco en la cama, a pesar de que me hablaba con decisión, se la veía cansada, abatida. Por un momento, todo el huracán de genio y soltura que era su personalidad, parecía mermado, era como si despojada de su envoltura de apariencia, aquella apariencia que tan importante era para ella, hubiese quedado solo un pequeño cuerpo, unos ojos hundidos en la cara, una voz que reclamaba de mí una explicación que yo me atrevía a darle.

Era el momento, tenía que decírselo, tenía que ser honesto con ella y conmigo mismo; empezar a poner orden en mi vida por algún sitio, y aclarar la situación de mi matrimonio, podía ser un buen principio. No tenía por qué ser tan complicado, cientos, miles de parejas se separan cada día y por eso no se les cae el mundo encima, se trataba de afrontar las cosas, mirar de cara la realidad, pero yo no sabía cómo hacerlo sin herirla, tal vez sin herirme a mí mismo.

Mucho más valiente que yo, Paloma encendió la luz de la habitación y cogiendo mi cara entre sus manos, me preguntó muy seria:

—Nachó, dime la verdad. ¿Tú me quieres?

No pude sostener su mirada, bajé los ojos, no sabía qué hacer, o qué decir. Estaba tan decaída, se la veía tan débil, tan deprimida...

Recordé el momento de tensión máxima que había vivido en el banco, cuando en plena reunión quise defender a Román y todos se volvieron a mirarme para que les explicase qué pruebas tenía de que aquella tarde él no había estado vendiendo información confidencial en el Banco del Sur.

Pude haber dicho la verdad, pude hablar a pesar de las consecuencias que me hubiera traído, y como un miserable me callé, me pudo el miedo, no fui capaz de abrir la boca, y continué la reunión escuchando cómo confabulaban contra Román, cómo lo dejaban a un lado, cómo pretendían ocultarle información y hacerle la vida imposible.

Delante de Paloma tuve la misma sensación, ella reclamaba la verdad, y yo bajaba los ojos sin ser capaz de decírsela. ¿Qué clase de persona era yo? ¿Qué pretendía hacer de mi vida?

—Nachó, mírame, te he hecho una pregunta. Necesito saber si todavía me quieres.

Las lágrimas de Paloma, escurriendo por su cara, aquellas lágrimas marrones que brotaban entre la pintura de sus ojos, siempre tan bien maquillados y entonces convertidos en una máscara burlona, me hicieron comprender que había llegado el momento, era entonces o nunca, era Román o nada, y esta alternativa me producía tanto daño que preferí responder.

—Paloma... yo... claro que te quiero, eres la madre de mis hijos, llevamos casados...

—Sabes bien lo que te estoy preguntando. ¿Estás enamorado de mí?

Me hubiese gustado evaporarme para siempre, convertirme en algo etéreo que me permitiese salir de aquel cuarto que se parecía cada vez más a una celda, pero mi cuerpo se obstinaba en permanecer tangible, real y lastrado por el peso de mi propia cobardía.

—Creo... creo que no —le dije sosteniendo su mirada.

No se sorprendió, y mientras seguía con aquel silencioso llanto, me soltó la cara y yo aproveché para levantarme de la cama en la que había estado sentado a su lado.

—Hay otra persona, ¿no?

—Sí —respondí ya sin mirarla, de pie en medio de la habitación, sin saber dónde ponerme ni qué hacer.

—Lo sabía —dijo—, no podía ser otra cosa, y mira que te lo he preguntado veces...

No pude explicarle que siempre me había preguntado si había *otra mujer* y por eso se lo había negado, pero no podía seguir haciéndolo porque en aquella ocasión, me había preguntado si había otra persona.

—¿Quieres que nos separemos? —preguntó, aparentemente calmada.

—Será lo mejor —contesté.

Sin decir ni una palabra más, se puso una bata y se levantó de la cama para encerrarse en el cuarto de baño.

—Lo siento, Paloma —acerté a decir antes de que cerrase la puerta.

Y era verdad que lo sentía, sentía hacerle daño, sentía la situación a la que estaba sometiendo a toda mi familia, sentía el vuelco que estaba dando mi vida y sentía una enorme culpabilidad por todo ello. Pero entre todas las imágenes que golpeaban mi cabeza, solo podía distinguir con nitidez la de Román, lo necesitaba tanto en aquellos momentos que, como si fuese lo último que me quedase por hacer en la vida, salí de casa y volé a la suya, sin importarme lo más mínimo los consejos que él me había dado.

19

Recé a un Dios en el que jamás había creído para que Román estuviese en casa. Mientras iba en el coche imploraba a no sabía quién para que se encontrase solo, para que no estuviese con Figueras o con alguna otra persona que impidiese lo que yo necesitaba: estar simplemente a su lado, refugiarme en él, sentirlo cerca de mí, saber que me necesitaba tanto como yo le necesitaba a él.

No sé lo que tardé en llegar porque había un tráfico exagerado o al menos a mí me lo parecía, era como si el día se empeñase en llevarme la contraria. Los semáforos estaban rojos, el coche que iba delante de mí respetaba escrupulosamente todos los pasos de peatones hasta que el último de ellos terminaba de cruzar, se atravesó un autobús que no arrancó hasta que todos los niños que regresaban del colegio estuvieron en manos de sus respectivos padres... Un sinfín de situaciones lógicas y completamente normales que en aquel momento me parecieron inconvenientes puestos a propósito para que todo estuviese en mi contra, y que no hicieron sino aumentar mi ansiedad, que a pesar de que trataba de controlar respirando hondo y relajando los músculos, me había desbordado de tal manera que el reducido espacio del interior del coche, era demasiado poco para contenerla.

Recordé a Paloma, sentí el daño que sin duda le habían causado mis palabras, pero me sentí orgulloso de haber dado un pequeño paso. Después de la insatisfacción que me había generado mi cobardía en la reunión del banco, haberle dicho a Paloma la verdad, o al menos, parte de la verdad, me devolvía un resquicio de mi denostada autoestima.

Supuse que madre e hija hablarían y entonces, mi mujer terminaría de casar todas las piezas. Seguramente que para aquellas alturas, Paloma ya sabía que la persona que yo había mencionado era un hombre, era Román Salgado, sin duda algo incomprensible para ellas, y no me extrañaba pues era también algo muy difícil de asimilar por mí.

Me faltaba hablar con mi hijo, no sabía cómo podría reaccionar, lo sentía tan alejado de mí que no era capaz de imaginar sus sentimientos o su forma de encajar situaciones similares, pero ya estaba el primer paso dado y después de haberle dicho a Paloma que lo mejor era separarnos, no había vuelta atrás, eso estaba claro, y aunque me producía cierta desazón, como todo lo desconocido, también me proporcionaba una sensación de calma, como si estuviese, poco a poco, soltando el lastre que la mentira me había estado produciendo aquel tiempo.

Cuando llegué a casa de Román iba más calmado, incluso pensé que me había precipitado un poco en presentarme así, sin tener en cuenta que tal vez al hacerlo estuviese poniendo en peligro su situación, complicando sus numerosos problemas o alterando la tarde que él tuviese dedicada a repasar datos para cuando fuese el juicio.

Tal vez no le gustase verme allí, quizás se enfadase conmigo o no me recibiese con demasiado agrado, él siempre estaba o parecía estar tranquilo, y yo me sentía algo menos tenso que al salir de casa, pero todavía muy nervioso por la situación que acababa de vivir con Paloma.

Encontré la puerta de abajo abierta y subí hasta el décimo piso haciendo conjeturas y preguntándome dónde había tenido yo guardado durante cuarenta y cinco años todo aquel torrente de sentimientos que ni siquiera hubiera imaginado llegar algún día a sentir.

Abrazarme a él y sentir que el resto del mundo desaparecía fue todo uno. Fue su presencia, su

olor llenando mis pulmones, sus brazos en mi cuello, mis manos resbalando por aquella cabeza que mantenía siempre perfectamente afeitada... fue él, y con eso queda dicho todo.

—Sé que no debería estar aquí —le susurré a modo de disculpa.

—Siempre deberías estar aquí —me dijo—, siempre...

Más tranquilo al ver que lejos de contrariarle, él también agradecía mi presencia, solo deseaba contarle mi conversación con Paloma, quería que supiera que lo había hecho por él, que estaba dispuesto a lo que fuese, que había empezado a romper las cadenas que me separaban de su lado, que me mantenían en otra vida no merecedora de tal nombre si significaba no tenerlo conmigo.

—He hablado con mi mujer —le dije cuando estábamos sentados en el sofá del salón, sin soltarle la mano ni un momento.

Me miró reflejando un temor brillando en sus ojos.

—¿Qué has hecho, Nacho? ¿Qué has hecho?

—No podía seguir así, se pasa el tiempo intentando provocarme, excitarme, reclamando mi atención y yo no puedo, no siento nada con ella, no soy capaz de continuar esta comedia por más tiempo...

—¿Pero qué le has dicho?

Román se levantó del sofá y empezó a dar vueltas por la habitación, llevándose las manos a la frente, cerrando los ojos como si no pudiese creer lo que me estaba escuchando decir, mirándome mientras yo hablaba sacando de mí lo que necesitaba que él escuchase, para al mismo tiempo escucharme yo mismo.

—Me preguntó si la quiero y le dije que no. ¿Qué puedo hacer? Dime. Mira Román, cuando todo esto empezó yo necesitaba alejar de alguna manera cualquier duda de las muchas que me surgían sobre mí mismo, y lo hacía con ella, incluso la utilicé para demostrarme que seguía sintiendo lo mismo con una mujer, pero ya no puedo engañarme por más tiempo, si soy homosexual tendré que aceptarlo cuanto antes. A mí esto no me había pasado nunca, yo jamás he sentido esto por nadie Román, no estoy bromeando.

—Pero Nacho... —dijo acercándose de nuevo al sofá y abrazándome muy fuerte.

—Que esto no es una broma —le dije—, que a mí me está costando un esfuerzo enorme darme cuenta de que estoy aquí, abrazado al director del Banco Pelayo, dispuesto a dejarlo todo por él. ¡Vamos, Román! Que esto es serio, joder, que eres un tío y yo no he tenido nada que ver con tíos en mi vida. Y mírame... muriéndome por estar a tu lado, dándome igual ya lo que soy o lo que no, que me da lo mismo, te lo juro, que me da lo mismo, que lo único que quiero es estar contigo...

Enfadado conmigo mismo le vi sonreír, mientras cogía mis manos y las llevaba a su boca para llenarlas de besos y pasar de la sonrisa hasta casi la carcajada.

—¡Que no te rías hombre! —dije un tanto contrariado—. Que no tiene gracia. Mi cabeza tiene dentro tal guerra de ideas que está a punto de explotar.

Se sentó a mi lado y me hizo apoyar la cabeza en su pecho. Mientras acariciaba mi pelo, le escuchaba hablar, sintiéndome un chiquillo, un adolescente desesperado ante su primer amor.

—Nachó, escúchame un momento.

Su mano seguía recorriendo mi cabeza, mis brazos rodeaban su cintura. No le veía, pero le escuchaba muy cerca, y aquellas palabras tan pausadas eran lo único que lograba calmar un poco mi angustia.

—Lo que está pasando no significa que dentro de ti haya cambiado nada. Hay veces en la vida que uno descubre cosas que no conocía, y eso no quiere decir que ya no le guste lo demás, o que no existan otras posibilidades en el mundo. Que esta sea tu primera experiencia con otro hombre, no quiere decir que te hayan dejado de gustar las mujeres. Ya puedes irte borrando todas esas tonterías de la cabeza y dejar de torturarte con ellas.

No sé si al ver el desasosiego que tenía quiso tratar de calmarme convenciéndome de algo que yo no tenía nada claro, el hecho fue que sin comprender muy bien lo que me había dicho, su voz, sus caricias o sus palabras me hicieron sentir mejor.

—¿A ti te gustan las mujeres también? —le pregunté sintiendo una punzada de celos que jamás había sentido antes.

—No, a mí no, porque yo soy homosexual, siempre lo he sido y siempre lo seré, pero dime, ¿a ti te gustan los hombres?

—A mí me gustas tú —fue lo único que acerté a decir, aunque al escuchar esas palabras saliendo de mi boca dirigidas a un hombre, chocasen contra lo que habían sido años de educación y de mentalidad ciegamente contraria a lo que estaba sintiendo.

—Esto le puede pasar a cualquiera Nacho, no te obsesiones.

—Sí, le puede pasar a cualquiera... pero me está pasando a mí. Y lo sorprendente es que está dejando de preocuparme —le dije incorporándome para mirarle a los ojos— que estoy bien contigo, que ya no quiero estar con nadie más.

—Yo también te quiero —dijo justo antes de que me lanzase a su boca para, cerrando mis ojos, atrapar cada una de las sensaciones nuevas y diferentes que me sorprendían cuando lo besaba.

El móvil sonó en el bolsillo de mi pantalón, pero no le hice caso. Había olvidado desconectarlo y no iba a permitir que nada ni nadie arruinase lo que estaba viviendo en aquellos momentos.

—Cógelo —me dijo Román separándose un segundo de mí.

No hice caso a lo que me decía, y para impedir que siguiese hablando lo apreté con más fuerza contra mí.

—Cógelo, Nacho, puede pasar algo —repitió inmune a mis intentos de que se olvidase del teléfono.

—Es Chimo —respondí al coger el móvil ante su insistencia.

Y la voz de mi hijo me llegó aterrada desde el otro lado del aparato, devolviéndome al mundo en el que todo eran problemas, en el que la vida me ahogaba enroscándose en mi cuello, obstinada en no dejarme respirar.

—¡Ven corriendo, papá! Que a mamá se la lleva una ambulancia...

—¿Qué ha pasado, hijo? ¿Qué le ha pasado?

—¡No sé, papá! Pero ven, que se ha tomado pastillas o algo... no lo sé, se la llevan al hospital, vete para allá... tú vete ya...

Román, que había escuchado la brevísima conversación con mi hijo, reaccionó rápidamente, y mientras yo me dejaba caer abatido en el sofá, lamentándome por todo lo que estaba pasando, él se puso una chaqueta y tiró de mi brazo para arrastrarme fuera de su casa.

—¡Vámonos! Deja de quejarte, con eso no se va a arreglar nada. ¡Vamos, Nacho! Hay que llegar cuanto antes...

Fuimos en mi coche pero Román no me dejó conducir porque me encontraba demasiado nervioso. La asustada voz de mi hijo y sus ruegos de que me presentase cuanto antes, me habían hecho sentir una mezcla de autocompasión y culpabilidad. Me daba pena de mí mismo porque nada me salía como yo quería, y al mismo tiempo me sentía culpable porque me había ido de casa huyendo de mis problemas, sabiendo que Paloma no reaccionaba bien ante los inconvenientes, sabiendo que su forma de actuar era haciéndolo todo de manera tremendista y exagerada. Así, Chimo había tenido que enfrentar la situación él solo, una situación que yo había iniciado y que solo a mí me hubiera tocado resolver.

Mi coche volaba por las calles tratando de alcanzar lo antes posible la circunvalación que nos llevaría al hospital evitando el centro de la ciudad y todo el tráfico que invariablemente lo invadía, pero yo tenía la sensación de que cada vez nos íbamos alejando más, de que cuanto más tiempo pasaba, más nos faltaba para llegar.

No decía nada, no sabía lo que decir, simplemente me pasaba la mano por la frente una y otra vez, sudando, sintiendo la respiración entrecortada, incapaz de expandir los pulmones. Román puso una mano en mi pierna y trató de calmarme:

—Ya llegamos, tranquilo.

—¿Y si se muere? —acerté a decirle expresando en aquella simple pregunta todos los temores que tenía dentro, todo el sentimiento de culpabilidad que ya notaba sobre mí, cayendo a plomo en mi conciencia.

—No se va a morir, ya lo verás. Estoy seguro de que lo único que ha querido ha sido llamar tu atención, hacerte cambiar de idea, meterte un poco de miedo.

—Ojalá no te equivoques, no podría mirar a mis hijos a la cara si a su madre le ocurriese algo así.

Al escucharme decir aquello, me di cuenta de que, egoístamente, lo que más me preocupaba era que mis hijos me echasen en cara que su madre hubiese muerto por culpa mía, mucho más que la muerte misma de Paloma.

—Ya verás como tengo razón —dijo Román cogiéndome un segundo la mano mientras controlaba el volante con la otra—, pero estate preparado, tratará de recuperarte como sea.

—Eso no lo va a conseguir nunca, no voy a admitir ni uno más de sus chantajes, ni uno.

No dije más, porque me sentía avergonzado hasta de pensar de semejante manera si tal vez ya era tarde, si tal vez, cuando entrásemos en el hospital nos saliera a recibir un médico y nos dijese que habían tratado de hacer todo lo posible por ella pero que, finalmente, había muerto.

El sonido de una ambulancia me hizo abrir los ojos para darme cuenta de que ya estábamos en el aparcamiento del hospital.

—Nacho, me gustaría estar a tu lado, pero no sé si prefieres estar solo, tal vez tu hija esté ahí y no quieras...

—Quiero que estés conmigo, por favor. Si no vienes no sé si seré capaz de entrar.

No me sentía con fuerzas, si Román no estaba conmigo no me veía capaz de asumir lo que hubiera ocurrido, no sabía lo que iba a encontrarme allí dentro, tal vez estuvieran mis suegros, mis cuñados... No tenía fuerza para ponerme delante de ellos y que todos me acusasen con sus miradas, con sus palabras o con sus silencios. Necesitaba a Román a mi lado y el resto del mundo me daba igual.

Nos dirigimos a la recepción del área de Urgencias y de inmediato nos indicaron el box en el que estaba Paloma. Y lo primero que pensé fue “entonces, no se ha muerto”.

Al fondo de un ancho pasillo, vi a mi hijo y en el mismo momento en el que él nos vio, echó a correr hacia mí. Creo que hacía años que no nos dábamos un abrazo tan fuerte.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Román porque yo sentía una soga en la garganta que me impedía hablar.

—Mejor, un poco “chungu” todavía, pero mejor.

Chimo y yo entramos en el box, y Román se quedó discretamente fuera, aunque yo no cerré la cortina del todo para seguirlo sintiendo cerca.

—Paloma, ¿cómo estás? —le dije al verla tendida en la camilla y con los ojos cerrados.

Una botella de suero estaba conectada a su brazo, ella permanecía muy quieta, como dormida.

Según me escuchó, abrió mucho los ojos y enseguida empezó a llorar.

—Nacho. ¡Has venido!

—Claro, mujer. ¿Cómo no iba a venir?

—Entonces, me quieres, eso es que me quieres.

Y me cogió la mano muy fuerte, apretándola contra su pecho y besándola de vez en cuando.

—Bueno... yo me salgo —dijo Chimo dejándonos solos a los dos en aquel reducido habitáculo que encerraba el vacío mayor que puede haber entre dos personas.

Al salir mi hijo, vi a Román fuera, mirándome mientras Paloma trataba de atraer mi cara hacia la suya, sin dejar de llorar, sin dejar de preguntarme continuamente si la quería.

—Lo importante ahora es que te pongas bien, que te recuperes.

—¡Dime que no vas a dejarme, Nacho! ¡Dímelo, por Dios!

No podía soltarme de ella, no era capaz de apartarla de mí, me apretaba el cuello de tal forma que pensé que me iba a ahogar, no sé si eran sus brazos o sus palabras las que me producían más sensación de agobio.

Yo continuaba mirando hacia el otro lado de la cortina que, a modo de puerta, nos separaba del pasillo, y por el pequeño espacio que había quedado abierto, vi la cara de Román tan sumamente entristecida como no la había visto jamás, con una especie de rictus de dolor que yo no conocía en él. Miré un momento a Paloma, no podía dejarla sola en aquel estado, se había puesto tan agitada que temí que se arrancase el suero que tenía conectado al brazo. Traté inútilmente de calmarla, pero no me escuchaba, continuaba ofuscada en repetir la misma frase una y otra vez, mientras lloraba y me apretaba la mano tan fuerte que me hacía daño.

—¡Dime que no me vas a dejar! ¡Nacho por Dios, que soy capaz de lo que sea!

Miré de nuevo hacia fuera, pero esta vez, Román no estaba.

Sin él allí me sentía perdido, era como si de repente el mundo se hubiese desplomado a mis pies, no podía hacer caso de lo que me decía Paloma, ya ni la escuchaba, sin Román allí no tenía sentido aquel sainete teatral en el que me sentía inmerso.

Como pude me zafé de sus manos y salí del box encontrándome a mi hijo de frente.

—Chimo, entra con tu madre. ¿Dónde está Román?

—Dijo que se iba, que ya nos llamaría.

Miré a un lado y a otro del pasillo, y me dirigí a toda prisa a la salida. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, me detuve en seco al encontrarme de frente con Marta.

Mi hija se me quedó mirando pues seguramente tampoco esperaba encontrarme saliendo del

hospital a toda prisa.

—¡Marta! Estate tranquila, tu madre está bien. ¿Cómo estás tú, hija?

Hice además de acercarme a ella, tenía tantas ganas de verla, de abrazarla, de saber cómo se encontraba, que mi movimiento de ir a cogerla por el hombro fue instintivo, provocando en ella una rápida reacción de rechazo.

—¡No me toques! ¿Cómo te atreves a presentarte aquí con él? ¿Pero cómo te atreves?

Evidentemente, Román y Marta se habían cruzado en la misma puerta de Urgencias, y mi hija me hablaba con tal ira, con tal desprecio que lo único que se me ocurrió fue tratar de que se calmase.

—Tranquila hija, sé que tenemos que hablar, sé que tengo que explicarte...

—Nunca. ¿Me oyes? Nunca vuelvas a hablarme. Nunca más.

—Pero Marta...

—¡Cerdo!

Y el insulto que le brotó de lo más profundo de su alma, se clavó en la mía como si en aquella única palabra, hubiese disparado sobre mí el pesadísimo dardo de su odio.

El aire de la noche era frío, y lo agradecí, me sirvió para darme cuenta de que no estaba teniendo una horrible pesadilla, todo cuanto me estaba sucediendo era real, era la cruda realidad que insistía en asfixiarme por veinte sitios a la vez.

Caminé alrededor del hospital, mi coche seguía en el aparcamiento, así que fui hasta la parada de taxis más cercana, miré en la cafetería y en la parada de autobuses, pero Román no estaba. Llamé a su móvil cien veces: apagado o fuera de cobertura. Dejé mil mensajes de voz y otros tantos escritos, ninguno de ellos tuvo respuesta.

Cuando le dieron el alta a Paloma ya era bien entrada la madrugada. Nos fuimos los cuatro para casa, y apenas llegamos, mi mujer, mucho más recuperada de lo que se podía esperar para la cantidad de pastillas que decía haber tomado, nos reunió en el salón de casa y dándole a la escena un aire de solemnidad que solo ella sabía lograr, se dirigió a mí:

—Nacho, quiero que delante de tus hijos me prometas que me has perdonado el error que he cometido hoy, y que a partir de ahora vamos a estar mucho más unidos. Que todas las parejas tienen crisis pero esto no va a afectar a nuestra familia ni te vas a separar nunca de nosotros.

—Pues...

Yo no sabía qué decir, estaba muy aturdido, no me parecía que fuese el momento de hacer aquel tipo de declaración de intenciones. Marta ni siquiera nos miraba, y Chimo bostezaba mientras su madre me contemplaba con la mirada brillante y tan pletórica como si fuese el día de nuestra boda.

—Di que sí, mi amor, díselo a ellos para que estén tranquilos.

—Claro —contesté.

—¿A que nunca te vas a ir de aquí? ¿A que nunca te vas a separar de mí?

—Nunca —dije con la misma ilusión que si estuviese firmando mi sentencia de muerte.

20

—Buenos días, Coronado. ¿Te has enterado de las novedades?

Llamar subía conmigo en el ascensor, parecía estar más al tanto que yo de algunos temas, y no me resultaba extraño, últimamente tenía la sensación de que me enteraba de todo mucho más tarde que los demás, era como si flotase en otra galaxia, como si tantos problemas hubiesen bloqueado mi atención y no me permitieran centrarme en ninguno de ellos.

—No, no sé nada. ¿Qué ha pasado?

—Lo de Salgado, hombre, parece que Ángel, el del aparcamiento, tiene mucho que contar, lo pone en el periódico, por lo visto fue a la policía para decir que cuando salió el coche de Salgado del aparcamiento el día del jaleo, él no estaba en su puesto. ¡Pobre imbécil! No veo qué va a poder cambiar con decir eso... Querrá sus cinco minutos de gloria...

Habíamos llegado al piso en el que estaban nuestros respectivos despachos y recorrimos juntos la parte de pasillo que teníamos en común hasta llegar al mío, que estaba antes. Nada más quedarme solo cerré la puerta y marqué el número de Román, pero por toda contestación recibí el mensaje de que el móvil estaba apagado. Marqué el número interno de su despacho, pero lo cogió Raúl.

—Está reunido con el abogado. No puedo pasarle, ha pedido que no se le interrumpa.

Me dieron ganas de decirle que conmigo no hacían falta esas precauciones, que yo no iba a interrumpirle, que seguro que estaba deseando verme... pero conteniendo mis palabras, colgué el teléfono y traté de centrarme en el montón de papeles que se estaban acumulando en mi mesa con el paso de los días sin que eso despertase en mí el menor interés, los iba repasando uno a uno y sin enterarme de lo que decía en ninguno de ellos, los volvía a poner donde estaban.

Encendí el ordenador, el correo estaba lleno de mensajes sin responder, muchos de ellos sin leer siquiera. No podía hacer nada, no podía concentrarme en ningún tema. Me sentía perdido, anulado, una colilla tirada en la calle, un ser solo y vacío, sin sentido, sin orientación, sin nada que hacer ni que decir, con una sola palabra ocupando mi mente, con un solo nombre llenándolo todo, con una sola persona en mi cabeza: Román, Román, Román.

Simplemente Román, y el resto del mundo no existía para mí.

¿Qué clase de persona era yo? ¿Qué clase de padre? ¿Qué clase de hombre?

¿En qué basura me había convertido? Una vez él me había preguntado qué había podido darle yo para que sintiese conmigo lo que no había sentido con nadie, y en aquel momento era yo el que me hacía la misma pregunta. ¿Qué me había dado? ¿Qué me había hecho? ¿Qué hacía yo allí perdido en mi despacho? Aquel lugar en el que había trabajado de verdad, en el que había luchado por mi puesto, en el que había defendido los intereses del banco a capa y espada, en el que me había ganado el sueldo de cada mes y que de repente... podía hundirse sin importarme.

—Señor Coronado... sigue reunido... Pero ¿dónde va? Espere un momento, es que don Román ha dicho que...

Ni Raúl ni un ejército de “raúles” hubieran podido detenerme. Sin llamar siquiera entré en el despacho de Román y lo encontré en la mesa de reuniones con Figueras y un montón de papeles distribuidos en la mesa.

El abogado me miró sorprendido, Román preocupado. Debí de leer en mi cara que no podía

más, que era lo que había conseguido por haberse empeñado en no contestar mis llamadas ni mis mensajes.

—Seguiremos luego —le dijo a Figueras sin perder lo más mínimo su habitual aplomo.

—Pero esto es urgente... hay que prepararlo porque...

—Yo te llamo luego, ¿de acuerdo?

No sé lo que Figueras pudo pensar, pero tampoco me importa demasiado. Román no le dio más explicaciones y yo continuaba allí parado sin pronunciar ni una palabra siquiera.

—Está bien, está bien. Os dejo. Hasta luego, Ignacio —dijo al pasar por mi lado.

No le contesté. No le vi siquiera. Solo escuché la puerta cerrarse detrás de él, y mi mano buscando el cerrojo, sin mirar, sin apartar los ojos de Román que se había puesto de pie y continuaba en silencio.

—¿Por qué te fuiste anoche así del hospital? No me avisaste, no me dijiste nada —le pregunté tratando de entender el porqué de aquella extraña frialdad en su actitud.

Me fui acercando a él, obsesionado con la pregunta que le repetía continuamente y él se empeñaba en no responderme.

Cogí su cara con mis manos, pero se apartó.

—Salí a buscarte y ya no estabas, te llamé al móvil y no me respondiste; hoy llevo llamándote desde primera hora y lo tienes apagado... ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que pasa?

Busqué una respuesta en sus ojos, pero seguía impasible, como si no fuese con él nada de lo que le estaba diciendo.

—¿Qué te pasa? Solo quiero estar a tu lado y no me dejas acercarme —dije sin entender ni su cambio de actitud ni aquel silencio pertinaz que me estaba descolocando.

Cogí sus manos y las coloqué sobre mis hombros para sentir cerca su fuerza habitual, pero las dejó allí puestas como si fuesen las manos de un muerto, las frías y rígidas manos de un cadáver.

—No pasa nada —dijo apartándose de mí, dándome la espalda para mirar por la ventana, como si lo que había al otro lado de la cristalera le interesase mucho más que lo que yo le estaba diciendo.

La sombra de la duda me nubló la mente. No le reconocía. Era consciente de que la presión a la que estaba sometido iba en aumento, pero desde que había estallado el tema de la filtración se había mostrado fuerte hasta el punto de ser él quien me había dado ánimo a mí.

Me separé despacio, lo solté, era inútil seguir insistiendo. Román trataba de que me convenciese yo solo de algo que su boca no era capaz de pronunciar. No podía creerlo, lo tenía delante de mí, el mismo Román que la tarde anterior había calmado mis temores, y había solucionado mis dudas, la misma persona y sin embargo, era otro.

Caminé por el despacho como si el suelo fuese de arenas movedizas, las piernas me pesaban, no quería salir de allí sin resolver las cosas, pero tenía que hacerlo, tenía que irme, no podía permanecer más tiempo ante aquella frialdad que no entendía.

—Bueno —dije por fin— no creo que sea conveniente que pase más tiempo en tu despacho... para nada. Cuando quieras hablar, hablamos.

Me di la vuelta y justo cuando iba a abrir la puerta para salir al pasillo, escuché su voz saliendo del pozo sin fondo en el que parecía encontrarse.

—Porque sentí que sobraba en tu vida, por eso me fui.

Román Salgado, el hombre de la eterna paciencia, el que siempre conservaba la calma, el

lógico, el cuerdo, el razonable... dejaba entrever una sombra de duda como la razón de aquel cambio que me estaba desorientando.

—Porque estaba de más en aquella escena en la que ella te reclamaba a su lado y tú, con la mirada, le jurabas tu amor eterno, por eso sentí que tenía que irme, porque era la pieza que no encajaba en aquel puzle familiar.

No había cambiado de postura, continuaba de espaldas a mí, con la mirada en algún punto perdido de la jungla de edificios que se abría al otro lado de nuestras vidas.

—Pero... ¿Y qué querías que hiciese? Ya le había dicho que hay otra persona en mi vida, que no estoy enamorado de ella... No era el momento ni el lugar de tener otra escena.

En dos pasos estuve a su lado. Le giré hacia mí y conseguí que me mirase.

De repente lo vi pequeño, vulnerable y temeroso, y eso me hizo crecer por dentro y que mis sentimientos hacia él se multiplicasen por mil.

La puerta cerrada por dentro me dio el empuje que necesitaba para tratar de alejar sus dudas de la única manera que se me ocurría.

Volaron los papeles de la mesa, se esparcieron por el suelo como una metáfora de nosotros mismos.

Nadie llamó a la puerta ni nos interrumpió, creo recordar que sonó el teléfono unas cuantas veces, pero ninguno nos movimos a cogerlo, estábamos demasiado ocupados en despejar dudas mutuas y afianzar sentimientos.

Robamos aquel tiempo a la mañana, pero nos dio fuerza para el resto del día.

Como la calma que sigue a la tempestad, su cabeza apoyada en mis piernas, y la respiración de ambos intentando recuperar el ritmo normal. Hubiera estado así siglos. Enlacé su mano con la mía y con la otra acaricié su cabeza.

—Te quiero —me escuché decir por primera vez con una voz que ignoro de dónde salió, y besó mis dedos, en un mudo gesto que me dio calma.

Si hubiera podido detener el tiempo en aquel instante, no lo hubiera dudado. Detenerlo todo, si es que no estaba ya detenido, porque era difícil pensar que mientras nosotros habíamos sentido tanta fuerza, el mundo hubiera podido seguir su rutinario movimiento.

Nadie me habló, cuando tiempo después salí del despacho de Román para ir al mío; tampoco me importó demasiado. Curioso. El mismo despacho y el mismo pasillo que había recorrido angustiado ante la incomunicación a la que Román me tenía sometido, y que después recorría lleno de orgullo por saberlo conmigo, el mismo sitio y qué distinto me parecía.

Unos golpes en la puerta. La realidad que sin duda, me llamaba de nuevo.

—El señor presidente le convoca a una reunión que quiere tratar el tema de lo ocurrido con la filtración.

—¿Está convocado el director? —pregunté.

—No, señor.

—Entonces, dígame que yo no voy.

—¿Perdón?

—Por favor, dígame al presidente que si el director no está convocado a una reunión en la que vamos a hablar de él, yo no voy.

La coherencia quería, por fin, abrirse paso entre lo absurdo, y total, sueltas ya las lenguas, de hablar, que hablasen por algo.

21

“Muere atropellado el principal testigo del caso Salgado”.

¡No podía ser, no podía dar crédito a lo que estaba leyendo! La primera página del diario resaltaba la noticia con grandes titulares, y yo me quedé allí de pie, paralizado, sin saber cómo hacer para avanzar hacia el coche, para ir al banco, en definitiva, para reaccionar de alguna manera.

Marqué el móvil de Román, su voz me llegó serena, tal vez no supiera nada todavía.

—Me enteré hace un par de horas, pero no hay que desesperar.

Él y su comedido optimismo. No sabía cómo era capaz de conservar aquella calma cuando en el justo momento en que se empezaba a ver un resquicio de luz en su situación, las cosas volvían a empeorar.

La noche anterior habíamos estado los dos en su casa, brindando por el hecho de que al fin había una mínima luz en aquel túnel de mentiras en el que alguien quería sepultarlo.

Ángel, tal y como me había comentado Llamas, se había presentado voluntariamente a declarar que en la tarde de la supuesta traición, cuando el coche de Román había salido del garaje, él no se encontraba en su puesto, reconociendo que su hijo había ocupado su lugar durante, al menos, dos horas. Lo mismo que me había contado a mí y que yo únicamente había comentado con Román.

La razón que le había llevado a hablar, según él, había sido la mala conciencia que tenía al saber que alguien trataba de perjudicar al señor Salgado y que, tal vez, su testimonio pudiera servir de ayuda, tal y como yo le había indicado. Pero algo me decía que esa no había sido la causa que le había llevado a arriesgar su puesto de trabajo, y no tardé en comprobarlo.

En su declaración, de la que Figueras, el abogado de Román, tenía una copia, Ángel alegaba el incendio de su casa como la causa que le había llevado a abandonar su trabajo, y una vez confirmado por los expertos que el incendio había sido provocado, él estaba convencido de que detrás de todo aquello, estaba su hermano, que seguramente buscaba la forma de deshacerse de él y había incendiado su casa para obligarle a ausentarse del trabajo y tener así un motivo por el que despedirle sin ningún tipo de miramientos.

Ángel sabía que si denunciaba el hecho del incendio provocado, tendría que saberse que había faltado del trabajo, pero mi opinión era que lo que le había movido a hablar no había sido la voluntad de ayudar a Román, sino la clarísima intención de implicar a su hermano, de hacer que se investigasen las verdaderas causas del incendio ya que, de confirmarse sus sospechas, sería su hermano el que se vería en problemas.

Creyendo que su buena fe nos iba a conmover a todos, lejos de hacer las cosas con la mayor discreción posible, se encargó de alardear de que iba a decir toda la verdad solo para ayudar en lo que pudiera, porque si no, no podría dormir tranquilo nunca más.

Lejos de lo que creía, durmió el sueño de los justos antes de lo que pensaba, pues aquella misma noche, mientras Román y yo celebrábamos que al menos había un sitio por el que empezar a buscar, Ángel fue atropellado por un vehículo que se dio a la fuga y del cual parecía no haber quedado ni el menor rastro.

—¿Crees que la policía relacionará la muerte de Ángel con el testimonio que podía aportar?
—le pregunté a Román.

—Es que no sabemos si los dos hechos guardan relación, puede ser que todo se haya debido a una coincidencia. ¿Por qué iba alguien a querer quitar del medio a este hombre? Si en realidad, ya había dicho todo lo que tenía que decir. ¿Qué sentido tendría deshacerse de él? No lo entiendo.

Cuando llegué al banco, los corrillos que habían formados por los diferentes departamentos dejaban claro que la gente estaba impresionada por el discurrir de los hechos. Ángel era una persona conocida por todos, y hasta su hijo le era familiar a más de uno. Igual que yo, lo habían visto con su padre en varias ocasiones en la pequeña garita del aparcamiento, de modo que había dejado de llamar la atención el hecho de ver al chico por allí.

La lamentable situación en la que quedaban los hijos del hombre y la sombra que flotaba en el aire de que, tal vez, aquel atropello no hubiera sido del todo fortuito, mantuvieron los rumores vivos toda la mañana.

—¿Qué dice tu abogado? —le pregunté a Román ya en su despacho.

—No quiere pronunciarse antes de tener el informe de la autopsia que lo lógico es que nos aclarase las cosas, no podemos hacer nada más que esperar. La policía está buscando el coche según los restos de pintura que pudieron quedar en la ropa de Ángel y por las marcas de las ruedas en el lugar del atropello, pero no sé si se podrá saber algo, a mí esto me parece de película, no sé qué pinto yo en medio de este jaleo, a veces me dan ganas de salir corriendo y olvidarme de todo, que cada uno piense lo que quiera, yo sé que no tuve nada que ver con la filtración de aquel informe, el resto no me importa.

—Pero no vas a hacer eso, ¿verdad? No vas a salir corriendo porque vamos a demostrarles que tú no tienes nada que esconder...

—No voy a salir corriendo porque tú estás aquí, esa es la verdadera razón.

Nos miramos, nos rozamos las manos un segundo, pero fue suficiente para sentir el apoyo que ambos necesitábamos darnos en momentos como aquel.

Dos horas después, Figueras irrumpía en el despacho con la cara tan sonriente que en vez de traer en la mano el informe de una autopsia, más parecía que trajese un programa de fiestas.

—¡Confirmado! —dijo—. El vigilante del aparcamiento no fue atropellado fortuitamente. El coche pasó por encima de él al menos dos veces antes de darse a la fuga. En el asfalto no hay la menor señal de un frenazo que tratase de evitar el impacto, al contrario, se ven las marcas de las ruedas volviendo hacia atrás para pasar de nuevo por encima del cuerpo. La policía tiene ya la orden judicial para registrar la casa del vigilante. Señores, esto empieza a moverse.

Román y yo, menos optimistas y desde luego, más lentos en la comprensión de lo que le proporcionaba al abogado aquella alegría, nos quedamos mirándole en espera de alguna explicación que nos ayudase a entender lo que para él era tan palpable.

—Está claro que alguien quería librarse de él, no interesaba que hablase más. Esa persona o personas han tenido miedo de lo que pudiera decir porque además, el hombre no era un ejemplo de discreción precisamente...

—Pero ¿qué hace suponer que su muerte y el caso de Román tienen relación? Ha podido ser por otra causa, él podía tener otros líos, se llevaba fatal con su hermano... No sé, no veo que esto vaya a ayudarnos lo más mínimo.

—Te equivocas, Ignacio —dijo Figueras—. Es evidente que existe relación. Piénsalo: la tarde en la que el coche de Román sale del aparcamiento para ir al Banco del Sur, alguien se molesta en apartar de su puesto a Ángel, la única persona que podría asegurar que el coche no iba conducido

por su dueño. Esa misma tarde, Ángel sufre un incendio en su casa, demostrándose claramente que fue provocado, aunque según el informe de los expertos, se hizo de forma controlada, en la parte exterior de la vivienda y sin que le causase daños importantes ni corriese peligro la vida de sus hijos. Mucha casualidad, ¿no? Y por si todo eso era poco, cuando el hombre decide contar a la policía lo ocurrido, se ocupa de decirlo a los cuatro vientos, dejando muy clara su única intención de ponerse de parte del “señor Salgado aún a riesgo de perder su puesto de trabajo”. ¡Por favor! Esa teoría no hay quien se la crea...

—Ya imaginábamos —dijo Román— que él no había ido a declarar por mostrarme su apoyo, pero pensamos que tal vez sospechaba que su hermano estuviera detrás del incendio, y quería que la policía interviniese por eso...

—¿Su hermano? —dijo Figueras como si se compadeciese de nuestra escasa capacidad de deducción—. Su hermano no tiene nada que ver en todo esto y él lo sabía, esa no ha sido la causa, os lo aseguro.

—¿Por qué estás tan seguro de que no es así? —le pregunté.

—Porque no, porque ya os digo que el incendio fue una simple tapadera, no fue provocado para hacer daño, simplemente fue la disculpa que le sirvió a Ángel para ausentarse del aparcamiento, nada más, estoy seguro de que antes de que se produjese, él ya sabía que iba a pasar. Sus hijos estaban en la parte de la casa más aislada de la zona donde se produjo el fuego, y dos días antes...

Nos quedamos mirándole esperando el final de aquella frase, estaba claro que aquel abogado quería mantener en nosotros una intriga que nos sentíamos incapaces de permitir.

—¡Habla ya, hombre! —le dijo Román.

—Dos días antes había comprado tres extintores. Conservaba el ticket de compra en la cartera que llevaba consigo cuando lo atropellaron. Mucha suerte, ¿verdad? Uno compra hoy tres extintores y mañana se le incendia la casa... Lo sabía, él sabía muy bien lo que iba a pasar, y aunque llamó a los bomberos y estos acudieron, tuvo miedo de que pudieran retrasarse, de que algo se complicase, de que se le fuese el tema de las manos y se las pudiese pillar... ¿Pero no lo veis claro? Alguien estaba de acuerdo con él, la misma persona que le hizo abandonar su puesto en el aparcamiento aquella tarde y con la que acordó que lo mejor sería simular algo justificado que le obligase a faltar de su trabajo, algo que no le provocase demasiado daño pero que le cubriese las espaldas, algo... como un pequeño incendio, lo justo para faltar un par de horas, lo justo como para no estar aquí cuando hubiese que vigilar el cambio de cinta en la grabadora del aparcamiento. Dos horas, eso es lo que dura cada cinta. Ángel dejó puesta una a las cinco, sabía que a las siete debería estar pendiente de controlar que la grabación continuase correctamente, algo que su hijo no sabe hacer. Después de las siete, el coche de Román sale del aparcamiento y la imagen no es captada por la cámara, poco después entra en el Banco del Sur donde sí queda reflejada la grabación, pero el conductor “olvidó” retirar el quitasol y no se puede identificar el rostro. ¿Qué tal vamos hasta ahí?

—Bien —le dije—. Bien, pero algo no me cuadra, se tomaron demasiadas molestias en hacer que no se grabase el coche de Román saliendo de nuestro aparcamiento, hubiera bastado con hacerlo de igual forma que en el otro, haber salido con el quitasol bajado y ya está, ¿no? Hubiera ocurrido como en el Banco del Sur, que no se le hubiera podido identificar. A mí me parece que hubiera sido más sencillo.

—Menos elaborado, sí, pero... demasiado llamativo —me contestó Figueras—. A todo el mundo se nos olvida apagar las luces a la salida del garaje, igual que quitarnos las gafas de sol o levantar el quitasol cuando entramos a aparcar, pero lo raro es que antes de salir ya vayamos con él bajado. Es un detalle que parece nimio, pero hubiera llamado mucho más la atención que haciéndolo de la forma que lo hicieron, estaba todo muy bien estudiado, calculado y milimetrado, no lo dudéis.

—Pero ¿por qué iba a hacer Ángel algo así? ¿Por qué iba a prestarse a semejante historia?

Figueras recogió el informe de la autopsia, lo dobló y lo guardó cuidadosamente en su carpeta, y antes de salir del despacho, contestó la pregunta de Román:

—Amigo mío, esas cosas solo se hacen por un motivo. En cuanto tenga el informe completo del registro de su casa os informaré. Estaremos en contacto.

—¿Tomamos un café? —le dije a Román—. Los abogados son la leche, sacan datos de debajo de las piedras, hablan horas sin decir nada y encima pretenden que los demás sigamos su ritmo y comprendamos sus conclusiones.

—Te aseguro que con lo que me cobra, no cumple con menos.

Nos dirigimos a la cafetería, aunque no sé cómo a Román le quedaban ganas de acercarse por allí, pues el vacío que se le hacía era tan evidente que no podía pasarle desapercibido. No se le perdonaba su presunta deslealtad con el banco del que continuaba siendo director, la supuesta filtración de la información, la victoria del Banco del Sur, nuestro eterno rival, y la evidente repercusión que el tema había traído no solo en la Bolsa, donde nuestras acciones habían dado un nuevo salto al vacío, sino también en la sensación de inseguridad y desconfianza que se había creado internamente. Le seguían haciendo responsable de todo cuanto estaba sucediendo, y eso que mi apoyo hacia él se había hecho tan evidente, que ya no me llegaban los comentarios que se pudiesen hacer en los pasillos, incluso los chistes y las gracias que seguro que seguían siendo motivo de risa entre el personal, dejaron de hacerse en mi presencia.

También Uría y Pastrana, fieles a sus cargos de presidente y vicepresidente habían marcado un distanciamiento en su relación laboral conmigo. Después de mi negativa a asistir a las reuniones en las que se fuesen a tratar temas importantes para la empresa, si no se convocaba al director, Uría me citó en la pequeña sala de reuniones, aunque quien hizo las veces de presidente fue su perro fiel, Pastrana, que no pudiendo esperar más tiempo a que el primero se decidiese a dejar libre su puesto, se había resignado a tomar las riendas de la presidencia, aunque para ello tuviese que soportar la presencia ineludible de su, todavía, superior.

Pastrana era un hombre que no trataba de disimular la desconfianza que sentía hacia cualquiera que no fuese él mismo. En algún remoto lugar de su cerebro debía tener escondido un complejo de inferioridad del que sin duda, llevaba queriendo librarse toda su vida a fuerza de mostrarse por encima de los demás. La ambición no tenía límites para él, y la fama que le precedía era la del hombre que no tiene reparos para rodearse de las personas que necesita, solo aquellas de las que pueda obtener lo que quiera, a las que pueda presionar, las que pueda tener en un puño y controlar sin dificultad. Debía llevar treinta años fingiendo ser el mejor aliado del presidente, sin perder jamás la esperanza de que tarde o temprano, aquel cargo sería suyo. Sin embargo, los cálculos le habían fallado, su superior aguantaba en el puesto mucho más de lo que nadie esperaba, y a Pastrana, el tiempo se le estaba haciendo eterno.

Yo nunca fui santo de su devoción, pero el sentimiento era mutuo y los dos lo sabíamos, nos

tolerábamos y nada más. Lo que debía de haberle sentado muy mal era que a aquellas alturas de su vida laboral, tuviese que lidiar con un director como Román: molesto, poco dócil, innovador en formas de trabajo que no cuadraban con su clásico e inamovible concepto de la banca y que, por si fuera poco, era sarasa perdido. A ese currículum había que añadir el del dudoso honor de ser el único culpable de la filtración que había arruinado la OPA sobre el Banco Industrial, y encima, yo complicaba las cosas más aún, apoyando a Salgado y negándome a asistir a las reuniones.

Me daba igual, había entrado en un estado mental tan estresante, me habían ocurrido tantas cosas y tan importantes, que lo que pudieran creer Uría y Pastrana de mí, me era absolutamente indiferente. A veces pensaba que lo mejor que podía ocurrirme era que se descubriera mi relación con Román, que me echasen del banco, y que toda mi vida volase por los aires.

—Siéntese, Coronado. Me gustaría hablar con usted acerca de la actitud que ha tomado últimamente con respecto a las reuniones que se convocan y a las que se niega a asistir de forma reiterada y completamente injustificada. Estoy seguro de que sabe que esto es una falta grave, y como no me gustaría que, justo en este momento tan importante de su vida profesional, tuviera que verse con su impecable expediente ensombrecido por una tontería, quiero que reconsidere su posición...

“Momento tan importante en su vida profesional” ¿A qué demonios se estaba refiriendo Pastrana? ¿Qué mensaje subliminal me estaba lanzando con aquella expresión?

—La causa por la que no creo que sea necesaria mi presencia en las reuniones no es injustificada como usted ha dicho —le contesté—. No es justo que Román Salgado sea ignorado de esa manera mientras siga siendo director de este banco y menos aún, cuando el noventa por ciento de lo que se trata en esas reuniones tiene que ver con él.

—¿Justo? ¡Vamos, Coronado! Seamos francos, Salgado tiene los días contados aquí, la realidad es esa, no podemos engañarnos, y su puesto tiene que ocuparlo alguien... ¿No le parece que ya va siendo hora de que en la puerta de su despacho figure el rótulo de “director?” Usted y yo formaríamos un buen equipo, estoy seguro.

Miró un momento a Uría, que, como un convidado de piedra, asistía a la conversación sin pronunciar palabra alguna.

—Cuando yo ocupe el cargo que nuestro actual presidente se dispone a abandonar —continuó Pastrana—, las cosas pueden volverse muy favorables para usted, Coronado, o... muy desfavorables, claro. Mire, amigo, en la vida hay que rodearse de amistades que le puedan beneficiar a uno, y le aseguro que las que ahora mantiene usted, no le convienen en absoluto. Abandone su papel de “abogado de causas perdidas”, eso déjelo para las películas, para las novelas, pero no para la vida real, hágame caso.

Lo miraba sin pestañear, lo que estaba escuchando salir de su boca era un chantaje adornado de consejos y promesas, pero chantaje al fin y al cabo. Me estaba ofreciendo la posibilidad de ser director si yo dejaba de causarle problemas con mi actitud de apoyo a Román, era eso lo que me estaba queriendo decir, ¿o no? ¿O yo me estaba volviendo loco y me parecía que todo el mundo estaba en contra de Román?

—Mi equipo —continuó hablando Pastrana sin que Uría interviniese ni una sola vez—, estará formado por hombres, por verdaderos hombres —insistió—. Usted me entiende, ¿verdad? Hombres que lo sean de arriba abajo, yo no puedo contar con medias tintas en puestos de tanta confianza, eso está claro, y entre nosotros, Coronado, los maricones no son de fiar...

Y soltó una leve risita con lo que debió de suponer que me había hecho una gracia tremenda y que yo también le iba a acompañar en la burla que estaba haciendo.

—¿Qué me dice? ¿Estamos o no de acuerdo? ¿Somos o no somos hombres? —preguntó mientras se limpiaba las gafas con un pañuelo.

—No voy a ir a las reuniones que afecten a los intereses de todos mientras no se convoque al director.

Y sin darle opción a replicarme, me levanté de allí y abandoné el despacho con el estómago revuelto y la cabeza tan mareada como si llevase horas dando vueltas sobre mí mismo.

Poco después, Román se presentó en mi despacho para preguntarme cómo había ido la reunión.

—¿Qué tal te fue? ¿Algo serio?

—No, no. Tonterías, ya sabes, que si estadísticas, que si informes... Pastrana y sus delirios de grandeza... —mentí.

—Estaba preocupado, a veces me parece que hemos bajado mucho la guardia. Temo que puedan tomar represalias contra ti por apoyarme tan abiertamente.

—¿Represalias? ¡No hombre, no! Deja de pensar cosas raras, anda.

—¿Te espero a las cinco? —me preguntó antes de salir de mi despacho.

—¿Tú quieres?

—Sabes que no hay nada que quiera más —me dijo poniendo toda la sinceridad del mundo en sus palabras.

—A las cinco —le dije mientras le veía irse, mientras me preguntaba a mí mismo si aguantaría las tres horas que faltaban sin tenerlo a mi lado.

—Marta se fue hace un poco, no pudo esperar a que llegases, pero me encargó que te diera muchos besos.

Paloma mentía sin piedad, pero yo había llegado a la conclusión de que aquellas mentiras que ella misma fabricaba, le hacían falta para vivir, eran parte de sí misma e incluso terminaba por creérselas, por eso yo ya no le discutía nada ni me molestaba en hacer valer mi criterio.

Después del frustrado intento de suicidio de su madre, mi hija había pasado con nosotros la noche que le dieron el alta, pero al día siguiente había regresado con su amiga, y solo volvía cuando sabía que no se iba a encontrar conmigo. Desde aquella noche no había vuelto a verla. Cuando venía a pasar algún fin de semana a casa nunca dormía en ella, y aunque su constante actitud esquiva conmigo me dolía profundamente, no tenía más remedio que aceptarla. No era cierto que me dejase mensajes a través de su madre, ni mucho menos le encargaba que me llenase de besos, todo era parte de la imaginación de Paloma, aquella imaginación que modelaba a su antojo y que yo no estaba dispuesto a contradecir lo más mínimo.

—¿Trabajas esta tarde? —me preguntó mientras comíamos.

—Sí.

—¡Dios mío! ¡Lo que estás haciendo tú por ese banco! Deberías cuidarte más y descansar un poco, Nacho, que tienes unas ojeras...

—Bueno...

—¿Cómo va lo de Salgado? He leído en el periódico que la muerte del pobre Ángel puede ser que incluso...

—Va todo bien, no te preocupes... —interrumpí su discurso.

Paloma no había vuelto a preguntarme qué era lo que me había pasado con mi hija, en su mente se había fabricado un escudo protector y no permitía nada que pudiese traspasar la frontera de seguridad personal y prestigio social que necesitaba. Estoy seguro de que sabía de sobra que yo no pasaba las tardes en el banco, pero lejos de montarme una tragedia como hubiera hecho poco tiempo atrás, toleraba la nueva situación, estaba dispuesta a admitirlo todo. No me había vuelto a preguntar si yo seguía con esa otra persona que le había mencionado el día que le dije que quería que nos separásemos, nunca me pidió que rompiera esa relación, jamás volvió a tratar ese tema, ella lo único que quería era que siguiésemos juntos, que el escaparate en el que vivía de cara a sus amistades, no se resquebrajase, que su clase social, su nivel, y su estatus no se alterasen lo más mínimo, con eso tenía suficiente, y había asumido que el precio que tenía que pagar por ello era mirar para otro lado, tolerar, hacer como que no veía, hablar de cosas triviales, no profundizar, y estaba dispuesta a pagar ese precio y el que hiciera falta. Incluso en la cama, había plegado sus armas. Un par de veces hizo intención de hacerme alguna caricia que yo rechacé de inmediato, y como si hablase consigo misma más que conmigo, se había dado media vuelta diciendo:

—Normal que estés agotado, si es que trabajas mucho...

Pero aquella situación que a ella parecía satisfacerla por la seguridad que le proporcionaba, a mí me minaba por dentro, me mantenía nervioso y alterado, porque era irreal, era falsa, era absurda, y yo no estaba dispuesto a mantenerla por mucho tiempo. Solo los ratos, las tardes e incluso a veces las noches enteras que pasaba en casa de Román me daban fuerza para seguir

adelante un día más, siempre un día más, sin pensar lo que ocurriría después, imposible hacerlo, imposible plantearme nada más lejano que el día siguiente.

Me sentía sin voluntad propia y no me importaba, lo único que quería era verlo feliz, agradarle en todo cuanto hiciera, hacerle llegar una parte de los sentimientos que me superaban, que me obsesionaban, que iban creciendo sin poderlos contener.

—In crescendo —dije llevando mi sensación al terreno musical.

—¿El qué? ¿Qué está “in crescendo?” —me preguntó extrañado.

—Nada, cosas mías —le decía—. Tonterías que me pasan contigo.

Él reía mis ocurrencias, pero sé que en el fondo le encantaban, porque se daba cuenta de todo el cambio que yo había experimentado, de que ya no me preocupaba el nombre que tenía que ponerle a lo que me ocurría, yo le decía que era “*románsexual*”, y él se reía con aquella risa que poca gente conocía, con aquellas carcajadas de las que era imposible no contagiarse.

Román también me había hecho comprender que si entre él y yo no había que ponerle nombres a los sentimientos de cada uno, fuera de aquel microcosmos que habíamos creado, las cosas no eran igual.

—La gente es muy hipócrita —me decía—. Fingen ser tolerantes y admitirlo todo, pero no es cierto, sigue habiendo un rechazo brutal hacia los homosexuales, y eso es una rueda de la que solo se puede salir con valentía, pero es muy difícil, porque te arriesgas a verte solo, como yo me vi, por eso la gente se sigue escondiendo, llevando una doble vida...

—Como estoy haciendo yo...

—No, Nacho, no quería decir eso.

Pero tenía razón, yo era consciente del doble juego que estaba haciendo, de la hipocresía en la que se había convertido mi vida... ¿O no? ¿O tal vez lo más hipócrita había sido lo anterior a Román? No tenía claras las ideas, solo sabía que tarde o temprano tendría que poner fin a aquella situación. Mi elección estaba muy clara, quería estar al lado de Román fuese como fuese, y el único límite que me había puesto para ello era esperar a que se resolviese el tema de la acusación que pesaba sobre él, y en el momento en que todo estuviese aclarado, yo pondría en mi vida el orden que necesitaba.

No le había dicho nada, me había dado cuenta de que su obsesión por no perjudicarme se había ido acentuando tanto que a veces me daba miedo pensar que podía perderlo por su afán de no hacerme daño. Igual que le oculté la conversación que había tenido con Pastrana, su chantaje y su oferta de “*formar un equipo de hombres de verdad*”, también le oculté mi voluntad de separarme de Paloma en cuanto el tema laboral quedase resuelto; para que no se sintiese culpable de nada, le dije que era ella la que me lo había pedido porque reconocía que no estaba a gusto a mi lado. Incluso cuando Román me preguntaba cómo estaba la relación con mi hija, le dije que habíamos hablado mucho y que ella estaba tratando de asimilar la situación, que le estaba costando mucho pero que la veía más receptiva y dispuesta a comprenderme.

Era lo único que le ocultaba, el resto de mi vida era tan suya como mía, pero en ese terreno no podía serle sincero, sabía que si se enteraba de la influencia que él estaba ejerciendo en mi vida, de la transformación a la que estaba dando lugar en todo lo que a mí se refería, era muy capaz de tirar la toalla y marcharse de mi lado para siempre, tenía que ir poco a poco, la simple idea de perderlo me producía tal angustia que me hacía ocultar instintivamente cualquier detalle que pudiera interponerse entre los dos. Cuando pasase un poco de tiempo, yo le haría comprender, lo

más importante era que se fuesen aclarando los otros temas, que se demostrase su inocencia, que quedase claro que él era incapaz de traicionar los intereses del banco, que alguien estaba queriendo hacerle cargar con una culpa que no tenía, eso era lo primero, y después, yo le explicaría, le diría la verdad, le haría entender cómo estaba mi vida familiar y qué rumbo quería darle para estar siempre a su lado. Tal vez juntos pudiésemos un día recuperar a nuestros hijos, hacer que comprendiesen, acercarnos a ellos, pero juntos, siempre juntos.

A veces me quedaba a pasar toda la noche con él. Me gustaba la sensación de dormir a su lado, de sentirlo tan cerca, con esa respiración tan acompasada y profunda que solo se tiene en los sueños. Cuando las primeras luces del día entraban por la ventana, me quedaba mirándole, dormido, tranquilo.

Había días que veíamos juntos amanecer. Nos imaginábamos que estábamos solos en el campo, que el enjambre de edificios que nos rodeaban impidiéndonos ver el cielo al completo no existían, que el sol de aquel día salía solamente para él y para mí.

Lo que no podía soportar era que después de aquella unión tan especial, tuviésemos que salir de casa por separado para que nadie nos viese llegar juntos al banco, que una vez allí volviese la falsedad, no poder tocarlo, no poder besarlo cuando quisiera, no poder siquiera rozar su mano o apretársela cuando veía que lo necesitaba.

Fuera de la casa de Román, mi vida era una farsa mirase hacia donde mirase, y yo necesitaba poner coherencia en ella, algo de lógica, un ápice de realidad. Me había costado muchísimo asumir que mantenía una relación con un hombre, pero una vez que había superado aquella fase, me sentía tan lleno de vitalidad, con tanta fuerza y tanta energía que contaba los días para que mis planes de vivir siempre a su lado se pudiesen llevar a cabo.

—Nacho, hace mucho que no viene Román por casa. Si te parece, podríamos invitarlo este fin de semana, con lo mal que lo tiene que estar pasando deberíamos de apoyarlo un poco más, ¿no?

—Este fin de semana está fuera.

No era cierto, pero no tenía el menor interés en que Paloma y Román coincidiesen. Conocía perfectamente a mi mujer, y aunque cuando supo de la homosexualidad de Román se rasgó las vestiduras y no volvió a mencionarlo, poco a poco había vuelto a su actitud benéfica habitual, y como si hiciese una obra de caridad, estaba deseando contar con él entre nuestras amistades habituales, aunque solo fuese para ir contando luego, en sus tardes de café con damas tan “solidarias” como ella, que el director del banco era muy amigo suyo porque a ella no le importaba nada *aquello* que le pasaba.

Aunque en algún momento pensé que Marta le había contado a su madre la relación entre Román y yo, después deseché aquella idea. Paloma jamás indagaba en las cosas que no quería saber, ella daba por hecho que yo estaba con otra mujer, en ese sentido mi relación con Román estaba segura, pero no quería que él fuese objeto de su compasión, de su miserable caridad, de su falsa tolerancia. Mi mujer, siendo tan caritativa podía ser cruel, y yo protegía a Román de cualquier daño que pudiese hacerle, fuese quien fuese.

Le había visto llorar recordando a su hija, a aquella hija de la que no había vuelto a saber nada, a la que había perdido, pero no por eso olvidado. Le había visto acurrucado en mis brazos mientras me contaba la soledad que había sentido cuando sus padres lo habían ignorado incapaces de quererlo tal y como era, viéndole como un ser desagradecido, como una lacra en la familia de la que lo habían alejado sin darle ninguna opción.

Todo lo que había logrado en la vida había sido a base de luchar contra el rechazo y la incompreensión, conocía a las personas con solo mirarlas, sabía en quién podía confiar y en quién no al primer vistazo, había sufrido tanta intolerancia y se le habían cerrado tantas puertas a sus espaldas, que me parecía imposible que hubiese llegado tan alto, aunque solo yo sabía que muchas de sus heridas todavía estaban abiertas. Por eso no quería que nadie más le hiciese daño, y cada vez que mi mujer sugería la posibilidad de invitarlo a casa, me inventaba distintas excusas con la esperanza de que tarde o temprano se olvidase del tema.

Infravaloré a Paloma, no la conocía tan bien como pensaba, no tuve en cuenta su egoísmo, su capacidad de lucha para defender sus intereses. No consideré el daño que una mujer herida puede hacer, yo solo tenía ojos para Román, no podía, no quería ver nada más.

No intuí que bajo la apariencia de sumisión que Paloma mostraba, estaba sintiendo un dolor que solo cesaría cuando lograse hacérmelo sufrir a mí con la misma intensidad.

23

—¿Qué significa que hayan encontrado todo ese dinero en casa de Ángel? —le pregunté a Román—. ¿En qué puede ayudarnos? ¿Qué luz puede aportar? Porque yo no lo acabo de ver claro.

—Bueno, la policía apunta a la idea de que Ángel estaba chantajeando a alguien, lo cual explicaría el dinero en su casa, y su muerte violenta. Ahora solo falta encontrar al que lo hizo. Figueras está seguro de que ese nombre nos llevará también a la persona que urdió toda la trama para implicarme en este caso.

—¡Figuera! ¡Figuera! Ya sabes que yo con ese tío no me aclaro, hace unas conjeturas que no hay quién lo entienda.

—Tranquilo, Nacho, es un buen profesional, yo confío en él. Esta tarde nos reuniremos en casa para hablar del tema, quiero que vengas, pero ten un poco de paciencia.

Me superaba la sensación de estupidez que tenía al lado de Figueras, el dichoso abogado. No es que dudase de su profesionalidad aunque para mi gusto era demasiado joven como para llevar un caso así, pero Román tenía una fe ciega en él, ya habían trabajado juntos en otras ocasiones, y no iba a ser yo quien le hiciese dudar. Lo que más me fastidiaba era que me hacía sentir imbécil cuando nos miraba con aquella cara de no poder creer que, con lo fácil que era entender lo que decía, nosotros necesitásemos que lo explicase tres veces para captar la idea. Malditos abogados, tan necesarios como insoportables.

Cuando entré en casa de Román, Figueras no había llegado todavía, de lo cual me alegré, porque así pude estar un rato a solas con él.

—¿Este sabe algo de lo nuestro? —le pregunté porque desconocía hasta qué punto era lógico que yo estuviese siempre presente cuando abogado y cliente tenían que tratar de temas que debían ser confidenciales.

—Yo no se lo he dicho —me contestó—. ¿Y tú?

—No, yo tampoco, sabes que mi afinidad con él es bastante escasa, pero vamos, si no lo sabe se lo debe de imaginar porque siempre que habla contigo estoy yo delante.

—Bueno, no siempre, no te creas...

Y se levantó de mi lado, dejando aquella frase flotando entre los dos.

—¿Ah, no? ¿Hablas mucho con “señor letrado” sin mí?

Estaba cabreado, lo reconozco, me sentó mal que Román tratase de fastidiarme con alguien que no acababa de caerme bien, y encima dejando en el aire frases sin terminar.

—Nacho, por favor, que lo conozco mucho antes que a ti. He hablado con él mil veces estando tú o sin estar. Es un tipo muy agradable, y... muy joven... —dijo riendo.

—¡Es idiota! ¡Eso es lo que es!

No, yo no tenía ganas de bromas, me estaba incomodando enormemente aquel juego de Román, no me gustaba, me hacía sentir mal. Nunca había mirado a Figueras más que como abogado, para mí era eso, su abogado, jamás lo había visto de otra forma, pero de repente, me había dado cuenta de que efectivamente, era más joven que yo, con buena presencia, con una facilidad de palabra capaz de convencer de lo que hiciera falta, y además, muy cercano a Román.

—¿Es gay? —le pregunté sin rodeos.

—¡Vamos, Nacho! ¿Y yo qué sé? ¿A mí qué más me da? No te entiendo...

—Sí, sí me entiendes, claro que me entiendes. Primero me provocas y ahora te haces el inocente.

Román reía divertido por mi evidente enfado, pero yo lo estaba pasando mal. Era un sentimiento desconocido para mí y lo que menos podía esperar era que, a aquellas alturas de mi vida, me hiciese sentir así un leguleyo, un Figueras cualquiera.

—Ven aquí, Román, dime la verdad. ¿Has tenido algo que ver con este?

—Que no. Deja ya de darle vueltas. Siento haber bromeado, no sabía que te iba a sentar tan mal...

—No, si no pasa nada, si estuviste con él, pues estuviste, ya está, pero quiero saberlo, solo eso, saberlo...

—Nacho, no puedo creerlo, estás celoso. Que no he estado nunca con Figueras, que no sé si es gay o no, ni me interesa. Mírame, que estoy contigo, ¿me oyes? Solo contigo.

—No estoy celoso, que te quede claro —le dije y lo besé con la misma fuerza con la que hubiera echado a Figueras cuando llamó al timbre y apareció con su cara de pasmado interrumpiendo un beso muy especial.

—¡Román, dame un abrazo! —dijo el abogado, por si yo no había tenido bastante—. ¡Dame un abrazo que esto está al caer!

—Dime, dime —dijo Román tratando de esquivar aquellos brazos abiertos que yo hubiese cerrado de buena gana—. Cuéntanos ya que nos tienes en vilo...

Pero no, él no iba a sacarnos de dudas tan pronto, necesitaba hacerse notar, rodearse del ambiente teatral y las pausas dramáticas que tanto le gustaban para hacerse el importante. ¡Dios, qué mal me caía!

—Dame algo de beber antes, que vengo seco. No sabes qué mañana he pasado, ha sido demencial, pero ha merecido la pena... no os lo vais a creer. A ver cómo os lo explico para que me comprendáis...

Solo le faltó añadir “con lo cortos que sois”. Yo me estaba poniendo muy nervioso, me senté y me levanté tres veces, y Román, que me conocía, me hizo señas con las manos para que me calmase.

Figueras empezó a beberse la copa que le había servido Román, despacio, saboreando cada sorbo, yo creo que más bien, saboreando nuestra impaciencia.

—La policía encontró una importantísima suma de dinero en casa de Ángel.

—Sí —le dijo Román—. Eso ya lo comentamos esta mañana, que todo parecía indicar hacia alguna extorsión que le estaba haciendo a alguien, tal vez a la persona que lo atropelló.

—Muy bien, muy bien... veo que vais cogiendo el hilo.

Desesperante, era un hombre desesperante, le di tres minutos de plazo para hablar o lanzarme a su cuello.

—¿Y qué más nos puedes contar ahora? —dijo Román que controlaba la situación con mucha más paciencia que yo.

—¿A que no sabéis lo que ha encontrado la policía?

—¡No! —grité—. ¡No lo sabemos! ¡No lo sabemos! ¿Cómo vamos a saberlo si no terminas de contarlo?

Y sin incomodarle lo más mínimo mi agresividad cuyo control yo estaba a punto de perder, bebió otro sorbo de su copa y continuó hablando como si lo estuviese haciendo en un escenario

ante mil personas expectantes.

—Han encontrado restos de pintura gris metalizada en la ropa del vigilante, y ya tienen identificadas las marcas de las ruedas del vehículo que lo atropelló, están muy cerca de localizarlo.

—¿Es eso todo lo que se sabe? No me parece que sea como para tirar cohetes, estamos más o menos donde estábamos —le dije.

—Te equivocas. ¿No has leído hoy la prensa? Hay un dato relevante en las páginas de economía...

Por un momento me pareció como si por primera vez estuviese dejando a un lado su sed de admiración y se estuviese poniendo serio.

—La presidencia del nuevo Banco del Sur—Industrial, está formada por dos miembros, uno de cada banco. ¿Cómo lo ves?

Hubo un momento de silencio en el que Román y yo nos miramos sin saber muy bien qué podía significar aquello. Una vez más, el letrado nos llevaba ventaja y lo sabía.

—Parece ser que era una condición ineludible por parte del Banco Industrial para aceptar la unión de las dos entidades, que la presidencia no estuviese ocupada solamente por un miembro del banco comprador, sino compartida, si no había opción a que uno de los suyos formase parte de esa presidencia, no se aceptaría la compra. Esto que hoy es público, no se sabía cuando el Banco Pelayo quiso hacerse con el negocio, ¿no?

—No —dijo Román— o al menos, nadie nos lo hizo saber. Las condiciones que nos enseñaron fueron simplemente de tipo económico, y la oferta de nuestro banco, fue igualmente en este sentido, nunca se mencionó que el Banco Industrial quisiera colocar a uno de los suyos en la presidencia, y menos aún que eso fuese una condición “*sine qua non*”. Tal vez no figuraba en las condiciones que se le pusieron al Banco Pelayo, o tal vez no consideraron importante comunicárnoslo.

—Tal vez no interesaba hacerlo —dije como si por fin estuviese viendo algo de claridad al fondo del túnel.

—Un momento —continuó Román como si estuviese pensando en alto—. Si Pastrana sabía eso, no podía admitir la compra, él nunca hubiera consentido una presidencia compartida, lleva demasiado tiempo esperando hacerse con el timón del Pelayo como para compartirlo con nadie sea del banco que sea.

—¡Bravo por Román! —dijo el licenciado Figueras—. Veo que poco a poco se te va contagiando algo de mi capacidad de deducción.

Yo sentí ganas de bajarlo del pedestal de su prepotencia, pero me contuve porque, aunque muy despacio, seguía revelándonos datos.

—He tenido acceso al documento en el que figuraban las condiciones que el Banco Industrial había puesto al Pelayo, son exactamente las mismas, la presidencia debía de ser compartida.

—¿Cómo has podido ver ese documento? —le dije porque no me fiaba lo más mínimo de él.

—Amigos hasta en el infierno, Ignacio. Ya no era confidencial, en su momento pudo serlo, pero ahora que el negocio no se llevó a cabo, el papel pierde interés, sobre todo si no esconde nada sucio, si el Banco Industrial lo hizo todo con claridad, sin tapujos, esos documentos no se guardan bajo llave. Los que se custodian durante siglos son los que encierran algo que nunca debe saberse, los limpios no.

—Entonces, Pastrana lo sabía, nunca lo dijo, pero él lo sabía y seguramente... estoy casi por afirmar que él... tuvo algo que ver... no lo sé... esto son todo conjeturas...

—Nada de conjeturas —le dije a Román—. Pastrana tiene que estar detrás de todo esto, a él no le interesaba esa compra y sin duda, hizo todo lo posible para filtrar la información y que el negocio no pudiese llevarse a cabo.

—No puede ser —dijo Román—. Eso no puede ser. No creo que Pastrana fuese a mezclarse en un juego tan sucio. No estamos hablando solo de ambición, ha muerto una persona, esto es demasiado serio, y además, ¿por qué iba Pastrana a querer complicarme a mí la vida? ¿Qué puede tener en contra mía?

—Sospecho que no le puedes contar entre tus fans —dijo Figueras—. Eres un director muy... incómodo, Román, es evidente que él no trabaja con demasiada honradez, y una vez que fuese presidente del Banco Pelayo, no creo que estuviese dispuesto a pasarse el tiempo teniendo que lidiar con tu forma de trabajo. Por lo que he podido averiguar, no tiene escrúpulos a la hora de dar o quitar prebendas a los empleados según su conveniencia y sin más explicaciones. Su política es el favoritismo y su bandera, la de la corrupción. Necesita quitar estorbos de su camino, y tú eres uno muy grande. Seguramente ya tendrá pensado el nombre de la persona que ocuparía tu lugar si consiguiese demostrar tu culpabilidad en este caso. Tendrá a alguien a quien pueda dominar, que le deba algún favor, para poderlo tener siempre bien cogido, alguien igual de falto de escrúpulos que él, con algo que esconder, con cosas que callar...

Recordé el discurso que Pastrana me había dado días atrás ante la muda presencia de Uría, mientras me estaba ofreciendo el puesto de director cuando Román fuese destituido. Afortunadamente no caí en su trampa, pero no mencioné el tema, no quería que Román se sintiera mal por ello, y mucho menos delante de Figueras.

—Pero en caso de ser cierto todo esto, ¿cómo puede demostrarse? Es imposible probar nada —dijo Román que poco a poco iba dando más crédito a la teoría que estábamos barajando.

—Bueno, no es sencillo, pero muchas veces la policía trabaja sobre estos pequeños detalles, tienen que valorar a quién podía favorecer la muerte del vigilante del aparcamiento, tratarán de encontrar de dónde salió ese dinero, están siguiendo la pista del coche, y analizan también a quién interesaba o salía más favorecido con la filtración de la información que, supuestamente, tú vendiste al Banco del Sur imposibilitando así el negocio que hubiera podido beneficiar mucho al Pelayo. No es fácil, pero son los frentes en los que están trabajando.

Tras un momento de silencio, Figueras nos anunció que se iba, y mientras Román le despedía en la puerta, yo me contuve para no aplaudir su partida.

—Estamos muy cerca, Román —le dije cuando regresó al salón—. Ya queda poco.

—No puedo creerlo, de verdad, me parece imposible que todo pueda llegar a normalizarse otra vez, pero lo que no puedo asimilar es que Pastrana sea el que ha movido los hilos de esta trama.

—Como ha dicho tu amigo, el de la toga, “eres un director muy incómodo”.

—“Mi amigo el de la toga” —dijo riendo—, nos está ayudando mucho, ¿no crees?

—Para eso le pagas, tú lo dijiste.

Nos abrazamos para compartir aquel momento en el que el final de la farsa se veía tan cerca, en el que todo pasaría a formar parte del pasado.

—Nacho, y cuando todo se aclare, ¿qué haremos? Nosotros, quiero decir, tú y yo... ¿Te ha

vuelto Paloma a decir algo de la separación?

—Cada día —le mentí—. Está obsesionada con el tema, no te preocupes, porque no va a ponerme ningún problema.

—Pero ¿y los chicos? ¿Cómo lo encajarán?

—Bien. Hoy no es como hace años, tienen amigos cuyos padres están separados y ven que no tiene por qué pasar nada, seguirán contando con su padre y con su madre, pero por separado, yo los veo muy mentalizados en ese sentido, no quiero que te preocupen esos temas.

—Me preocupa influir en tu vida, perjudicarte, hacerte daño...

—Olvidalo todo, por favor, cualquier cambio nos influye, pero hay que renunciar a unas cosas para tener otras, es así.

—Júrame que si alguno de los tuyos te pone el menor inconveniente me lo dirás.

—¡Mira que eres pesado!

—¡No me lo has jurado!

—Te lo juro, hombre, te lo juro.

Nunca me gustó jurar, pero tampoco me había gustado nunca mentir y lo estaba haciendo.

A partir de aquel momento fue todo muy rápido, parecía como si se hubiese dado el pistoletazo de salida y la carrera hacia el final fuese ya imparable.

En pocos días sucedieron cosas que no por esperadas nos sorprendían menos.

Las portadas de los principales diarios eran para “El caso Salgado”, las llamadas de los periodistas de distintas agencias eran continuas, la gente de otros bancos se interesaba por el sorprendente giro que el caso había tomado. Lo que en un principio no había sido más que uno de tantos episodios de traición, de venta de información confidencial en la banca, se había transformado en algo más profundo, y había pasado a ser el descubrimiento de un preocupante caso de corrupción en la cúpula de uno de los bancos más potentes del mercado, adornado además por algo que añadía un toque de morbosidad a todo el asunto, pues el tema de que la versión de los hechos que daba Román no hubiera gozado de credibilidad entre sus actuales compañeros, de que nadie en el Banco Pelayo hubiera mostrado públicamente el menor apoyo hacia él, incluido yo mismo, hizo correr ríos de tinta.

Las investigaciones de la policía, que tan pocos resultados habían arrojado al principio, fueron siguiendo un camino lento y que a nosotros nos desesperó por completo debido a la sensación de impotencia que nos causaba, pero el día que llamaron a Román y a Figueras, para ponerlos al corriente de lo que habían descubierto, no podíamos creerlo.

Aquella mañana, dos inspectores de policía se presentaron en el banco y preguntaron por el director. Después de hablar con él un tiempo que me pareció eterno, salieron los tres y se dirigieron al despacho de Pastrana, que estaba situado en otro edificio diferente al nuestro, pero ambos comunicados a través de una pasarela acristalada.

La mente trabaja a la misma velocidad que los rumores que enseguida surgieron y que me negué a escuchar encerrándome en mi despacho donde el silencio se me hacía insoportable y la lenta marcha de los relojes me desconcertaba.

Cuando Román regresó, convocó una reunión extraordinaria con los jefes de los diferentes departamentos para comunicar de forma oficial que Pastrana había sido requerido por la policía para que se personase, junto con su abogado, en los juzgados, donde debería prestar declaración. Cuando Pastrana abandonó el edificio, su despacho fue precintado por la policía.

Era todo cuanto Román podía decir en público, pero yo esperaba ansioso que cuando estuviésemos a solas, pudiera aclararme algo más, al fin y al cabo, él no era un empleado más del Banco Pelayo, él era la parte más interesada en que aquel caso llegase a su fin, en que todo se esclareciese, en que todo terminase, y a él, tendrían que haberle dado más información, algo habría descubierto la policía para llevarse a Pastrana y cerrar su despacho a cal y canto.

No me equivoqué. Esperamos a estar fuera del banco, y ya en casa de Román, me explicó la información que Figueras le había dado:

—Era Pastrana el que iba en mi coche aquella tarde, él mismo fue al Banco del Sur y allí se entrevistó con alguien, a quien le vendió la información sobre la oferta de compra que iba a hacer el Pelayo al día siguiente, ellos solo tuvieron que mejorarla para hacerse con la compra del Industrial. Figueras tenía razón, Pastrana sabía que si ese negocio se llevaba a cabo, él jamás lograría la ansiada presidencia, siempre tendría que compartir su cargo, y era mucho más

ventajoso para él que las cosas se quedasen como estaban, a Uría le queda muy poco, y en el momento en que se produjese el relevo, él sería el presidente, el único presidente del Banco Pelayo, ya habría tiempo de hacer otros negocios.

—Pero ¿cómo lo han sabido? ¿Cómo van a demostrar eso?

—La tecnología, Nacho, ni más ni menos. Han cogido la grabación del aparcamiento del Banco del Sur, y con un programa informático, han conseguido aislar la parte del rostro que se le veía al conductor, y reconstruir el resto de la imagen. Han conseguido hacer desaparecer casi por completo la sombra que dejaba el quitasol en su cara y han hecho una especie de retrato robot. Figueras lo ha visto esta mañana, dice que no hay la menor duda de que la imagen que refleja es la de Pastrana.

—Pero por una imagen de ordenador no se puede detener a nadie, eso no puede ser...

—Hay más, Nacho. Pastrana fue también la persona que provocó el incendio en casa de Ángel aquella misma tarde. Al parecer, encontraron allí las marcas de unos neumáticos muy poco habituales, y que no son utilizados por turismos normales. Esos neumáticos, los Toyo Tirez son los que utilizan los coches tuning sobre todo en Estados Unidos, ya sabes, estos coches que los aficionados personalizan transformándolos a su gusto con alerones, modificando la suspensión, bajándolos hasta casi rozar el suelo... Has oído hablar de ellos, ¿no?

—Sí, he oído hablar de ellos, pero vamos... nunca he visto a Pastrana conducir otra cosa que no fuese alguno de sus venerados Mercedes. Él no tiene un coche de esas características, no va con su estilo.

—Ese coche del que te estoy hablando no es suyo.

—Tu abogado estaría orgulloso de ti, cada vez te pareces más a él. ¿Quieres terminar de una vez?

—La policía se puso al habla con la Tirez Internacional, empresa que distribuye esa clase de neumáticos y que en nuestro país no vende muchos por su elevado precio. Fue tan sencillo como revisar la escasa lista de clientes y dar con uno muy concreto: Luis Pastrana.

—¿Su hijo!

—Su hijo, sí, un gran aficionado a los coches de este tipo, y sin problemas de dinero para ponerle los neumáticos que quiera. Los mismos que dejaron su huella en el asfalto después de atropellar a Ángel.

—¿Dios mío! ¿Pero quién lo ha hecho realmente, el padre o el hijo?

—Mucho me temo que fue el propio Pastrana, el padre, porque su hijo lleva en Estados Unidos varios meses. Además, ningún entendido en el tema se prestaría a mezclarse en nada sucio con un coche semejante, saben que a fuerza de modificaciones los convierten en modelos únicos, muy fáciles de localizar y que además, llaman la atención donde quiera que van. Esta mañana fue retirado el vehículo de la casa y parece que tiene daños en la chapa y la pintura como consecuencia del atropellamiento.

—Entonces, ¿todo se ha terminado?

—Bueno, tendrá que haber un juicio, de momento, Pastrana sigue siendo el presunto culpable, pero sí, para nosotros, creo que esta pesadilla ha terminado.

—¿Y Uría sabía todo esto?

—No, parece que no hay nada que pueda implicarlo. Él sabía las condiciones que ponía del Banco Industrial y aunque a nosotros no nos mencionó el tema de la presidencia compartida, sí se

lo reveló a Pastrana, y ese fue su error. Pero todo se ha hecho a sus espaldas, Pastrana lo consideraba ya un cadáver en el banco, y lo único que quería era afianzar su propio futuro a costa de lo que fuese.

Me senté en el sofá tan cansado como si acabase de hacer una carrera de fondo. Llevábamos tanto tiempo soñando con aquel momento que parecía que no iba a llegar nunca, que una vez alcanzado, me costaba asimilar que al final, Román, hubiese quedado libre de toda culpa.

—¿No vas a darme un abrazo? —me dijo mirándome sin esconder la emoción.

—Claro que sí.

De nuevo el timbre de la puerta deshizo la magia del momento, y de nuevo Figueras apareció en el salón con toda la pedantería que arrastraba a su paso.

—¡No os lo vais a creer! ¡Pastrana ha confesado todo!

Y por primera vez, sentí ganas de abrazar a Figueras, pues lo que estaba diciendo era tan definitivo, que lograba despejar por completo cualquier duda que pudiese quedarnos.

—No hay nada nuevo, solo confirma lo que ya suponíamos. No quería que el negocio se llevase a cabo, no le convenía, y como llevarle la contraria a Uría no le hubiese servido de nada, optó por tomarse la justicia por su mano. Ofreció un dinero a Ángel a cambio de acceder a sus planes y mantener la boca cerrada. La primera parte la cumplió y las cosas se llevaron a cabo tal y como habían acordado, fingiendo el incendio en su casa para justificar su ausencia y todo lo que ya sabemos de sobra. Pero Ángel le sacó el gusto al dinero, su situación económica era muy delicada, nunca lo había ganado tan fácilmente, y cometió la torpeza de pedir más. Pastrana accedió en un par de ocasiones bajo las amenazas que Ángel le hacía de contarle todo, pero cuando comprendió que aquello no acabaría nunca, decidió terminarlo de un modo más... definitivo, no estaba dispuesto a consentir que un simple empleado de aparcamiento arruinase los planes que con tanto esmero él había trazado.

—¿Ha dicho algo de mí? De por qué quiso que yo apareciese como culpable.

—Sí, ha dado una razón contundente al menos para él.

—¿Qué ha dicho? —pregunté intrigado.

—Que no soporta a los maricones —dijo Figueras un tanto sonrojado e insistiendo en que eran palabras textuales de Pastrana.

—¡Vaya, lo creía más original! Esa razón ya está desgastada —dijo Román con una mezcla de tristeza y cansancio en su voz.

Cuando Figueras tuvo la dosis suficiente de felicitaciones y halagos, se fue y nos dejó solos por fin.

—No te veo muy contento —le dije a Román, pues me parecía que su estado no se correspondía con las noticias que el abogado nos había dado.

—Sí, me alegro de que todo se haya aclarado, pero si te das cuenta, al final, todo se reduce al rechazo, al odio, a lo mismo de siempre, la intolerancia.

—Bueno, no lo mires así, piensa que esto ha acabado de una vez, y además, no todo el mundo es como Pastrana, sabes que hoy día...

—Hoy día, ¿qué? Nacho, ya no tengo miedo por mí, lo tengo por ti. ¿No te das cuenta? Este es el mismo rechazo y la misma incomprensión que sufrirás tú si decides que sigamos juntos.

—Pero no va a ser igual que lo que tú viviste, tú estabas solo, y yo te tengo a ti, es distinto, hay algo por lo que luchar, un interés común, una vida que compartir, es todo diferente, no quiero

que pienses en eso... Ahora que este tema se ha resuelto, yo voy a empezar a dar mis pasos, no quiero esperar ni un minuto más, hablaré con mis hijos y arreglaré los papeles con Paloma, pero no quiero verte con esa cara de preocupación, ya bastante la has tenido todo este tiempo, deja que de estos otros temas me ocupe yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, pero si surge cualquier problema me lo dirás.

—No va a surgir, no te preocupes.

Aquella misma noche cuando llegué a casa le dije a Paloma que teníamos que hablar.

—Ya lo sé, lo sé todo, lo han dado en la televisión. ¡Menuda noticia! Vaya imagen que vamos a dar por ahí, el vicepresidente implicado en todo esto. ¿Qué dirá la gente? Es inadmisibile. Hoy en la reunión no hemos comentado otra cosa...

—No es de eso de lo que quería hablarte. Ya te lo dije hace un tiempo, y se te ocurrió hacer una tontería de la que luego te arrepentiste, espero que ahora seas un poco más razonable.

—¿De qué estamos hablando? —me dijo poniéndose en guardia.

—De nuestra separación. Los dos sabemos que nuestro matrimonio no funciona, y yo creo que lo mejor es hacer bien las cosas y que cada uno hagamos nuestra vida, sacando adelante a los chicos y nada más. Sabes que económicamente no vas a tener ningún problema, lo que necesites de mí lo tendrás siempre, pero lo que no puedo seguir es así, viviendo de cara a la galería.

—Hay muchos matrimonios que viven así, no sabes tú cuánta gente está así toda su vida y por eso no pasa nada...

—Yo no voy a vivir así Paloma, lo tengo decidido. Ni creo que tú tampoco tengas que hacerlo, podemos guardar un estupendo recuerdo de esto, pero hay que asumir que los sentimientos se terminan y es mejor dejar las cosas como están antes de que se deterioren y no nos dejen ni siquiera guardar esa buena impresión.

—¡Qué bonito eso que dices! ¡Qué discurso tan cuidado! ¿Quién te ha enseñado a hablar de esa manera? ¿La persona con la que te vas a ir?

No quise contestar sus preguntas, conocía aquella mirada felina, aquel tono de voz amenazante, el temblor de sus labios y la respiración acelerada. La escena estaba a punto de caer y yo no quería presenciarla, no estaba dispuesto a soportar sus súplicas ni sus llantos, no quería nada más que dejar las cosas claras y hacerlo todo con la calma y la educación que se podía hacer. No quería hacerle el menor daño, ni a ella ni a mis hijos, pero no iba a cambiar mi decisión por muchas dificultades que me pusiera.

Estuvo unos días sin hablarme, pero tampoco me preocupaba porque yo cada vez estaba menos tiempo en casa. La notaba muy seria y tirante incluso cuando se dirigía a Chimo, pero di por hecho que era algo normal, al menos no había hecho ninguna tontería que pusiese en juego su vida o que, como mínimo, lograra asustarnos a todos.

Tantos años juntos y sin embargo seguíamos sin parecernos en nada. Yo no conocía ni la mitad de sus sombras, pero ella se sabía de memoria todas las mías. Sabía de sobra dónde hacerme daño, solo tuvo que poner en marcha el engranaje de su rencor.

25

—Llamó el administrador de lo de tu padre, que a ver si podías ir a la asesoría.

—¿Y no dijo qué pasaba? —pregunté a Paloma algo extrañado, pues no era frecuente que me llamase de aquella manera.

—No, solo preguntó si podías ir esta tarde a primera hora, y le dije que sí, porque parecía preocupado por algo, no sé... tampoco lo entendí muy bien.

Mi padre carecía de la salud necesaria para hacerse cargo de los asuntos económicos que generaban sus propiedades, por lo cual, lo había puesto todo en manos de un administrador, y cuando surgía algún problema, cumplía el plazo de alguna inversión o era buen momento para comprar o vender acciones, se ponía en contacto conmigo para tomar las decisiones que fuesen más convenientes a los intereses de mi padre, pero hacía ya bastante tiempo que no me llamaba pues en aquellos momentos no había ningún tema pendiente.

A primera hora de la tarde yo había quedado con Román, como solíamos hacer siempre, y me fastidiaba enormemente tener que modificar mis planes por algo que ni siquiera sabía lo que era. Por más que traté de cambiar la cita con el administrador, no lo conseguí, la agencia ya había cerrado, así que lo mejor sería que me pasase por allí a primera hora, tal y como había quedado Paloma, y después ya podría ir tranquilo a casa de Román y quedarme con él, el resto del día.

Nada más comer salí de casa y lo llamé para contarle lo que me había surgido, quedó en esperarme hasta que terminase. A las cuatro en punto estaba a la puerta de la agencia y cuando llegó el encargado, me saludó efusivamente pues hacía tiempo que no nos veíamos.

—Bueno, bueno, Nacho. ¿Y cómo tú por aquí?

—Mi mujer me dijo que habías llamado esta mañana, que querías verme, ¿no?

—¿Yo? No, yo no, desde luego, pero espera un poco que preguntamos en la oficina, tal vez alguno de ellos te haya estado buscando por algo.

Preguntó a sus colaboradores, y ninguno de ellos había hecho la llamada.

—Tu mujer se ha debido de confundir, pero bueno, de cualquier forma me alegro mucho de ello porque así nos hemos visto, y podemos echar un vistazo a las cosas de tu padre por si hay que actualizar algo. Te vendes muy caro, Nacho, claro que no me extraña, ya he visto los líos que traéis con lo de los bancos... dan ganas de dejar el dinero en casa.

Ni siquiera presté atención a lo que me decía, dimos un repaso rápido a los temas de mi padre, pero no había nada nuevo. De las tres fincas que estaban puestas a la venta, ninguna de ellas había recibido ninguna oferta; estaban al día tanto los pagos de contribuciones como el resto de recibos, y no era el momento idóneo para vender acciones, así que me despedí de él un tanto confuso por la extraña situación que acababa de vivir, y salí de allí para ir enseguida a casa de Román.

Cuando llegué allí no estaba, y por más que llamé a su móvil, no me lo cogió ni una vez. Entré en una cafetería para hacer un poco de tiempo, seguramente había salido a hacer algo y se había dejado el móvil en casa, no era la primera vez. Román odiaba estar siempre pendiente del teléfono y con frecuencia lo dejaba en casa, unas veces olvidado y otras con intención.

En vista de que no llegaba, decidí esperarlo en casa —tenía llave aunque no me gustaba entrar si no estaba él— y así comprobaría si me había dejado alguna nota dándome alguna explicación de lo que había sucedido.

Nada. La casa estaba como siempre, y no había ningún mensaje para mí, ni nada que revelase que hubiera tenido que irse de forma precipitada, así que procuré tranquilizarme, me serví una copa, volví a llamarlo al móvil, encendí el televisor, leí el periódico... y Román no llegaba.

A última hora de la tarde, tenía claro que algo le había sucedido, no podía haber otra explicación, algo había ocurrido, y nada bueno, porque no era normal que Román desapareciese de aquella forma.

Llamé a los cuatro hospitales que tienen servicio de Urgencias y di su nombre para preguntar si estaba allí o había ido aquella tarde, pero en ningún sitio tenían constancia de ello. Pregunté en la policía, por si había sido víctima de algún accidente y estaba allí declarando. Nada, nadie sabía nada.

Llamé a Figueras, muy a pesar mío, pero recurrí a él como la última baza que me quedaba por jugar, me daba exactamente lo mismo lo que pudiera pensar de mi relación con Román, lo único que me importaba era que pudiese decirme algo.

—Me ha llamado esta tarde —me dijo muy serio—. Pensé que lo sabías

—No sé nada. ¿Y qué te ha dicho? ¿Ha pasado algo?

—Me ha dicho que... le redacte una carta de dimisión. Quiere dejar el banco. Estaba muy raro Ignacio, algo le ha pasado. Mira a ver si tú puedes sacarle algo, porque a mí no ha querido contarme nada.

Pasé la noche en su casa, estuve allí, esperando inútilmente que llegase, pero no llegó, y cada vez me iba encontrando peor, más desorientado, más confuso, más perdido.

Pensé que tal vez hubiera tenido noticias de su familia, de su hija, que tuviera que irse porque le hubiera sucedido algo, lo que no entendía era por qué no me lo decía, por qué no contaba conmigo, por qué aquella forma de apartarme a un lado sin saber nada de lo que le ocurría.

Fue un día muy raro, primero aquella cita con el administrador de mi padre, a la que yo no había sido llamado y después lo de Román. Todo parecía haberse complicado para que no hubiésemos logrado vernos. Qué extraño había sido todo, qué situaciones tan inexplicables podían ocurrir a veces...

Nada más amanecer me duché y antes de ir al banco donde esperaba ver a Román sin falta, llamé a casa para comentar con Paloma la cita del administrador.

—¿Te dije del administrador? ¡Oye, pues no lo sé! A lo mejor no era él, yo juraría que dijo que sí, pero no me acuerdo... Tengo la cabeza fatal, ya sabes que los disgustos me afectan mucho... No sé, de verdad, si él dice que no llamó, pues será verdad, pero no consigo recordar quién sería...

Y en vista de que no iba tener ningún dato más, colgué el teléfono indignado ante la burla que me había hecho Paloma, pues sin duda, se había inventado esa llamada para tratar de alejarme aquella tarde de la mujer con la que ella suponía que estaba. Había querido dejarme en ridículo con el administrador y los demás trabajadores, tal vez lo había conseguido, pero en aquellos momentos, lo único que deseaba era encontrar a Román, el resto era todo secundario, todo podía esperar, todo menos hablar con él y saber lo que le había ocurrido, porque había sido una noche horrible para mí y necesitaba escuchar de su boca que todo estaba en orden, que no iba a presentar ninguna dimisión, y que nada malo le había sucedido.

Cuando entré en el banco me dirigí directamente a su despacho.

—¿Ha llegado ya? —le pregunté a Raúl.

—Sí, le está esperando.

Sentado detrás de la mesa de cristal, sin levantar la cabeza de los papeles que tenía entre manos me dijo:

—Pasa, Nacho.

—Pero bueno, ¿qué es lo que te pasa? ¿Dónde te has metido? No sabes qué noche he pasado.

Me acerqué a él, pero esquivó mi abrazo. Llevaba la misma ropa del día anterior, estaba sin afeitarse y con un aspecto demacrado que delataba que para él tampoco había sido una buena noche.

—Me voy de aquí —dijo como si estuviese hablando del tiempo—, voy a presentar mi dimisión y a marcharme lejos...

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿A qué viene todo esto? Es que no entiendo nada... no sé...

Colocaba documentos en montones que iba agrupando a lo largo de la mesa, unos más altos que otros, como una cordillera de hojas que establecía una extraña frontera entre los dos.

Yo lo miraba, de pie, sin ser capaz de comprender quién era la persona que ocupaba el cuerpo de Román, quién era aquel ser tan diferente al que había dejado horas atrás deseando verme, desando estar juntos.

—He pensado las cosas bien, y creo que es mejor así... mejor para los dos.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Mejor? A ti te ha dado algo, o estás enfermo, vamos, es que no me lo explico, te dejo tan normal y de repente, desapareces y me vienes con estas. Y encima se supone que tengo que entenderte...

—Quiero cambiar de vida, empezar de nuevo, irme a un sitio donde nadie me conozca, lejos de todo el jaleo que acabo de vivir, lejos de los rumores que me han perseguido, lejos de todo esto...

—¿Lejos de mí? —le dije.

—También.

Me acerqué a él y lo cogí por el cuello de la camisa. No hizo ademán de defenderse, y cuando tuve su cara muy cerca de la mía me di cuenta de que apestaba a alcohol.

—Quiero saber qué demonios te está pasando —le dije mientras soltaba mi mano de su cuello—. ¿Pero de qué crees que vas? Dime qué te ha hecho cambiar de opinión, porque no me creo la historia esa de que te has pensado las cosas mejor. A mí la verdad, Román, la verdad... Quiero saber lo que pasó ayer por la tarde, algo te ha pasado, algo que no quieres contarme, algo que tarde o temprano sabré...

—Necesito cambiar. No estoy acostumbrado a pasar mucho tiempo en el mismo sitio, y hasta ahora no podía irme porque antes tenía que aclarar todo el tema de la acusación que caía sobre mí, pero ahora, con Pastrana ya culpable y confeso, pendiente solo de la condena que le caiga en el juicio, con todo limpio a mi espalda, es el momento de irme. Lo que ocurrió ayer fue que tuve una buena oferta de trabajo, lejos de aquí, otro país, otra gente, otra mentalidad, y la estuve considerando con detenimiento, creo que es una buena oportunidad.

—¿Y no podías decírmelo? Podríamos irnos los dos, sabes que estoy dispuesto a todo, lo sabes, te lo he dicho un montón de veces. Es que... no te conozco, no sé, no eres la persona que yo dejé ayer mismo aquí, en este despacho, estás frío, distante.

—Estas cosas hay que verlas con frialdad, para que los sentimientos no las empañen. Si te lo hubiera dicho, no podría haber estudiado el tema con imparcialidad, hubieras influido en mí, y no quería, necesitaba estar solo y analizar mis intereses libremente.

—¿Tus intereses? ¡Serás...! Pero ¿cómo que tus intereses? ¿Y los míos? ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué hago yo ahora? Es que no lo entiendo... yo no lo entiendo. O sea, que te vas, que te largas así, que me dejas tirado, por “tus intereses”... No puedo creerme nada de eso...

—Se te pasará Nacho, créeme, se te pasará, yo tengo más experiencia que tú en estos temas y sé que se olvida uno de todo, tenemos una gran capacidad de adaptación...

Lo miré, pero él no me miraba. Cogí su cara por la barbilla para verle los ojos, pero se apartó con brusquedad, no quería ni siquiera que lo rozase, rechazaba cualquier acercamiento físico por mi parte. No conseguí que me mirase de frente como yo lo estaba mirando.

—Pero vamos a ver... —traté de aclarar—. Entonces... todo lo que hemos vivido este tiempo, todo lo que hemos pasado juntos, los planes que teníamos... todo ha sido... nada, para ti no ha sido nada.

—Eso no es cierto, ha sido muy importante, te he querido mucho y tú lo sabes, pero... bueno, hay que ir cerrando unas puertas para dejar que se abran otras, y este puede ser un buen momento. Todo lo que ha ocurrido en el banco me ha pasado factura, me pesa, me duele y estoy cansado de arrastrar cargas que no me corresponden. Por muy limpia que esté mi imagen, siempre me señalarán con el dedo, y estoy cansado, prefiero empezar de cero en otro lugar.

El simple hecho de escucharle hablar en pasado, me dolía de tal manera, me hacía tanto daño que me estaba sintiendo ahogar entre aquellas cuatro paredes que en más de una ocasión habían sido testigos de lo que sentíamos y que de repente, me producían tal sensación de ahogo que me parecía que el aire empezaba a escasear.

—Pero... no puedes irte así... esto no es normal... —le dije, pues me resistía a darlo todo por terminado de aquella forma tan absurda— tendrás que decirme dónde vas, tendremos que hablarlo, que sopesarlo juntos, es algo que nos afecta a los dos, no puedes marcharte sin más...

—Sí que puedo, Nacho, de hecho, te rogaría que dejásemos ya de darle vueltas a este tema, ya está todo decidido, no hay nada más que hablar, ha dejado de ser un tema de los dos, es cosa mía y yo tengo las ideas muy claras, al fin y al cabo, ya te lo he dicho, son mis intereses los que...

Lancé a su boca el único puñetazo que he dado en toda mi vida. Él no se lo esperaba, yo tampoco.

Ignoro cómo llegué a mi despacho, no recuerdo el camino de regreso, no sé si lo hice con paso lento o rápido, si hablé con alguien o no. Solo sé que de repente me vi tirado en el sofá en el que tantas veces habíamos estado sentados Román y yo. Al abrir los ojos vi el techo, muy blanco, tanto que me hacía daño, pero si los cerraba, veía solo la cara de Román, lo cual me hacía más daño todavía.

Aquello no podía estar pasándome a mí, no era posible, seguramente no tardaría en despertarme del sueño y me encontraría a su lado, él dormido todavía, y lo miraría como había hecho tantas veces, besaría su frente y su boca entreabierta, y acariciaría su cabeza despacio, para que no se despertase.

Yo no podía perderlo así, para mí no había sido una relación cualquiera, ni para él tampoco, estaba seguro. No iba a darme por vencido tan fácilmente, no iba a librarse de mí de aquella forma. Tendría que demostrarme que ya no sentía nada por mí, porque no se deja de querer en unas horas, y lo que nosotros habíamos sentido no podía desaparecer por las buenas.

Yo no tenía fuerzas ni para pensar, no podía imaginarme lo que podía ser mi vida sin él, es que no era capaz de mentalizarme, no quería hacerlo, nada de aquello era verdad, claro que no.

Iría a su casa, lo esperaría allí y cuando llegase hablaríamos más tranquilamente. A mí no me importaba marcharme con él, podría venir a ver a mis hijos de vez en cuando, o podrían ir a verme ellos en vacaciones, todo tendría arreglo, no pasaría nada. Si donde iba había trabajo para él, lo habría para mí, estaba seguro, todo podía solucionarse, no había que cortar de aquella forma, tan brusca, tan absurda, tan cruel. Seguramente que él no se había atrevido a pedirme que me fuese y abandonase mi vida para acompañarlo y por eso había preferido terminar, pero no, no hacía falta, podíamos solucionarlo, con un poco de tiempo y calma, las cosas irían bien para los dos, tenía que hacérselo entender, tenía que explicárselo.

No sé las horas que estuve tumbado allí, sin hacer nada más que darle vueltas a la cabeza, pensando hasta confundir la realidad con la imaginación, lo que había sucedido, con lo que realmente me hubiera gustado que sucediese. Cuando sentí que había recuperado la fuerza suficiente como para poder tenerme de pie, salí del despacho y avisé que me iba para casa porque no me encontraba bien. No debió de resultarles nada extraño, seguramente mi cara reflejaba el malestar que sentía.

Según iba a salir del banco, en el hall de entrada, ya escuché los rumores que de nuevo, giraban en torno a Román.

—Ha presentado hoy la dimisión.

Y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Entonces, no era ningún mal sueño, lo había hecho, había dimitido de su puesto de director, y continuaría adelante con sus planes de irse lejos si no me apresuraba a detenerlo.

Incapaz de conducir dejé el coche en el aparcamiento del banco y me fui en un taxi hasta su casa. Mientras subía busqué la llave en mi bolsillo.

Lo esperaría dentro, hablaríamos, con paciencia, con calma, con lógica, como otras veces...

Mi llave no logró abrir la puerta, Román había hecho cambiar la cerradura.

Aunque estuve durante mucho tiempo allí, sentado en la escalera, con la esperanza de que viniese y entrásemos juntos en casa, Román, que seguramente imaginaba que yo estaría aguardándolo, no volvió.

Tampoco regresó al banco, dejando los trámites en manos de Figueras y sus apoderados, desapareció como si lo hubiesen borrado de la faz de la Tierra.

En los días siguientes a su marcha, anduve por las calles como un alma perdida.

Falté dos días al trabajo porque el simple hecho de pensar que tenía que ir al banco me producía una angustia insoportable. Yo, que siempre me había burlado de la gente que sufría depresiones, que era de los que decían que eso se curaba con una noche de copas, que me había pasado la vida presumiendo de fuerte y de no decaer ante nada, no me reconocía en el espejo, no sabía en quién me había transformado Román Salgado, y lo que de ningún modo podía aceptar era haberlo perdido de aquella forma tan incomprensible.

¿Me había engañado? ¿Me había dejado engañar? ¿Había fingido todo lo que habíamos sentido juntos? ¿Por qué? ¿Para qué iba a hacer algo así?

No me cuadraba, no encajaba con ninguna explicación, por mucho que yo me hubiese confundido de persona y de sensaciones, por mucho que hubiese equivocado mis sentimientos o me hubiese dejado impresionar por todo lo que había ocurrido, ¿qué necesidad tenía él de mantener una relación conmigo para luego salir huyendo de aquella manera? Nada lograba dar sentido a su reacción, nada lograba explicar el daño que me había hecho.

Cuando comprendí que esconder la cabeza bajo el ala no era la solución, regresé a mi trabajo. No sé si la gente asoció mi ausencia con la marcha de Román, me daba lo mismo, solo sé que nada más llegar, el nuevo equipo que ocupaba la presidencia, me hizo llamar para comunicarme personalmente su decisión de nombrarme director del Banco Pelayo.

26

—¡Vamos, Nacho! Colabora, por favor, que esto en vez de una fiesta parece un funeral...

—Déjame un poco, enseguida voy, id comiendo la tarta que ya sabes que a mí no me gusta.

Paloma insiste en que vaya con los demás al comedor, pero no puedo. Ella y su empeño en celebrar esta ridícula reunión en la que no tengo nada que festejar aunque sea yo el homenajeado.

Cree que con esto que ella considera “todo un detalle”, va a hacerme cambiar de idea, pero se equivoca, voy a separarme de ella. Con Román o sin él, esto no puede seguir adelante, tengo que hacerlo, tengo que encauzar mi vida, lo que pasa es que desde que Román se fue, me he quedado sin ganas de nada, pero tengo que moverlo ya, esta farsa con la que ella es feliz, a mí me resulta una tortura insoportable.

Con mi hija no he vuelto a recuperar la relación, he tratado mil veces de hablar con ella, de hacerle entender lo ocurrido, pero no lo he conseguido. Sin embargo no le he pedido perdón, porque creo que no hay nada por lo que deba pedirselo, no me arrepiento lo más mínimo de mi relación con Román, y por lo tanto, no tengo que arrastrarme a los pies de nadie para hacerme perdonar, ni siquiera a los de mis hijos, que son lo más sagrado del mundo para mí.

Con Chimo estoy igual que siempre, le explicaré que su madre y yo nos vamos a separar, estoy seguro de que lo va a comprender, y no por eso voy a perderlo.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, mi hijo entra en el cuarto a donde he venido a refugiarme del barullo que hay en el salón. Entra despacio, seguramente no se explica qué es lo que hago aquí mientras todos están brindando por mi nuevo cargo en el banco.

—Papá... que digo yo... que si no habría que decirlo ya...

Le miro extrañado, no sé a qué se está refiriendo.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Se me ha olvidado algo?

—Es que yo pensé que lo ibais a decir hoy, pero como la abuela dice que ya se quiere ir, y ni mamá ni tú habéis dicho nada...

Por un momento pienso que Paloma ha hablado con él algo referente a nuestra separación, y Chimo quiere que lo comuniquemos a la familia, pero esa actitud no me cuadra con la forma de ser de ella, que sigue convencida de que yo seré incapaz de separarme en toda la vida.

—¿Qué es lo que te ha dicho tu madre? —le pregunto para centrarme exactamente en el tema.

—Lo del niño... bueno, lo del embarazo y eso... ¡Qué corte, papá! Si tú ya lo sabes...

Desorientado por completo ante las palabras de mi hijo, me levanto del sillón en el que estaba y cierro la puerta del dormitorio para poder hablar con calma.

—Chimo, quiero saber qué es exactamente lo que te ha dicho tu madre, de qué me estás hablando, porque es que no lo sé...

—Bueno, que yo no quiero malos rollos, oye, que además, a mí tampoco me ha dicho nada, se lo dijo aquel día a Román, y yo lo escuché, pero no le digas nada a mamá porque entonces sí que me la cargo, porque yo tenía que estar estudiando y estaba, la verdad es que estaba, pero como escuché lo del niño, pues... puse la oreja a ver qué era... pero vamos, que yo ya me voy...

Detengo a mi hijo, tengo el corazón a punto de salirse del pecho, no sé qué ha ocurrido a mis espaldas, no sé de qué día me habla Chimo, yo no sé nada de que Román haya estado en casa hablando con Paloma, quiero hacerle mil preguntas pero se me amontonan todas en

la boca y sé que si lo presiono demasiado, Chimo se bloqueará y no me dirá nada más.

—A ver, hijo, tienes que ayudarme —le digo lo más tranquilo que logro aparentar—. Tienes que decirme qué día estuvo Román aquí, hablando con tu madre, y qué fue lo que se dijeron exactamente... No te preocupes, que no hay malos rollos y nadie va a saber de esta conversación, pero eres el único que puede ayudarme a resolver algo muy importante para mí.

—Román vino a tomar café, mamá lo invitó, pero no sé qué día fue, hace... es que... no sé... antes de que estuvieses malo y todo eso, fue antes, ya hace... Y fue cuando le dijo lo de que íbamos a tener otro niño, por eso yo empecé a escuchar, porque como no habíais dicho nada, pues eso... que me jorobó que fuésemos a tener otro... pero vamos, que no me importa, que si eso... pues no pasa nada, o sea, vamos, que paso... que es cosa vuestra... digo yo. Es que ya me callo porque no sé qué más tengo que decirte...

—¿Qué más le dijo tu madre? ¿Te acuerdas de algo más?

—Que me la voy a cargar, papá, que lo veo venir...

—Chimo, por favor, trata de recordar lo que puedas, es muy importante para mí, hijo, muy importante...

—Bueno, le dijo lo de Marta también, que tú no te habías vuelto a hablar con ella desde hacía mucho, pero que ahora con lo del niño, seguro que todos íbamos a estar mejor y no sé qué y no sé cuántos, pero vamos, que paso... que por mí... mientras no lo pongáis a dormir en mi cuarto, ni me toque la “Play”...

Mi hijo me mira con gesto preocupado, creo que le ha asustado ver la trascendencia de lo que acaba de decir, y aunque tal vez no sea el mejor momento, creo que puedo aprovechar la proximidad para decirle lo que debiera haberle dicho hace tiempo.

—Mira hijo, ya hablaremos con más calma, pero quiero que sepas que tu madre y yo nos vamos a separar.

—¿Por lo que acabo de decirte? ¡Vaya marrón!

—No Chimo, no es por eso. Ya te lo explicaré, hay veces que no queda otro remedio...

—No, si a mí no me importa, que me diga el juez con quién me quedo y ya está, pero vamos, que mamá le dijo a Román que erais muy felices y no sé qué, que yo pensé que vaya cursiladas le estaba soltando al director del banco, pero bueno, que a mamá le van mucho esos rollos...

—¿Y Román qué dijo?

—Nada, se marchó enseguida. ¡Normal! Con la brasa que le estaba dando mamá, yo no sé para qué lo invitó a tomar café, porque el pobre hombre se tuvo que morir de aburrimiento, pero yo no salí, porque a mí me mandó mamá a estudiar... ya sabes, le dan esos ataques de estudio cuando estorbo, y como yo ya lo sé, me quito del medio, es lo más seguro para mi integridad física...

—Chimo, no sabes cómo te agradezco todo lo que acabas de contarme. Ahora voy a salir, y en estos días, aunque no entiendas nada, ten paciencia, porque volveré para explicártelo todo, no lo olvides.

—¡Qué fuerte! —dice mi hijo mientras se me queda mirando sin que se termine de explicar lo sucedido.

Según paso por delante del salón, Paloma me llama:

—¡Nacho! ¿Pero dónde estás? Que te estamos esperando para brindar, hombre...

No le hago caso, me pongo una americana y salgo de casa sin despedirme de nadie, sin tener lugar en mi cabeza para nada más. Sé que a mi paso he dejado una fila de bocas abiertas ante la

espantada, una mesa llena de extrañeza e incompreensión mezcladas con tartas de colores y copas a medio llenar, pero nada me afecta, eso es lo que he ganado con este tiempo de soledad.

Todo ha sido mentira, toda aquella historia de su oferta de trabajo en otro país, de su intención de alejarme de su vida porque era fácil olvidar, de necesitar un cambio, de tener que ocuparse de sus intereses... mentira todo, fruto de la comedia que Paloma había representado para él.

Por fin casan todas las piezas, la cita con el administrador, urdida por Paloma para mantenerme alejado de casa durante un tiempo, justo el que ella necesitaba para invitar a Román a casa y convencerlo de lo felices que éramos. Había sido capaz hasta de inventarse un hijo que estaba en camino cuando hacía meses que no manteníamos relaciones sexuales... Y él la había creído, lo había creído todo y por eso se había apartado de mí.

No puedo dejar a un lado la parte de culpa que me corresponde, yo también le mentí cuando le dije que era Paloma la que quería la separación, cuando le aseguré que mi hija y yo habíamos recuperado una relación casi normal... Le mentí para que no se sintiera culpable de nada y al darse cuenta de que había temas en los que no le había dicho la verdad, se sintió traicionado, pensó que estaba invadiendo el paraíso de vida que Paloma le pintó, una maravillosa familia que pronto se vería colmada con la llegada de un nuevo hijo que nos uniría aún más...

Así que siempre lo había sabido... seguramente yo no había andado desencaminado al pensar que madre e hija habrían tenido una conversación acerca de lo que Marta había visto en la casa aquel día... Paloma lo sabía, nunca me lo dijo, pero lo sabía, y lejos de pedirme que dejase a Román, lejos de sufrir la humillación de darse por enterada, hizo el simulacro del intento de suicidio, pero al ver que mi idea seguía siendo la de separarme de ella, pensó las cosas con más calma, tramó el plan perfecto para separarnos a Román y a mí, y no se equivocó.

De no ser por Chimo, nunca me hubiera enterado, jamás hubiera sabido la verdadera razón por la que Román se había ido de mi lado, y me hubiera quedado el resto de mi vida con la sensación de no comprender el final de nuestra historia, un final sin lógica, sin razones que lo justificasen, un final a pesar del cual, no había podido odiarlo, no había conseguido que mis sentimientos se modificasen lo más mínimo, porque su ausencia lo único que había logrado era que lo recordase con más fuerza, para que nunca pudiesen borrarse de mí los momentos vividos a su lado, para que nunca desapareciese la huella que su presencia en mi vida había dejado para siempre.

No sé a dónde ir ni qué hacer, me he metido en el coche y me he puesto a conducir pero no sé a dónde voy, lo único que quería era salir de casa, alejarme de Paloma, no tenerla cerca, porque no sé lo que sería capaz de decirle en estos momentos.

Recuerdo ahora la primera tarde que fui a casa de Román, la angustia que sentí al no querer reconocer que me atraía, el miedo que sufrí a perder una parte importante de mí mismo, el pudor, la vergüenza que me daba el simple hecho de pensar que me estaba dirigiendo a casa de un hombre, y que aquel hombre ejercía sobre mí una fuerza desconocida, inexplicable, que fue creciendo en mi interior hasta llenarme como jamás lo había estado de nadie.

Román. Sin salir de mi mente, sin olvidar tu cuerpo, sin dejar de amarte ni un segundo del tiempo que me has dejado para malvivirlo lejos de ti.

No sé dónde ir, no quiero parar el coche, no quiero volver a casa, no quiero estar con nadie, y no quiero estar solo.

¿Quién es ella para manipular de esta forma mi vida? Mi mujer, la madre de mis hijos, sí, eso es cierto, pero no puede, nunca debió hacerlo, nunca debió mentir ni separarlo de mí.

¿Qué hago? ¿Qué estoy haciendo aquí? Hace un mes que Román se fue, y no he vuelto por su casa. ¿Para qué volver? Los primeros días monté guardia en la puerta, pero no regresó ni siquiera por sus cosas. Llamé a su abogado, a Figueras, al mismo que tan mal me caía y que luego se compadeció de mí al ver que buscaba a Román hasta debajo de las piedras, pero no tenía su dirección, seguramente Román sabía que yo recurriría a él, y no le dio ningún dato de su paradero.

¿Por qué he venido ahora a esta casa? Las persianas están echadas tal y como él las dejó.

Todas están iguales, ¿no? Sí, creo que sí, pero desde abajo no lo aprecio bien.

No, hay una un poco más levantada. Sí, me parece que sí. Pero claro, habrá venido alguien por aquí, tal vez ya hayan vendido el piso, seguro, el sitio es inmejorable, y estaba prácticamente nuevo.

¿Para qué entro al portal? No lo sé, ha sido un impulso, como aquella primera vez que vine y él no estaba en casa. Ha salido una vecina y he aprovechado para entrar.

Primer piso, segundo, tercero. ¿Adónde demonios voy?

Cuarto, quinto, sexto, séptimo. Tenía que venir, hoy tenía que venir, hay impulsos inexplicables que no se pueden controlar, no pasa nada.

Octavo, noveno, décimo. Su décimo, nuestro décimo. No pasa nada, tranquilo, no pasa nada.

Su puerta, si pudiera entrar solo un momento.

Llamo al timbre. ¿Y para qué? ¿Por qué hago esto?

Una figura delgada y oscura me abre. Un montón de cajas y maletas se apilan a sus espaldas, solo le alumbraba una escueta bombilla que pende del techo.

—¡Nacho!

No puedo hablar. ¿Qué le voy a decir que ya no sepa?

Lo abrazo y siento su cuerpo clavarse en el mío.

No quiero soltarlo, no quiero despertarme de este sueño, porque no puede ser cierto todo esto, no puede ser que lleve todo el tiempo aquí metido, en esta penumbra que lo envuelve, en esta soledad que lo rodea, mientras yo lo buscaba sin saber dónde acudir.

Es él, sí, reconozco sus ojos a pesar de estar más hundidos. Es él sin su coraza de aplomo y serenidad, desprotegido, vulnerable, pero es él.

Sí, es él, no hay duda, porque dice que me quiere.

Porque dice que no ha podido irse, que no podía estar sin mí.

Es él, y va a serlo para siempre.

Le ha crecido un poco el pelo, una sombra recubre su cabeza, ha dejado de afeitársela, y tiene algo de barba, está desconocido, pero es él, porque besa igual, porque ama de la misma forma, porque sabe cuándo no hacen falta las palabras, porque noto la fuerza que me da cuando lo tengo cerca, esa fuerza que crece, que va subiendo hasta hacerme sentir lo que solo él puede lograr de mí.

Es él, porque en el mismo recibidor donde lo amé por vez primera, sobre la misma alfombra en la que nos quisimos aquel primer día que tanto miedo de mí mismo sentí, ahora estamos los dos tumbados, sin hablar, sin despegarnos, sin movernos.

Es él.

Y el resto no me importa

—FIN—